

OSCUROS PASADOS

SANDRA FIELD



OSCUROS PASADOS

SANDRA FIELD



Las condiciones las ponía él...

El aspecto de Luke McRae le convertía en un verdadero imán para las mujeres, pero ninguna le había hecho perder el control que ejercía sobre su corazón... hasta que apareció la bella y vulnerable Katrin Sigurdson...

El poderoso y frío empresario estaba empeñado en convertirla en su amante, y se aseguró de que el acuerdo se limitara al dormitorio. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que dormir junto a Katrin estaba cambiando todos sus esquemas de vida. Tuvo que reconocer que necesitaba algo más en la vida aparte del trabajo. Pero dejar que Katrin entrara en su corazón significaba tener que revivir todo el dolor del pasado...

Argumento

El aspecto de Luke McRae le convertía en un verdadero imán para las mujeres, pero ninguna le había hecho perder el control que ejercía sobre su corazón… hasta que apareció la bella y vulnerable Katrin Sigurdson…

El poderoso y frío empresario estaba empeñado en convertirla en su amante, y se aseguró de que el acuerdo se limitara al dormitorio. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que dormir junto a Katrin estaba cambiando todos sus esquemas de vida. Tuvo que reconocer que necesitaba algo más en la vida aparte del trabajo. Pero dejar que Katrin entrara en su corazón significaba tener que revivir todo el dolor del pasado…

Las condiciones las ponía él…



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Sandra Field
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Oscuros pasados, n.º 1419 —agosto 2017
Título original: On the Tycoon's Terms
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978 —84— 9170 —095 —1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

—¡Luke! Me alegro de verte, ¿acabas de llegar?

—Hola, John —dijo Luke MacRae y ambos se estrecharon la mano—. He llegado hace una hora. Con jet —lag como siempre— «y no me apetece estar aquí», se dijo para sí, pero no podía decírselo a John. —Y tú, ¿cuándo llegaste?

—Por la mañana temprano... Hay una persona que quiero presentarte, tiene algunas propiedades en Malasia que quizá le interesen.

—¿En el interior? —preguntó Luke. Había llegado a ser el dueño de un conglomerado de empresas dedicadas a la minería y que gracias a su carácter decidido se extendían por el mundo. John y él eran dos de los delegados que participaban en una conferencia internacional que se celebraba junto a uno de los lagos de Manitoba.

—Tendrás que preguntarle la localización exacta —John llamó al camarero—, ¿Qué quieres tomar, Luke?

—Whisky con hielo —dijo Luke, y se preguntó por qué la camarera llevaba unas gafas tan feas. Estaba seguro de que sin ellas estaría mucho más guapa.

Estaba manteniendo una interesante conversación con el hombre malasio cuando oyó una dulce voz que le decía:

—Su copa, caballero.

Luke decidió que su voz no pegaba con las gafas de montura oscura que llevaba ni con el cabello rubio que se ocultaba bajo una gorra blanca. Le encantaba juzgar a las personas y rara vez se equivocaba. Una cosa era segura, no era el tipo de mujer que le llamaba la atención.

—Gracias —dijo él, y no volvió a pensar en ella.

Tres cuartos de hora más tarde, todos pasaron al comedor. Su mesa era la que tenía mejor vistas al lago, y estaba ocupada por algunas de las personas más importantes que habían asistido al congreso. Él había aprendido a no sentirse demasiado satisfecho por los acuerdos que conseguía. Era muy bueno. Lo sabía, pero no pensaba en ello. El poder nunca le había interesado.

Poder significaba seguridad, y la seguridad era todo lo contrario

a la infancia que había tenido.

Luke se sentó a la mesa y se pasó la mano por la nuca. Maldita sea, él nunca pensaba en su infancia y el hecho de que Teal Lake, el lugar donde había nacido, estuviera cerca de Ontario no era motivo para que se pusiera sensiblero. La proximidad a su antiguo hogar era el motivo por el que no deseaba estar allí. Aunque hogar no era la palabra adecuada. Sus padres no le habían ofrecido nada parecido a un hogar en el pequeño pueblo minero de Teal Lake.

Luke agarró la carta y eligió lo que quería comer. Después se fijó en el resto de los ocupantes de la mesa.

La única sorpresa estaba justo delante de él: Guy Wharton. La primera vez que Luke lo vio pensó que era el clásico hombre que hereda una gran cantidad de dinero, pero que no tiene cerebro para manejarlo, y su opinión no había cambiado en los sucesivos encuentros que había tenido con él.

El camarero comenzó a tomar nota de los platos, y la camarera hizo lo mismo al otro extremo de la mesa. «La camarera de gafas feas y bonita voz», pensó Luke. Guy se había llevado la copa a la mesa, pero aun así, estaba pidiendo una copa doble y una botella de buen vino. Guy, bebido, era mucho peor que Guy sereno. Luke centró su atención en su compañero de mesa, un hombre británico encantador con un olfato infalible para los negocios. Después oyó la dulce voz otra vez.

—¿Caballero? ¿Puedo tomar nota de lo que desea?

—Quiero salmón ahumado y el costillar de cordero, no muy hecho, pero tampoco muy crudo —dijo Luke. Ella asintió con educación y se dirigió a su compañero de mesa. No apuntó el pedido, y Luke se fijó en que detrás de las gafas, sus ojos eran de un inteligente color azul claro. Estaba seguro de que no se equivocaría en el pedido.

Era evidente que tenía que ser buena en su trabajo, un lugar como ese no contrataría a personas inútiles.

Camareras y Teal Lake... estaba perdiendo el rumbo de sus pensamientos.

—Rupert, ¿cómo crees que va a ir la plata en los dos próximos meses?

El inglés comenzó a hacer una valoración técnica y Luke le prestó mucha atención. Le sirvieron una copa de vino y bebió un sorbo. Se fijó en que Guy ya tenía el rostro colorado y que hablaba demasiado alto. El salmón ahumado estaba exquisito, el costillar de cordero, muy tierno y la verdura crujiente. Entonces, Luke se fijó en que Guy llamaba a la camarera. La chica se acercó enseguida. El

uniformé negro y el delantal blanco que llevaba escondían su figura, pero no podían esconder el orgullo de su porte. No era una mujer alta, aunque caminaba como si lo fuera, como alguien que sabe quién es y está segura de sí misma.

—El filete lo había pedido medio hecho, y me lo ha traído poco hecho —dijo Guy.

—Lo siento muchísimo, señor —dijo ella—. Lo devolveré a la cocina y le traeré otro como usted lo desea.

Pero cuando se disponía a recogerle el plato, Guy la agarró por la muñeca.

—¿Por qué no lo hizo bien la primera vez? Le pagan para traerme lo que yo le pido.

—Sí, señor —dijo ella—. Si me suelta, me aseguraré de que le traigan el filete inmediatamente.

Luke se fijó en que la chica tenía las mejillas un poco sonrosadas y que su cuerpo estaba tenso. Pero Guy no la soltó. Le retorció la muñeca y la miró.

—Deberías quitarte esas malditas gafas —le dijo—. Ningún hombre en su sano juicio se fijará en ti con ellas puestas.

—Por favor, suélteme la muñeca.

Esa vez, no lo llamó señor. Sin pensarlo, Luke se puso en pie y dijo en tono cortante:

—Guy, ya has oído a la señorita. Suéltala. Ahora —y se fijó en que el camarero jefe se acercaba a la mesa.

—Solo estaba bromeando —dijo Guy, y acarició la palma de la mano de la chica. Después le soltó la muñeca. La camarera retiró el plato y se alejó de la mesa sin mirar a Luke.

—No le he encontrado la gracia —dijo Luke con frialdad—, Y estoy seguro de que los demás tampoco. Ella incluida.

—Por favor, solo es una camarera. Y todos sabemos lo que andan buscando.

Luke estaba seguro de que la camarera de las gafas feas no andaba buscando nada ni a nadie. Si él fuera ella, se habría puesto lentillas para mostrar sus preciosos ojos al descubierto. Se volvió para mirar al hombre que estaba sentado a su otro lado. Un italiano dedicado a las minas de oro. Minutos más tarde, el camarero jefe se acercó a la mesa con otro filete.

—Dígamelo si no le gusta, señor —dijo con mucha educación.

—Se ha acobardado la camarera, ¿verdad? —preguntó Guy.

—¿Disculpe, señor?

—Ya lo ha oído —dijo Guy—. Sí, este está bien.

Blandiendo el cuchillo mientras hablaba, comenzó a contarle

una historia subida de tono a su compañero de mesa.

Cuando terminaron, la camarera recogió los platos. Llevaba una etiqueta con su nombre colgada de la chaqueta. Se llamaba Katrin. Luke había leído que el hotel estaba cerca de un pueblo que había sido colonizado cien años atrás por inmigrantes islandeses, y ella, con el pelo rubio y los ojos azules, podía ser perfectamente descendiente de aquellos colonizadores. Cuando se inclinó para recogerle el plato, se fijó en que Guy le había dejado una marca en la muñeca y experimentó un sentimiento de rabia desproporcionado.

¿Porque siempre había despreciado a los hombres que se aprovechaban de los más débiles? ¿Porque la justicia era uno de sus principios básicos que aplicaba indistintamente a todas las clases sociales?

Él no dijo nada, la mujer ya le había dejado claro que no le estaba agradecida por su intervención. No le apetecía tomar postre, así que pidió un café.

—¿Me acompañas con un brandy? —murmuró John.

—No, gracias —contestó Luke. Estoy muy cansado, así que dentro de muy poco voy a dar el día por terminado.

Luke nunca había bebido en exceso, sin embargo, su padre había bebido por cinco hombres. Ese era el motivo por el que los comentarios que hacía Guy cuando estaba ebrio afectaban más a Luke. John y él hablaron sobre el estado del mercado del cobre y del níquel, y después, Luke se fijó en que Katrin se acercaba con una bandeja cargada de dulces. La dejó con cuidado en el carrito y repartió los postres sin hacer una pausa. «Tiene muy buena memoria y es extremadamente eficiente», pensó él con admiración.

Guy había pedido un brandy doble y cuando ella se disponía a dejárselo sobre la mesa, le rozó, a propósito, el pecho con el brazo.

—Mmm... qué bien —dijo con desdén—. ¿Escondes algo más bajo ese uniforme?

Luke se fijó en que el fuego invadía la mirada de Katrin. De pronto, vio que la copa se caía y el líquido se derramaba sobre la manga de la camisa de Guy.

—Oh, señor —exclamó ella—, qué descuidada soy. Permítame que le traiga una servilleta.

Guy se puso en pie con el rostro marcado por la ira y Luke hizo lo mismo. «Ella lo ha hecho a propósito», pensó Luke.

—Guy —dijo con tono suave—, si causas más problemas en esta mesa, me encargaré personalmente de que el trato que estás esperando con Amco Steel sea un fracaso. ¿Me has oído?

Se hizo un coito silencio. Guy quería que ese trato le saliera bien, y todas las personas que estaban en la mesa lo sabían.

—Eres un bastardo, MacRae —espetó Guy.

En realidad, Guy estaba diciendo la verdad. El padre de Luke no se había molestado en casarse con la madre de Luke, pero él hacía mucho tiempo que había aprendido a no dejarse afectar por las circunstancias de su nacimiento.

—Haré que se suspenda el trato antes de que llegue a la mesa de negociaciones —le dijo—. Ahora, siéntate y compórtate.

Katrin había sacado una servilleta del estante inferior del carrito. Cuando se incorporó, miró a Luke como diciéndole que no necesitaba su ayuda y le tendió la servilleta a Guy.

—El hotel se ocupará de llevarle el traje a la tintorería, señor —dijo ella, y con toda tranquilidad, continuó sirviendo los postres como si nada hubiera pasado.

Luke dejó la taza de café sobre la mesa y dijo:

—Buenas noches a todos. Para mí son las dos de la madrugada y me voy a dormir. Os veré por la mañana —al salir del comedor, se detuvo para hablar con el camarero jefe—. Confío en que no haya ninguna repercusión hacia la camarera por lo que ha pasado en nuestra mesa —le dijo—. Si estuviera trabajando para mí, el señor Wharton, estaría acusado por acoso sexual.

El camarero jefe, que debía de tener unos veintiocho años, cinco menos que Luke, dijo:

—Gracias, señor. Estoy seguro de que el señor Wharton no causará más problemas.

—Si despiden a la camarera, o la sancionan de alguna manera, me quejaré a la dirección.

—No será necesario, señor.

De pronto, Luke se sintió cansado del juego. ¿Por qué estaba perdiendo el tiempo con una mujer que no quería su ayuda? Decidió que lo mejor que podía hacer era acostarse y se dirigió hacia el ascensor.

En la cama. Solo. Como llevaba haciendo desde hacía mucho tiempo.

Cuando regresara a San Francisco, tenía que hacer algo para solucionarlo.

Capítulo 2

Luke durmió muy bien aquella noche. Se despertó temprano y salió a correr, después regresó a su habitación, se dio una ducha y se vistió. Se puso una corbata de seda y la chaqueta antes de pasarse el peine por el cabello moreno. Se lo había cortado la semana anterior en Milán, pero no conseguía evitar que se le rizara. Se miró en el espejo y se fijó en sus ojos marrones. Eran tan oscuros que parecían negros. Tenía el mismo aspecto de siempre: bien arreglado, decidido y con todo bajo control.

No estaba mal para ser un chico de Teal Lake.

Luke hizo una mueca. No quería pensar en Teal Lake. Ni en esos momentos, ni nunca. Entonces, ¿por qué estaba allí de pie mirándose en el espejo en lugar de estar abajo? Seguro que podía hacer muy buenos contactos en los próximos días.

Tomó el ascensor y bajó hasta el recibidor. El comedor tenía unas ventanas enormes enmarcadas en cortinas de terciopelo y una magnífica chimenea, rodeada de cuadros en los que se representaban los trigales de la zona. Era mediados de julio, el lago estaba tranquilo y el cielo azul.

«Me gustaría estar ahí», pensó Luke mientras capturaba la imagen del cielo azul con su cámara digital.

Pero no era el momento, tenía cosas mucho más importantes que hacer. Cuando se dirigió hacia su mesa, Katrin, la camarera salió de la cocina. Iba vestida con una falda de estilo campesino y una blusa bordada.

—Buenos días, Katrin —le dijo Luke animado.

—Buenos días, señor —contestó ella sin vacilar.

En tres palabras le dejó claro que estaba siendo amable con él porque era parte de su trabajo. Luke encontró que la situación era graciosa. Lo habían insultado montones de veces en la vida, tanto cuando era joven y trabajaba en las minas del ártico, como cuando se convirtió en un empresario despiadado, pero nunca lo habían hecho con tanta finura. Ni una palabra fuera de lugar.

Le habría gustado arrancarle las horribles gafas que llevaba.

Cuando llegó a su mesa. Guy no estaba. «Mejor», pensó Luke y se sentó de espaldas al lago. No quería mirar hacia el agua. Tenía

que trabajar.

Y eso hizo durante todo el día. A la hora de la comida sirvieron un bufé en la sala de conferencias. Katrin no estaba por ningún sitio. Antes de cenar, Luke entró en el gimnasio para desahogarse haciendo ejercicio. En general, estaba contento de cómo le estaban saliendo las cosas. El negocio de Malasia lo tenía bajo control y sentía que tenía que ser precavido con un negocio en las minas de Papua Nueva Guinea. Mucho tiempo atrás había aprendido a confiar en su instinto, y este le decía que tuviera cuidado.

Una hora más tarde, Luke se sentía más descansado y se dirigió al comedor. Se cruzó con una mujer elegantemente vestida que lo miró de arriba abajo y le sonrió. Luke estaba acostumbrado porque ese tipo de cosas le ocurrían muy a menudo. Él sonrió con educación y continuó su camino.

Mientras esperaba al camarero jefe, se preguntó por qué atraía a las mujeres. Iba vestido con un traje hecho a medida y zapatos de marca italiana, ambas cosas indicaban que tenía dinero. Pero había muchos otros hombres igual vestidos. Así que no era solo por su dinero.

Quizá sabia que era un hombre alto y atlético, con un rostro muy atractivo, y suponía que era eso lo que verdaderamente atraía a las mujeres, pero de lo que no era consciente era de que desprendía cierta energía que denotaba decisión, y sexualidad masculina; tampoco de su mirada enigmática y de su sonrisa singular.

Fue el último en llegar a su mesa. Katrin llevaba otra vez el uniforme negro y, por primera vez, Luke se fijó en que tenía el cabello rubio recogido bajo la gorra. «Si se lo dejara suelto le llegaría por debajo de los hombros», pensó Luke.

—¿Qué desea beber, señor?

—Whisky con agua, sin hielo, por favor.

—De acuerdo, señor.

Luke se preguntó en qué momento la educación se convertía en parodia, y decidió que Katrin conocía el punto exacto pero que no quería utilizarlo. Se sentó.

Mientras hacía pesas en el gimnasio pensó que Katrin le recordaba a alguien. Repasó todos los habitantes de Teal Lake y decidió que ella no era de aquel lugar. Entonces, ¿dónde la había conocido?

Una vez más la comida estaba exquisita; una vez más, Guy se bebía el vino como si fuera agua y engullía la comida.

Conversaron sobre los caprichos del mercado de valores. Guy

hizo un par de comentarios que merecía la pena escuchar. Mientras Katrin les servía el café, Guy dijo con exagerada cordialidad:

—Bueno, Katrin, imagino que no ganas lo suficiente como para pensar en invertir tu dinero, pero si lo hicieras, ¿comprarías fondos de Alvena?

—No sabría decirle, señor.

—Por supuesto que no —dijo Guy—. Intentémoslo con algo más cercano a tu nivel. ¿Qué tal una cartera de acciones? Son para la gente que no sabe nada de nada sobre el mercado... ¿Es así como inviertes tu dinero?

Durante un instante, ella dudó como si estuviera tomando una decisión. Después, miró a Guy y dijo:

—Una cartera de acciones no es una mala estrategia. Cuando uno entra en el juego del mercado sabe que, aunque tenga mucho cuidado, siempre va a perder algo. Así que elija lo que elija, tendrá la posibilidad de ganar lo suficiente como para compensar las pérdidas —sonrió—. ¿Está de acuerdo conmigo, señor?

Guy se puso colorado.

—Este café sabe como si fuera de ayer —se quejó.

—Le prepararé uno nuevo, señor —contestó ella. Le retiró la taza y se dirigió a la cocina. Caminaba con el mismo porte que había llamado la atención de Luke el día anterior.

—Esa mujer no debería ser camarera... —masculló Luke—. ¿Y cuáles son las perspectivas para S&P los próximos seis meses, Guy?

Durante un momento, pensó que Guy iba a lanzarse sobre él y se puso tenso. Sin embargo, Guy murmuró algo sobre bajos percentiles y la conversación regresó a un tema general. Luke se tomó otra taza de café y fue el último en marcharse del comedor, aprovechando para salir en el mismo momento en que Katrin comenzaba a limpiar la mesa contigua. Se colocó detrás de ella y le dijo:

—Sería una lástima que tuvieras que canjear tus acciones, Katrin, pero si te dedicas a derramar el brandy por encima de lodos los clientes que te ofenden acabarás perdiendo tu trabajo.

Ella se volvió para mirarlo.

—No sé a qué se refiere, señor.

—Anoche, derramaste el brandy sobre Guy Wharton a propósito.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? Las camareras no hacemos cosas que no podamos permitirnos.

—Entonces, tú eres la excepción que confirma la regla. Ojalá te quitaras esas gafas... asi podría hacerme una idea de lo que sientes.

—Mis sentimientos, o la falta de ellos, no son asunto suyo... señor.

—También me gustaría que dejaras de llamarme señor.

—Son las normas de la casa —dijo ella con frialdad—. Otra es que los empleados no tratan con los clientes. Así que si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

—Es una pena que estés en un trabajo como este, eres mucho más inteligente.

—El trabajo que yo he elegido, es eso… mi elección. Buenas noches, señor.

Katrin se volvió y Luke comprendió que la conversación había terminado.

—Si piensas invertir, no lo hagas en Scitech… está por los suelos. Buenas noches, Katrin —y justo cuando se estaba dando la vuelta, añadió—. Sabes, tengo la sensación de que me recuerdas a alguien y no sé a quién —no había pensado decírselo, y menos antes de saber a quién le recordaba.

Ella se quedó inmóvil, como una presa que se enfrenta a un depredador. En voz baja, comentó:

—Se equivoca. No nos hemos visto nunca.

Había tensión en su tono de voz. Y en su postura. Había algo misterioso en ella. No llevaba aquellas horribles gafas para ocultar su feminidad, sino que eran otro tipo de disfraz. Katrin no quería que la reconocieran.

—Ahora no sé dónde te he visto antes… pero estoy seguro de que lo recordaré —las dos copas de vino que Katrin llevaba en las manos cayeron sobre la moqueta. Una de ellas se rompió al chocar contra la pata de una mesa. Katrin se agachó para recoger los cristales—. Cuidado —exclamó Luke—, puedes cortarte.

Agarró una servilleta y se arrodilló junto a Katrin.

Envolvió los pedazos de cristal en la tela. El aroma delicado de su cuerpo invadió su olfato. Se fijó en que todavía no se le había quitado la marca de la muñeca, y en que las venas azules contrastaban con la piel pálida de su brazo.

—Por favor, márchese —dijo ella—. Yo limpiaré esto.

Recogió un cristal con brusquedad y se hizo un pequeño corte en el dedo. Al ver la sangre, Luke dijo:

—Katrin, deja esto. Levántate.

La agarró del hombro y estiró de ella para que se pusiera en pie. Después, apoyó la mano de ella sobre su manga y le observó la herida.

—Cuidado, me hace daño.

—Tienes el cristal dentro, estate quieta —le ordenó, y con mucho cuidado le retiró el cristal—. Ya está. Así mejor. ¿Tenéis un

botiquín en la cocina?

—¿Cuál es el problema, señor? —oyó que decía una autoritaria voz masculina.

—Se ha hecho un corte en el dedo —contestó Luke al ver al camarero jefe—. ¿Podría mostrarme dónde está el botiquín?

—Ya me ocuparé...

—Ahora —dijo Luke, y miró al camarero fijamente. El hombre dio un paso atrás.

—Por supuesto, señor. Acompáñeme.

La cocina estaba hecha un caos después de que en ella hubieran preparado comida para doscientas personas. El camarero jefe, que llevaba una tarjeta colgada en la que ponía que se llamaba Olaf, guió a Luke hasta una esquina de la habitación y le mostró el botiquín.

—Gracias —dijo Luke—. Ya no lo necesito. Quizá podría ocuparse de que alguien recogiera el resto de los cristales.

Sin una palabra más, Olaf se marchó. Katrin intentó retirar la mano y dijo con furia contenida:

—¿Quién se cree que es para dar órdenes a todo el mundo como si fuera el propietario del local? Solo es un corte, por el amor de Dios... soy capaz de cuidar de mí misma.

Luke rebuscó en el botiquín.

—Estáte quieta, voy a echarte un poco de desinfectante.

—No... ¡ay!

—Te lo advertí —dijo Luke con una sonrisa, y abrió un paquete de gasas estériles—. Así está mejor.

Bajo el uniforme negro, el pecho de Katrin subía y bajaba con cada respiración. —Estaba muy cerca de Luke y este podía ver el brillo de sus ojos azules. De pronto, le quitó las gafas y las dejó sobre el botiquín. Al ver que tenía los ojos más bonitos que había visto nunca, sintió que se le aceleraba el corazón.

Siempre había pensado que los ojos azules eran de expresión abierta, y no reservada como la de los ojos grises, o marrones. Una vez más, se había equivocado porque los ojos de Katrin eran de un azul tan intenso que él no podía comprender su expresión. Tenía las cejas arqueadas, y sus pómulos eran muy atractivos.

Luke todavía estaba sujetándole la mano. Colocó un dedo sobre su muñeca y sintió que se le aceleraba el pulso, como si fuera un pájaro asustado. ¿Había sentido algo tan íntimo en toda su vida? ¿Se lo había permitido alguna vez?

Muchos años atrás había decidido que a él no le gustaban las cosas íntimas, pero en esos momentos se sentía como si un pedazo

de plomo hubiera atravesado el chaleco antibalas que llevaba y le hubiera alcanzado el corazón.

Sin saber muy bien lo que decía, Luke murmuró:

—Así que tú sientes lo mismo.

Katrin pestañeó y retiró la mano con brusquedad. —No sé de qué me habla... ¡yo no siento nada! Por favor, márchese y déjeme en paz.

Luke se esforzó para recuperar el autocontrol y dijo:

—Voy a cubrirte la herida y después me marcharé.

—¡Puedo hacerlo yo!

Parecía desesperada. Desesperada por librarse de él.

—Tardaré diez segundos —dijo en tono arisco—. Deja de quejarte.

—Sin duda está acostumbrado a que la gente haga lo que dice —lo miró con desafío—. No voy a montar el número en el lugar donde trabajo. No merece la pena. Termine lo que quiere hacer y márchese.

—No pareces muy agradecida —dijo él, y retiró el papel de la tirita.

—No me siento agradecida.

—Eso lo has dejado claro desde el principio.

—Puedo cuidar de mí misma. No necesito que un poderoso hombre de negocios se acerque a mí como si íuera el gran caballero y más tarde venga a pedir su recompensa. No, gracias.

—¿Crees que he hecho esto para que luego me des un beso apasionado en la esquina de la cocina?

—Ya me dirá.

—¡Esa no es mi manera de actuar!

—Podría haberme engañado.

Haciendo un gran esfuerzo por contenerse, Luke le tapó la herida. Después, dio tres pasos atrás y le dijo con tosquedad:

—No voy a meterte mano, no voy a besarte detrás de la nevera. Con tu aspecto, no, gracias.

Las mejillas de Katrin se sonrojaron de furia. Recogió las gafas y se las puso otra vez.

—Tenía razón. No doy las gracias a la gente que me insulta.

Esforzándose para recuperar el control, Luke dijo:

—De eso ya me he dado cuenta. Te veré a la hora del desayuno, Katrin.

—Puedo esperar hasta entonces.

—¿Por qué será que lo imaginaba? —dijo él con una carcajada.

Entonces, antes de que ella pudiera responder, se volvió y se dirigió a la puerta. Salió de la cocina y cruzó el comedor, subió los cuatro pisos de escaleras, entró en su habitación y cerró dando un portazo.

Para ser un hombre que había prometido mantenerse alejado de las mujeres, se había comportado como un idiota.

«Bien hecho, Luke. Mañana, a la hora del desayuno será mejor que te concentres en los cereales y en tus asuntos. Así que la camarera tiene unos ojos preciosos. ¿Y qué?», se dijo en voz alta.

Unos ojos preciosos, una inteligencia evidente y un carácter exaltado. También, una fuerte dosis de independencia.

¿Y a quién diablos le recordaba?

Capítulo 3

A las tres de la mañana Luke se despertó en el silencio de la noche y se sentó en el borde de la cama. Tenía la respiración acelerada. Había tenido una pesadilla sobre Teal Lake, en la que su padre lo tenía acorralado contra una pared y empuñaba el cuello de una botella rota de cerveza. Su madre, como siempre que soñaba, no estaba por ningún sitio.

Ella lo había abandonado cuando él tenía tan solo cinco años.

«Ya basta», se dijo Luke. «Solo es un sueño. Y tienes treinta y tres años, no cinco». Pero su corazón seguía latiéndole con fuerza, y sabía que era inútil tratar de dormirse otra vez. Se puso en pie, corrió las cortinas y miró hacia el lago, donde la luna creciente iluminaba hasta la orilla.

Disgustado, Luke agarró una revista de finanzas y comenzó a leer una artículo sobre el futuro de la OPEP. A las cuatro, se metió de nuevo en la cama y consiguió dormir hasta las cinco y media. Entonces, decidió ir a correr junto a la orilla del lago. Cualquier cosa le parecía mejor que permanecer en la habitación hasta la hora del desayuno.

La brisa era fresca, el cielo azul claro y los pájaros cantaban en los sauces. Desde el lago provenía el sonido de las barcas que utilizaban los pescadores. El lago era famoso por tener muy buen pescado, así que Luke decidió que lo tomaría para cenar.

Estuvo corriendo durante casi una hora, hasta que el sudor le empapó la camiseta e hizo que se le pegara al cuerpo. Cuando llegó al embarcadero, aminoró la marcha. «Será mejor que haga algunos estiramientos», pensó mientras observaba que un pequeño barco de vela se acercaba. La vela era de color rojo y contrastaba con el agua azul. El tripulante encaró la embarcación hacia el final del muelle.

Era una mujer y su melena rubia se movía dulcemente con el viento. Vestía un pantalón corto, un top. y unas zapatillas de deporte. Con mucha soltura, amarró el barco en el noray del muelle y saltó a tierra.

No podía ser ella.

Lo era.

De pronto, Luke sintió que se le secaba la boca. La mujer estaba

de espaldas a él y los rayos del sol hacían que le brillara el cabello.

—Buenos días, Katrin.

Ella dio un respingo, soltó el resto del cabo al suelo y se volvió para mirarlo. Se colocó las gafas de sol en la cabeza y Luke se fijó en el precioso azul de su mirada.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Eres una profesional —dijo él—. Manejas el barco estupendamente, ¿es tuyo?

—Yo he preguntado primero.

Él se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y dijo con una amplia sonrisa.

—Intento quemar el lomo de cerdo que cené anoche. Y la mousse de naranja.

Katrin se fijó en su pecho y en el vello varonil que transparentaba la camiseta mojada. Dio un paso atrás y Luke la agarró del brazo.

—Cuidado, no te vayas a caer al agua.

Tenía la piel caliente por el sol. Ella retiró el brazo, con las mejillas coloradas.

—Tengo que irme —murmuró—, o llegaré tarde a trabajar.

Él la miró de arriba abajo. El top verde que llevaba resaltaba sus pechos, tenía las piernas delgadas y algo bronceadas por el sol. No era el momento oportuno de recordar la pregunta que le había hecho Guy: ¿Escondes algo más bajo ese uniforme? Luke había descubierto lo que Katrin estaba escondiendo. Tratando de no perder el control, le preguntó de nuevo:

—¿Eres la dueña del barco?

—Sí —contestó ella—. Me lo compré con mis ahorros.

—Es bonito. ¿Y navegas mucho?

—Siempre que puedo —lo miró—. Hace que me olvide del comedor. En más de una manera. Hace que no me vuelva loca.

—Hay muchos otros trabajos que te pegarían más.

—Se repite.

—No lo comprendes.

—La vida no es tan simple como se cree, señor.

Si alguien sabía que la vida no era sencilla, era él.

—Lo siento, he tenido poco tacto. No me gustaría verte año tras año en el mismo trabajo cuando hay un horizonte mucho más amplio, eso es todo.

—Perfecto, he captado el mensaje.

—También siento lo de Guy —continuó Luke—. Es un cretino que no sabe beber.

—Sé ocuparme de los tipos como él.
—Ya me he dado cuenta.
—Lo del brandy fue un accidente.
—Y la vela de tu barco es de color morado.
Durante un instante, sus ojos brillaron con diversión. Él ya había decidido que tenía unos ojos bonitos. Aunque bonitos no era una palabra que abarcara su gracia, feminidad y orgullo; el brillo de su piel, la suavidad de su movimiento, el atractivo sexual que emanaba de su cuerpo sin quererlo.
¿Pero todo aquello no era algo irrelevante? Él conocía montones de bellas mujeres, tantas que debería ser inmune a sus apariencias, y el único motivo por el que su corazón latía tan rápido era porque había estado corriendo durante una hora. No tenía nada que ver con Katrin.
—Ni siquiera conozco tu nombre completo.
—No hace falta que lo sepa.
Sonriendo, Luke le tendió la mano.
—Me llamo Luke MacRae.
Katrin miró la mano de Luke y mantuvo la suya a un lado de su cuerpo. La brisa hizo que un mechón se le colocara delante de la cara.
—Ya se lo he dicho, los empleados no deben hacer amistad con los clientes. Podría meterme en un lío si alguien nos viera hablando aquí.
—Entonces, es una pena que no haya una botella de brandy por aquí cerca.
Una vez más, el brillo de la risa inundó los ojos de Katrin ligeramente. Cuando reía, el rostro le cambiaba por completo, y adquiría expresión de niña traviesa. Luke deseaba hacerla reír otra vez, aunque no tenía ni idea de cómo conseguirlo. Le agarró la mano derecha y le preguntó:
—¿Cómo tienes el corte? —Katrin tensó los dedos sobre la palma de su mano. Todavía llevaba la tirita puesta—. Ya se te ha ido la marca que te dejó Guy.
—Suélteme... ¡voy a llegar tarde! —esa vez no había duda de que el tono de su voz era de pánico.
—¿Por qué te asusto? —le preguntó Luke.
—No lo sé. ¡No me asusta! ¿Por qué iba a asustarme?
Luke la observó tragar saliva y sintió ganas de colocar la mano sobre la base de su cuello para sentir el pulso de su corazón y después deslizar sus dedos hasta acariciarle los pechos... notó que su cuerpo se ponía tenso y alerta.

Había sentido el deseo muchas veces. Pero nunca de esa manera.

—Creo que eres la mujer más encantadora que he conocido nunca.

Si esperaba que Katrin se pusiera nerviosa por su comentario, se equivocaba. Ella se cruzó de brazos y entornó los ojos.

—¿Ah, sí? —dijo ella—. Quizá ahora comprenda por qué llevo esas horribles gafas cuando trabajo... para evitar los cumplidos fáciles que me hacen los hombres como usted.

—Todo lo que he dicho es la pura verdad.

—Y la vela de mi barco es de color morado —bromeó ella.

—Ser guapa no es un delito, Katrin.

—Puede que no. Pero sin duda es un problema en un trabajo como el mío. Esta conversación me lo demuestra.

—¡Me estás catalogando!

—Niegue que hace un momento me ha mirado de arriba abajo.

—Eres una mujer deseable. Lo sabes, y yo también.

—No me gustan los halagos —dijo ella abrazándose con más fuerza.

De pronto, Luke lo vio claro.

—Me deseas tanto como yo a ti —le dijo—. Por eso estás asustada.

Hubo un corto silencio y después Katrin murmuró:

—Está loco.

—Pero tengo razón, ¿verdad?

—¡No! Usted es el que va detrás de mí... y no al revés. Y es porque soy una camarera —añadió con cierto tono de amargura que sorprendió a Luke. Retiró la mano con brusquedad—. Para usted soy alguien disponible. Barata. Puede venir y marcharse cuando quiera, pero yo estoy atrapada en...

—Esto no tiene nada que ver con cómo te ganas la vida.

—Sí, claro —se retiró el pelo de la cara—. Me preguntó cómo me llamaba, pues me llamo Katrin Sigurdson. El nombre de mi esposo es Erik Sigurdson. Es pescador. Ahora está ahí fuera, en el lago.

Luke se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

—No llevas anillo.

—Mi alianza es de oro antiguo y está finamente grabada... así que no me la pongo para trabajar, ni para navegar.

¿Estaría diciendo la verdad? Lo miraba fijamente con convicción. Convicción, desafío y algo más. ¿Un poco de pánico, quizá?

—¿Eres de este lugar? —preguntó él, tratando de hablar con normalidad.

—Sí. He vivido aquí toda mi vida.

—Así que no te he visto en ningún otro lugar...

—No, a menos que haya estado aquí antes.

—Entonces, estaba equivocado. No me recuerdas a nadie. Si no quieres llegar tarde a trabajar, será mejor que te vayas.

—Una cosa más —dijo ella—. Déjeme en paz. De esa manera podré pensar que no es otro de esos turistas que intentan ligar conmigo —se volvió y se alejó de allí.

Se movía con garbo, algo que el uniforme no dejaba ver. Cuando se adentró en el bosque de álamos blancos, el sol y las sombras jugaron con el color de su cabello, resaltando también la curva de sus caderas y sus muslos esbeltos. Luke tenía los puños cerrados con fuerza y sentía un nudo en la garganta. ¿Qué le pasaba?

No podía creer que ella estuviera casada.

Se ponía las gafas horribles para ocultar su belleza y no atraer a los hombres. No era un disfraz, después de todo, no había nada misterioso en ella.

Luke llevó uno de sus talones hacia las nalgas, después el otro. El nunca se comportaba así con una mujer. Nunca les había exigido respuestas, ni había deseado saberlo todo sobre ellas. Además, por otra parte, nunca había tenido que hacerlo porque las mujeres !o perseguían a él. Desde que salió de Teal Lake, a los quince años, solo se había centrado en el trabajo. Primero en las minas subterráneas del norte y después en cualquier otro sitio. Había pasado muchos años leyendo, haciendo contactos, invirtiendo con cuidado sus pequeños ahorros y viajando por el mundo. En muchos momentos había sentido que estaba al borde del fracaso, pero nunca se había hundido y, al final, había conseguido tener éxito.

Era muy exigente consigo mismo. El trabajo era lo más importante de su vida, su fuerza motriz. Las mujeres eran algo secundario, y quería mantenerlas en ese lugar.

Por supuesto, había tenido relaciones con ellas. No era un monje. Pero siempre y cuando aceptaran sus condiciones. No quería compromisos a largo plazo.

Aunque por su vida no habían pasado tantas mujeres como creían algunos de sus compañeros.

Y de pronto, sin ningún motivo aparente, una rubia misteriosa, discutidora e independíente, había conseguido tumbar sus defensas. Una mujer casada, nada menos.

Él nunca se había liado con una mujer casada. Aborrecía la

infidelidad. Además, prefería las mujeres altas de cabello moreno, y Katrin Sigurdson era de altura mediana y de cabello rubio.

¿Podría olvidarse algún día de cómo el sol teñía su cabello de reflejos dorados? ¿O de la sombra delicada de sus pómulos? Después, estaba su cuerpo, y sus deliciosas curvas. Se sentía tan atraído por ella que todas sus barreras y teorías se derrumbaban.

Se había creado muchas barreras. La infancia y adolescencia que había pasado habían erradicado su capacidad de amar, de dirigirse a alguien y mostrarle su debilidad. Había aprendido a enterrar emociones como la ternura y el sentimiento de protección. Siempre había sido así y no iba a cambiar.

Y menos por una mujer casada que ni siquiera quería pasar un rato con él.

Luke dejó de hacer estiramientos y decidió ir a su habitación para darse una ducha. Después, bajaría a desayunar, pero no pensaba ni mirar a Katrin Sigurdson.

Luke entró en el comedor acompañado por John, Akasaru y Rupert, que mantenían una animada conversación sobre el control de la polución. Katrin estaba esperándolos en la mesa, y llevaba puestas las gafas de plástico. Como si ella no estuviera, Luke se sentó y pidió el desayuno.

—Quiero un café —dijo con impaciencia—, ahora mismo.

—Enseguida, señor.

Luke comenzó a hablar sobre la efectividad de unas máquinas que se estaban utilizando en una refinería de Hamilton. Al cabo de un rato, se percató de que Hans y Martin estaban hablando sobre una excursión de pesca que habían hecho por la mañana y en la que habían pescado algunos peces.

—Hemos hablado con Katrin para que el chef nos los prepare para la cena, ¿verdad, Katrin?

—Así es, señor. Prepara el pescado fresco de maravilla.

—Esta noche pensaba probar la especie de la zona —dijo John —. He oído que es muy sabrosa.

Olaf, el camarero jefe, se estaba acercando con una cafetera recién hecha. Luke aprovechó la ocasión y dijo:

—Tengo entendido que el marido de Katrin es pescador en el lago… quizá esta noche probemos lo que ha pescado él.

Olaf se detuvo de golpe y miró a Katrin con asombro. Ella lo miró con las mejillas coloradas, le retiró la caletera y dijo:

—Gracias, Olaf.

—¿Estás casada, eh? —dijo Guy cuando ella se disponía a rellenarle la taza—. Un chico con suerte… ¿y hace cuánto tiempo te

casaste, Katrin?

La camarera derramó algunas gotas de café sobre el mantel blanco.

—Lo siento, señor… oh, me casé hace algún tiempo.

—¿Como dos años? —insistió Guy.

Ella agarró la cafetera con fuerza.

—Hace varios años, señor.

—¿Y dijiste que tu marido es pescador, verdad? —preguntó Luke con provocación. La miró, aunque había prometido no hacerlo.

Ella le sostuvo la mirada.

—Sí, eso dije.

Si estaba mintiendo, era una profesional. Y si no, había que reconocer que tenía aplomo. Durante un instante, Luke se imaginó poniéndose en pie, quitándole las gafas y besándola con desenfreno. ¿Averiguaría así la verdad acerca de Katrin Sigurdson?

John dijo de manera casual.

—He oído que las tormentas son muy peligrosas en el lago.

—Es cierto, señor. Como el lago es muy grande y el agua es poco profunda, se forman olas muy grandes enseguida. El viento del sur es el peor. Pero los pescadores conocen bien el clima y se dirigen a la orilla en cuanto creen que puede haber problemas.

Luke no dijo nada. No iba a besarla delante de todo el mundo. Por supuesto que no. No iba a besarla en ningún sitio. Se bebió el café de un trago y pensó que estaba claro que Ohif no sabía nada acerca del marido de Katrin. ¿Se había inventado un marido mientras hablaba con él en el muelle? ¿Y continuaba mintiendo mientras servía el desayuno?

Había muchas maneras de averiguar la verdad, pero no iba a preguntárselo a Olaf. Que un cliente preguntara sobre el estado civil de una camarera haría que esta se metiera en problemas. No, no se lo preguntaría a Olaf. Sin embargo, tenían dos horas de descanso después de comer. Había pensado reunirse con los delegados de Perú, pero decidió que podía esperar hasta la tarde.

Tenía que averiguar si ella estaba diciendo la verdad. Porque si no, tenía que averiguar por qué se molestaba en mentirle.

¿Para que iba a inventarse Katrin a un marido que no existía? ¿Tenía miedo de Luke? ¿O de sí misma?

En cualquier caso, él quería una respuesta.

Capítulo 4

A las dos de la tarde, Luke abrió su coche alquilado y se metió dentro, dejando la cámara en el asiento del pasajero. Hacía un día de verano, cálido y con una suave brisa del lago. El cielo era azul, como los ojos de Katrin. No tenía ningún plan, aparte de acercarse al pueblo de al lado y hablar con las personas que conociera. Askja era un pueblo pequeño, y la gente debía de conocerse entre sí.

Sin duda, podría enterarse de si existía un pescador llamado Erik Sigurdson, y si estaba casado con una chica llamada Katrin.

Había pensado en preguntarle al chico de recepción dónde vivía Katrin, pero descartó la idea enseguida porque no se le ocurría ningún motivo por el que pudiera necesitar esa información. Estuviera casada o no, no quería causarle problemas en el trabajo. Ella debía de tener sus motivos para aceptar un empleo en el que no necesitaba utilizar su inteligencia.

Salió del recinto del hotel y se dirigió hacia el pueblo. La carretera era estrecha, y transcurría por la orilla del lago. Había un faro pintado de rayas rojas y blancas y a su alrededor, las gaviotas jugaban con las corrientes de aire. Era una escena que desprendía tranquilidad, pero Luke había crecido en la misma latitud y sabía lo duros que podían ser los inviernos.

Sacó un par de fotos a un establo de ovejas y a los animales comiendo hierba. También a un iglesia de piedra que estaba rodeada de tumbas. En el embarcadero del pueblo los barcos estaban amarrados y se movían con el agua. No quería sacarles una foto. ¿Y si descubría que Katrin no mentía y que uno de esos barcos pertenecía a su marido, Erik?

Debía regresar al hotel y ponerse a trabajar. Eso era lo que debía hacer. Se olvidaría de Katrin tres días después, en cuanto el congreso terminara y él se marchara a Nueva York para asistir a unas reuniones que tenía pendientes.

Las casas eran pequeñas y estaban construidas a lo largo del lago. Todas tenían un pedazo de jardín. La última estaba pintada de amarillo claro y tenía un pequeño huerto. En la playa de arena que había frente a la casa, una mujer jugaba al Frisbee con dos niños. Luke frenó de golpe. Habría reconocido a aquella mujer en

cualquier otro lugar a pesar de que escondía su melena bajo una gorra de béisbol. Vestía el mismo pantalón corto y el mismo top que por la mañana.

Ella no le había dicho nada de los niños.

Luke se colgó la cámara del cuello y salió del coche con el corazón acelerado. Se dirigió hacia la playa caminando entre los árboles. Tenía la sensación de que llevaba demasiada ropa y se sentía como un adolescente en su primera cita.

Se detuvo y enfocó a Katrin con la cámara. Se fijó en cómo se reía. Estaba tan concentrada en el juego que no se percató de su presencia. Le sacó tres fotos y. durante un instante, la odió por ser tan despreocupada.

Cuando bajó la cámara, uno de los niños le gritó algo a Katrin, y ella se volvió hacia Luke. Al verlo, se quedó de piedra. Después, agarró el tirante del top que llevaba y se secó la frente con él.

—¿Está buscando a alguien? —preguntó en tono poco amistoso.

«Vamos, Luke, por ello», se dijo a sí mismo.

Luke puso una amplia sonrisa, colgó la cámara en la rama de un árbol y se acercó a ella.

—Hola, Katrin —le dijo—. Tenía un par de horas libres y decidí venir a conocer el pueblo. Hace un día maravilloso, ¿verdad? —sin esperar a que contestara, sonrió a la niña que estaba a su lado. Debía de tener unos siete años y tenía el pelo rubio recogido en dos coletas—. Soy un huésped del hotel. Hace mucho tiempo que no juego al Frisbee... ¿os importa que juegue con vosotros?

La niña sonrió.

—Puedes entrar en mi equipo. ¿Cómo te llamas?

—Luke. ¿Y tú?

—Lara —contestó la pequeña, y le lanzó el platillo de plástico.

¿Lara Sigurdson? ¿La hija de Katrin? Al ver que no estaba preparado para oír la respuesta a sus preguntas, Luke corrió para agarrar el platillo y, después, se lo lanzó a Katrin. Durante un instante, ella permaneció quieta, mirándolo.

—¡Agárralo! —gritó el niño. También era rubio y debía de tener unos cinco años.

La misma edad que tenía Luke cuando su madre lo abandonó.

Katrin se echó a un lado, estiró el brazo y agarró el Frisbee. Se lo lanzó al niño.

—¡Corre, Tomas!

Tomas corrió en la dirección equivocada, después se volvió corriendo y agarró el platillo contra su pecho. Cuando se lo lanzó a Lara, el Frisbee cayó sobre la arena.

—Un tanto para nosotros —dijo Lara.

Le lanzó el platillo a Katrin y esta se lo lanzó contra el pecho de Luke con todas sus fuerzas. Él comenzó a reír y saltó hacia la derecha para que no le golpeara en las costillas. Al alcanzar el platillo, tropezó en la arena, pero consiguió no caerse.

—Buen tiro —dijo él, y se lo lanzó a Tomas. El pequeño lo agarró y se lo devolvió a Luke.

Luke lo estaba pasando muy bien. ¿Cuánto tiempo llevaba sin hacer algo parecido?

Al menos desde la primavera, cuando había jugado con los hijos de su amigo Ramón en San Francisco.

Katrin estaba jugando muy en serio y Luke se rio cuando le lanzó el platillo con fuerza. Un poco más tarde, Tomas le lanzó el platillo cuando él no lo esperaba y Luke corrió para alcanzarlo. A pesar de que Lara gritó para advertirle, Luke se chocó contra Katrin.

Ambos cayeron sobre la arena con las piernas y brazos entrecruzados. Sin saber muy bien cómo, Luke terminó con la mejilla apoyada en el pecho de Katrin, una pierna bajo su cuerpo y la otra sobre su cadera. Ella respiraba de manera acelerada. Su cuerpo desprendía un delicioso aroma, una combinación de rayos de sol con una mezcla floral que Luke recordaba haber sentido en el comedor.

Se puso tenso y se movió rápido para que ella no notara lo mucho que la deseaba. Al moverse, notó que sus pezones estaban erectos. Tuvo que contenerse para no rodearla con los brazos y besarla para sentir el calor de su piel.

—¿Estáis bien? —preguntó Tomas—. Tenéis un aspecto gracioso, así enredados como si fuerais un pulpo.

Luke se giró en el suelo y se alejó de Katrin. Esta se puso en pie y dijo:

—Estamos bien. Ha sido un buen tiro. Tomas.

—Hemos ganado un tanto —dijo el niño—, ¿A quién le toca?

Luke se puso en pie, agarró el platillo y se lo lanzó a Lara. Se sentía como si le hubieran dado una paliza.

«Menos mal que los niños estaban aquí», pensó

Luke. Si no, habría tumbado a Katrin sobre la arena, se habría colocado sobre ella y la habría besado hasta quedarse sin aliento, hasta que no les quedara más remedio que hacer el amor. Entonces, de reojo, vio que el Frisbee se dirigía hacia él, lo agarró y se lo lanzó a Tomas.

No se atrevía a mirar a Katrin.

Cinco minutos más tarde, Tomas se tiró en la arena.

—Tiempo muerto. Tengo mucho calor.

—Yo también —dijo Lara.

Katrin sonrió.

—¿Por qué no vais a casa y tomáis un helado cada uno? Ya sabéis dónde están. No os olvidéis de cerrar el congelador.

—¿De dos bolas? —preguntó Lara.

Katrin contestó con una sonrisa.

—Dos bolas, pero no tres, ya sabes lo que pasó la última vez. Marchaos y mirad a ambos lados antes de cruzar. Subiré enseguida.

Los dos niños corrieron hacia la casa y se pararon en la acera para mirar si pasaba algún coche. Cuando estaban lo bastante lejos, Katrin se volvió para mirar a Luke. Ya no estaba sonriendo.

—¿Cómo te atreves a inmiscuirte en mi vida privada? No tienes derecho a estar aquí, imponiéndote a mis hijos de esa manera.

—¿Así que son tus hijos?

—¿De quién iban a ser? —contestó ella—. No quiero verte cerca de aquí. Trato de mantener mi trabajo y mi vida privada separados. Además, te dije que me dejaras en paz, ¿lo recuerdas?

—Son unos niños encantadores.

—Sí, lo son. Y si crees que voy a tener una aventura de dos días contigo y arriesgar toda mi vida, estás loco.

Luke sintió un nudo en la garganta. Katrin estaba casada y tenía dos hijos. ¿Qué diablos estaba haciendo él allí?

Se aclaró la garganta y dijo:

—Dejemos una cosa clara. Yo no te he dicho que quiera tener una aventura contigo.

Ella se sonrojó y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—No me llames idiota, me doy cuenta perfectamente de lo que quieres.

—Entonces eres lo bastante inteligente como para darte cuenta que la química está actuando entre nosotros. Y que no soy solo yo.

—¡Solo eres tú!

—Podemos tener una de esas discusiones que tendrían Tomas y Lara. No soy yo. Sí lo eres. No lo soy. Sí... ¿Es eso lo que quieres?

—Quiero que te vayas de aquí. Y no quiero que vuelvas —dijo ella con decisión.

Luke se sentía igual que hacía diez años cuando un broker lo había engañado. Esa vez tampoco tuvo más oportunidad que salir del paso lo mejor que pudo y aceptar que había perdido.

—De acuerdo, me marcharé y no volveré más. Pero no me resultará fácil olvidarte... no me pidas que te explique por qué, porque no podría hacerlo. Y no creas que acostumbro a perseguir a

las mujeres cuando voy a un congreso. Y da igual que sean altas ejecutivas o camareras.

No sabía qué más podía decir para cambiar la situación. El juego había terminado.

Como si estuviera tomando una foto, Luke trató de grabar en su memoria todos los rasgos del cuerpo de Katrin, sus pómulos, el azul de sus ojos, la presión de sus pechos contra el top verde. Quería ser capaz de recordarla cuando ya no pudiera verla.

—Dame una buena razón por la que debiera creerte —dijo ella.

—¡No sé! O me crees o no me crees. Además, ¿qué más da?

—Tienes razón. No importa —se mordió el labio inferior—. Ahora vete, Luke... tengo que ir a casa y comprobar que los niños están bien. Además, Erik vendrá dentro de poco.

Luke no deseaba conocer al marido de Katrin. El hombre con el que compartía la cama. El padre de sus hijos. Se dio cuenta de que era la primera vez que Katrin lo llamaba por su nombre, y de que también sería la última.

—Adiós, Katrin —le dijo. Se volvió y comenzó a caminar entre los álamos para recoger la cámara y dirigirse al coche.

En el momento en que abría la puerta. Lara y Tomas salieron de la casa con un helado en la mano.

—Adiós, Luke —gritó la niña.

—Adiós, Lara. Adiós, Tomas —contestó él. Dio la vuelta con el coche y se dirigió hacia el norte. Por el retrovisor, pudo ver que Katrin cruzaba la carretera y se encaminaba hacia su casa.

Luke se sentía como cuando era un niño de cinco años, vivía en Teal Lake y terminó aceptando que su madre no iba a regresar nunca, que no había ido a la tienda, ni a visitar a alguien. En aquellos momentos sintió lo mismo que sentía ese día, que la tierra temblaba y que el no tenía dónde aferrarse.

Katrin estaba casada y tenía dos hijos. Por mucho que él la deseara, ella pertenecía a otro hombre.

En el momento que dejó de ver la casa amarilla, Luke detuvo el coche para contemplar el lago. Después continuó la marcha, y al pasar por el salón de té, decidió pararse. No le apetecía ir al hotel y ser sociable. No le apetecía jugar al golf ni levantar pesas, y además, había salido a correr por la mañana. Aunque los salones de té no eran los fugares que más le gustaban, pensó que un pedazo de tarta de chocolate haría que su orgullo herido se sintiera mejor.

Porque eso era todo lo que le pasaba. Se había comportado como un idiota.

El salón de té no estaba hecho para hombres altos. Las mesas

eran pequeñas, y el papel de la pared era de flores. En la vitrina, junto a la puerta, había un pastel de chocolate cubierto con chocolate negro, y la propietaria del local recibió a Luke con una sonrisa.

Luke sonrió y dijo:

—Tomaré una porción de esa tarta y un té frío con limón, por favor.

—Ahora mismo —dijo ella, y sus ojos marrones brillaron al mirarlo. El nombre que tenía en la chaqueta estaba escrito a mano y era difícil entenderlo, pero Luke decidió que ponía Margret.

Luke agarró un periódico del revistero que estaba a la entrada y se sentó bajo la ventana. Había seis mujeres sentadas en una mesa al otro lado de la sala, y otras dos sentadas cerca de la de él. Era el único hombre. Sintiéndose algo más animado, abrió el periódico. Cuando le llevaron el té. bebió un poco. Estaba como a él le gustaba. Entonces, Margret se acercó con un plato de tarta con chocolate caliente por encima, nata y fresas en rodajas. Él sonrió.

—Qué de calorías.

—Está en forma, no tiene por qué preocuparse —dijo ella guiñándole un ojo—. ¿Usted se hospeda en el hotel?

—Así es, estamos celebrando un congreso sobre minería —a propósito, añadió—. Paseando por el pueblo me encontré con Katrin. Es nuestra camarera en el hotel.

—Katrin Sigurdson. así es. Vive en la casa rosa, dos más abajo de la iglesia.

—No... estaba en la última casa del pueblo. Jugando con sus hijos.

Margret frunció el ceño.

—¿Hijos?

—Lara y Tomas. Eran rubios como ella.

—Katrin no tiene hijos. Esos son los hijos de Anna —miró hacia la mesa donde había dos mujeres y dijo—. Anna, ¿está Katrin al cuidado de tus hijos hoy?

Anna. que tenía el pelo rubio y rizado y los ojos azules, sonrió a Margret.

—Se ofreció a llevarlos a la playa una hora para que Fjola y yo pudiéramos quedar y hablar sin que nos interrumpan —miró a Luke —. Katrin es una persona encantadora. Es tan buena. Y los niños la adoran, harían cualquier cosa por ella.

Anna parecía el tipo de persona que ha crecido en un pueblo pequeño y que se fía de todo el mundo.

—Entonces, espero que algún día tenga sus propios hijos —dijo

Luke.

Anna se rio.

—Primero tendrá que encontrar un marido.

Luke sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Es una bella mujer, así que no debería suponerle un problema.

—Pero Katrin es muy exigente, demasiado, para un pueblo tan pequeño como Askja —Anna se encogió de hombros—. Dice que quiere marcharse. Será una pérdida para nosotros, pero ella ganará mucho —sonrió de nuevo, sin dejar de mirar a Luke—. Ahora, si me disculpa...

La mujer continuó la conversación que estaba manteniendo con su amiga Fjola.

Luke dijo:

—Margret, he oído que un pescador llamado Erik Sigurdson lleva a los turistas en su barca, ¿es eso cierto?

—¿Erik? Sí, pero solo los fines de semana. Dice que ya está demasiado viejo para hacerlo a diario —sonrió con una pizca de malicia—. Si me preguntase, le diría que le gusta mucho el ron.

—Qué pena, el fin de semana ya no estaré aquí.

—Jonas lleva a los turistas todos los días. En el hotel le darán su teléfono.

—Gracias —dijo Luke—. Es probable que lo busque.

Entraron tres mujeres en el salón y Margret se dirigió a atenderlas. Luke miró el periódico sin interés. Así que Katrin no estaba casada ni tenía hijos.

Le había mentido.

¿Para protegerse? ¿Porque tenía miedo de él y lo ponía en el mismo grupo que a Guy? ¿O porque lo deseaba tanto como él a ella?

Lo último no podía ser cierto. Ella había hecho lodo lo posible para desanimarlo.

Luke miró la tarta y descubrió que había perdido el apetito. Sin embargo, sabía que Margret se lo tomaría como algo personal si no se lo comía todo. Tomó el tenedor y se comió la tarta sin dejar de pensar. Sabía dónde vivía Katrin y que estaba pensando en marcharse de Askja.

Él podía invitarla a San Francisco.

«Claro. Se reiría en tu cara, Luke MacRae. Y si por una casualidad aceptara, volvería tu vida patas arriba. ¿Es eso lo que quieres?», se dijo a sí mismo.

No. Por supuesto que no. Su vida estaba bien como estaba.

Luke intentó comprender las últimas predicciones financieras

que aparecían en el periódico, y cuando se terminó la tarta, veinte minutos después, después de una sobredosis de chocolate, se percató de que estaba de un humor de perros. Había sido muy listo durante las dos últimas horas y se las había arreglado para descubrir el estado civil de una camarera de un pequeño pueblo de Manitoba. ¿Pero de qué le servía esa información?

Katrin Sigurdson significaba peligro. ¿Y qué era lo más sensato cuando uno se enfrentaba a un peligro?

Evitarlo.

Ya no era un chico imprudente de dieciocho años, y ya se había demostrado muchas cosas en el pasado. No necesitaba hacerlo otra vez. Y menos con una rubia de ojos azules que podría destruirle todo lo que él había construido con el tiempo.

Tenía que mantenerse alejado de ella.

Así de sencillo.

Capítulo 5

Durante las siguientes veinticuatro horas, Luke se mantuvo alejado de Katrin. Por la tarde regresó al hotel, aunque llegó tarde para la conferencia. Esta no mejoró su estado de ánimo. Después, concertó una reunión privada con los delegados de Perú en su habitación y le pidió al servicio de habitaciones que le subieran la cena.

Se quedó trabajando hasta bien entrada la noche, se quedó profundamente dormido y llegó tarde a desayunar porque se olvidó de poner el despertador. Al menos, no soñó con ella. Cuando se sentó en el comedor, descubrió que era el día libre de Katrin y que, en su lugar, los atendería un joven llamado Stan. Luke trató de mantenerse muy ocupado durante todo el día. Pero a las cuatro y media ya había terminado de hacer todo lo que tenía pendiente, y como no estaba de humor para ir al bar a conversar con los demás, decidió salir a correr.

Corrió durante casi una hora, observando cómo las nubes se acercaban y se extendían por el horizonte. Al pasar por el embarcadero más cercano al hotel, se fijó en que el barco de vela no estaba.

El viento del sur se estaba levantando. ¿No había dicho Katrin que era el más peligroso de todos?

Era su día libre, y casi seguro había salido a navegar.

¿Qué le había dicho? ¿Qué la ayudaba a no volverse loca?

Cuando él necesitaba descargar la tensión del trabajo, salía a correr, jugaba al tenis y esquiaba. Era el mismo principio.

Una ráfaga repentina le alborotó el cabello. Luke sintió miedo, regresó al hotel, se puso unos vaqueros y una camiseta y bajó corriendo hasta su coche. Primero fue al muelle otra vez, pero el pequeño velero aún no estaba amarrado. Conduciendo deprisa se dirigid al embarcadero de! pueblo. Allí tampoco estaba el barco con la vela roja. Para entonces, las olas golpeaban contra el muelle y mojaban su madera.

Un hombre mayor bajaba al muelle desde uno de los barcos. Luke se acercó a él y alzó la voz para que lo oyera a pesar del viento.

—Estoy buscando a Katrin Sigurdson… tiene un barco pequeño con una vela roja. ¿Sabe si está en el lago?

El viejo tenía las mejilla coloradas y los ojos azules.

—¿Katrin? Es mi sobrina… Me llamo Erik Sigurdson.

—Luke MacRae —dijo él, y le estrechó la mano. Katrin debía de haberse divertido diciéndole que aquel hombre era su marido—. Estoy preocupado por ella, ¿no estaiá ahí fuera con un tiempo como este?

—¿Katrin? —él hombre se aclaró la garganta—. Es demasiado lista. Aunque le gusta llegar al límite. Le he dicho más de una vez que llega demasiado lejos, y que…

—Entonces, ¿dónde está?

—Estamos en un estado de derecho, jovencito —dijo Erik, y escupió al agua.

—Sí, lo sé. ¿Por qué no contesta a mi pregunta?

—A Katrin no le interesan los hombres del hotel. Dice que están aquí un tiempo, pero que luego se marchan.

—Puede que me aloje en el hotel, pero sé que se está formando una tormenta en el lago. Nadie debería estar ahí fuera con este tiempo, y menos en un velerito como el de Katrin. Así que, ¿haría el favor de decirme dónde está?

—Si no está en casa y el barco no está amarrado, es posible que haya atracado al otro lado de la isla. A sotavento.

—¿Y cómo se llega hasta allí? Erik sacó un trozo de tabaco y una navaja de uno de sus bolsillos, y cortó un pedazo.

—¿Ha puesto los ojos en mi sobrina, Luke MacRae?

—No. Pero desde luego, ¡no quiero que se ahogue mientras usted y yo estamos aquí pasando el día!

—De acuerdo, de acuerdo, no se ponga nervioso. Súbase al coche, tuerza a la derecha, después a la izquierda y continúe hasta el final de la carretera. Me apuesto lo que quiera a que ella está allí.

—Espero que tenga razón —dijo Luke, y corrió hacia el coche. Haciendo chirriar las ruedas, torció a la derecha. Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre el parabrisas. Las varas de los abedules se movían con el viento, y las nubes cubrían el cielo azul. De pronto, empezó un aguacero y un rayo partió el horizonte en dos.

Los fuertes vientos y las tormentas eléctricas eran los peores enemigos de los navegantes. Invadido por el miedo, Luke condujo todo lo deprisa que podía. Debería haber preguntado dónde tenía que torcer a la izquierda, pero como estaba tan deseoso de alejarse de Erik Sigurdson, se olvidó de tan importante pregunta. Katrin tenía que estar en el muelle. Tenía que estar allí.

Pisó el freno con fuerza y después retrocedió unos metros. Estuvo a punto de perder el desvío, un camino estrecho en el que el agua empezaba a formar riachuelos. Se metió en el camino y puso el limpiaparabrisas a la máxima velocidad.

En un momento dado, el camino se convirtió en una cuesta pronunciada que llegaba hasta el agua. Como si fuera un milagro, el viento cesó. La bahía que había visto desde lo alto de la colina estaba a sotavento. Otro rayo iluminó el cielo y. enseguida, sonó un trueno que hizo que Luke se encogiera dentro del coche. Aparcó junto a unos arbustos y se fijó que el suyo era el único coche que había. Se bajó y vio que habían construido una barrera artificial para contener el agua del lago. La rodeó y llegó hasta un pequeño embarcadero en el que había un velero atracado. Katrin estaba arrodillada sobre la madera mojada, buscando algo en su bolsa. Estaba de espaldas a Luke.

Estaba a salvo.

Durante un momento, Luke permaneció quieto. Suspiró. Ella no estaba en el lago. No se había ahogado. Estaba delante de él. A salvo.

Estaba sola y sin medio de transporte aparente.

Despacio, se acercó a ella. Él ya tenía el pelo empapado y la camiseta pegada al pecho. Ella llevaba una camiseta de color rosa y una gorra verde fosforito. Al sentir su presencia, Katrin levantó la cabeza y lo miró. Mostraba una amplia sonrisa y le brillaban los ojos de felicidad.

—¿Por qué pareces tan complacida contigo misma?

Ella dejó de sonreír y se incorporó.

—Por si de verdad quieres saberlo —dijo con frialdad—, estaba felicitándome por lo bien que manejé el barco cuando se levantó el viento.

—¡Eres estúpida por estar navegando con un tiempo como este!

—Gracias por confiar en mí.

—Viento del sur y tormenta eléctrica, ¿estás loca? ¿O es que planeabas suicidarte?

—Ninguna de las dos cosas. ¿Por qué no regresas al hotel donde te hospedas, Luke MacRae? Donde, en teoría, sabes de que estás hablando. Él la agaito del brazo.

—Da la casualidad de que ahora sé de qué estoy hablando... si hubieras tenido problemas ahí fuera, alguien habría tenido que ir a rescatarte. Habrías puesto en peligro la vida de otra gente solo por el hecho de sentir fuertes emociones. Utilicé la palabra equivocada, no estás loca, eres una irresponsable. Ella trató de liberarse.

—Me parece que te olvidas de algo… regresé antes de que comenzara la tormenta y no he arriesgado la vida de nadie. Ni siquiera la mía. Además, ¿qué diablos estás haciendo aquí? No sabes lo que me molesta que vayas persiguiéndome por ahí.

Luke la agarró de los hombros, la atrajo hacia sí y la besó con ímpetu.

Katrin respondió al instante. Lo agarró por la cintura y lo besó. Con pasión. Con desenfreno. Sin temor. Los truenos retumbaban entre los árboles, y el viento soplaba como una criatura asustada, pero Luke apenas lo notaba.

Katrin estaba empapada, así que él la agarró por la cintura para tratar de cobijarla. Le acarició la espalda hasta que alcanzó su nuca mojada. Ella abrió la boca para permitir que él introdujera la lengua. Se apretó contra él y ambos movieron la lengua al mismo ritmo. Katrin lo deseaba tanto como él a ella, de eso no cabía duda. Luke la agarró por la cadera y la atrajo hacia su cuerpo para que sintiera la prueba de su excitación. «No puede ser virgen», pensó él al ver cómo respondía. Anna le había dicho que Katrin era muy exigente… pero seguro que no tanto.

—Corramos al coche. Eslás empapada —murmuró él.

—Y tú también —susurró ella, sujetándole la cara con ambas manos. Le brillaban los ojos como si fueran estrellas.

«Me ha embrujado», pensó él. La besó de nuevo y juntos iniciaron un viaje que deseaban fuera interminable. Le besó las mejillas, la frente, el cuello… quería besarle todo el cuerpo, dejar su huella sobre su piel para que todos supieran que era suya.

—Eres preciosa, y sabes a lluvia.

Ella lo besó de nuevo, le acarició el cabello mojado y después la nuca. Luke se estremeció y sintió cómo ella se estrechaba aún más contra él.

—Vamos al coche.

Katrin se separó un poco y dijo.

—Tengo ropa seca en mi bolsa.

—Entonces, agárrala —dijo Luke—. Aunque me gusta la camiseta que llevas tal y como está.

Katrin se miró el pecho. Tenía los pezones erectos y el algodón se pegaba a su cuerpo como si estuviera desnuda. Se mordió el labio.

—Luke, yo…

Él se agachó para recoger la bolsa, y después tomó a Katrin en brazos.

—Ya basta de palabras —dijo, y la besó de nuevo.

—Noto cómo te late el corazón —dijo ella, y le colocó la mano sobre el pecho.

Luke subió la cuesta a paso ligero, con la lluvia golpeándole la cara. Tenía la barbilla apoyada contra la cabeza de Katrin, intentando que ella no se alejara de su pecho.

Quería protegerla, pero para él. el sentimiento de protección era algo nuevo c inexplicable.

Trató de no pensar en ello. Cuando llegó al coche, abrió la puerta del copiloto y acomodó a Katrin. Después, corrió a su lado y buscó la llave del contacto. Lo más importante era calentar el coche. Una vez dentro, miró a Katrin y se percató de que en el tiempo que había tardado en ir de un lado del coche al otro, Katrin se había distanciado de él. Tenía la bolsa sobre sus rodillas y se abrazaba a sí misma como para mantener a Luke alejado.

Sorprendido, Luke trató de restarle importancia.

—Tranquila... no muerdo.

—He debido de volverme loca —dijo ella—. Ha sido la tormenta, luchar contra las olas del lago y entrar en la bahía sana y salva...

—Katrin —dijo él—, el deseo es mutuo. No hay nada malo en ello.

—¡Hay mucho de malo en ello!

—Mira, antes de que nos pongamos a discutir, creo que deberías quitarte la ropa mojada. Ahora mismo.

—Oh, no, estoy bien.

—Cerraré los ojos —dijo él—. O esperaré fuera del coche, de espaldas a ti. Por favor, ¿quién te crees que soy?

—No sé quién eres. ¿Cómo iba a saberlo?

—No confías en mí.

—¡No confío en mí misma! Supongo que de eso ya te has dado cuenta.

Luke sintió ganas de soltar una carcajada, pero se controló. Seguro que Katrin no apreciaría que se riera de ella en esos momentos. Arrancó el motor y puso la calefacción.

—¿Por eso me mentiste sobre lo de tu marido. Erik, y tus dos niños. Lara y Tomas, rubios y con ojos azules como tú? Porque tengo algo que decirte... en el salón de té, tu amiga Anna me contó que los niños eran sus hijos... y después conocí a tu tío Erik en el muelle. Hace media hora, cuando estaba buscándote. Llevaba la camiseta muy sucia y debería tirar las botas a la basura, estaba a punto de ponerse a mascar un montón de tabaco, y de usar el lago como escupidera. He de decirte que me alegro de que no sea tu

marido.

Katrin lo miró y agarró la bolsa con fuerza.

—¡Tenía que contarte algo! ¿Creías que iba a admitir que sueño contigo desde la primera vez que te vi en el comedor? Sueños eróticos. De esos que no podría contarle a Lara y a Tomas.

—¿Qué? —preguntó boquiabierto.

—Ya lo has oído. No voy a repetírtelo.

—¿Tu segundo nombre es sinceridad?

—Más bien, sería estupidez.

—Ese tipo de sinceridad no es muy común.

—No suelo decir mentiras... va en contra de mis principios, así que se me da muy mal. Me sorprendió que te creyeras todo aquello de mi marido y mis dos hijos. Suponía que te darías cuenta enseguida de que era mentira.

—Quizá, el estúpido sea yo —dijo Luke—. ¿Qué tal si me haces una promesa? No más mentiras.

—Las promesas se hacen entre dos personas que significan algo el uno para el otro.

Él la miró a los ojos.

—Esta promesa tiene que ver con tu propia integridad.

—De acuerdo —dijo ella desviando la mirada.

—Bien —dijo Luke—. Cambíate de ropa, regresaré dentro de cinco minutos.

Salió del coche. La tormenta se alejaba tan rápido como había llegado, ya no había truenos y apenas llovía. Luke se alejó del coche y se sentó en unos maderos para pensar en lo sucedido.

Había perdido el control cuando, en el muelle, Katrin lo había besado de manera apasionada, e inesperada. Él nunca perdía el control. No importaba quién fuera la mujer o cuánto tiempo hubiera pasado sin estar con una. Físicamente se dejaba llevar, pero emocionalmente, siempre mantenía todo bajo control.

Con Katrin no. En menos de cinco minutos se había sentido agradecido, protector, y posesivo. ¿Agradecido porque una mujer lo había besado? ¿Protector hacia una mujer capaz de cuidar de sí misma? Y en cuanto a lo de posesivo... él nunca había deseado poseer a nadie, ni que lo poseyeran. Era un hombre demasiado independiente.

Se alegraba de que ella no quisiera cambiarse de ropa delante de él. Necesitaba tiempo para pensar, alejado de ella.

Katrin implicaba peligro, pero aun así, la deseaba. Más de lo que había deseado nada en mucho tiempo.

Y si deseaba a Katrin, ¿por qué no podía estar con ella? ¿Con sus

condiciones?

No había tenido que persuadirla cuando se besaron en el muelle. Podría seducirla otra vez. Aunque tendría que explicarle cuáles eran sus condiciones.

Pero si ella aceptaba, podría acostarse con ella.

Si no, ¿cómo iba a superar la obsesión que sentía por Katrin Sigurdson?

Capítulo 6

El último relámpago iluminó el cielo. En la lejanía, se oyó tronar una vez más. Luke seguía pensando en Katrin. Una vez que se hubiera acostado con ella, se marcharía de allí. Volaría hasta Nueva York y después regresaría a su casa de San Francisco. La olvidaría. Con facilidad.

¿Habían pasado ya los cinco minutos? Esperaba que sí. Tenía frío y la camiseta mojada se le pegaba al cuerpo. Se puso en pie y se dirigió hacia el coche. Katrin se había puesto un jersey amarillo.

Al entrar en el coche y sentir el calor de su interior, Luke se estremeció.

—Tienes frío —le dijo ella—. Toma, tengo un jersey de sobra.

—Estoy bien —dijo él—. Deja de sentir pena por mí.

—No sabía que estaba sintiendo pena por ti.

—¡No necesito una madre! —dijo sin pensar, y se arrepintió enseguida.

—Si tuviera una pizca de instinto maternal hacia ti, no tendría sueños eróticos contigo.

—Hablame de ellos —díjo él.

—¿Estás bromeando? Luke, llévame a casa. Así podrás ir al hotel y darte una ducha caliente.

—Podría dármela en tu casa.

—Mira, sé que...

—Katrin, ven aquí —susurró él,

—¡No! No podemos... —pero Luke se acercó a ella y la besó en los labios. Ella se movió en el asiento y le mordisqueó el labio inferior. Después, le acarició el cuello y los hombros. Luke podía sentir su cálida respiración. «Contrólate», se dijo, «contrólate». Y la besó de nuevo, acercándose más a ella. Llevó la mano hasta su pecho y se lo acarició con delicadeza.

—Katrin —susurró—, te deseo tanto.

—Yo también te deseo —dijo ella—. Pero yo no hago este tipo de cosas, Luke.. —nunca me lío con los clientes. No tiene nada que ver con el hotel, son mis propias reglas.

—¿Crees que no lo sé? Las gafas que te pones y la manera en que llevas recogido el pelo, no es nada muy atractivo.

—Autodefensa —dijo ella con una medio sonrisa.

—Muy efectiva —contestó él—. Tengo que dejarle una cosa clara... no me gustan los compromisos. Si esta noche hacemos el amor, eso será todo. Pasado mañana, me marcharé a Nueva York y no regresaré.

—No te preocupes... yo tampoco quiero compromisos. No es una palabra que entre en mi vocabulario.

—¿Por qué no?

—Para serte sincera, Luke, si nos acostamos esta noche, no tendrá nada que ver con hacer el amor. Quiero sacarte de mi cabeza... lo siento si te parezco una borde, pero es lo que siento. Por algún motivo, has traspasado todas mis defensas. No sé explicártelo, y no voy a intentarlo. Pero necesito continuar con mi vida... y no necesito un hombre. Ha llegado el momento de marcharme de Askja, y no tiene nada que ver contigo. Así que si tú tienes condiciones, yo también. Nada de confidencias, nada de preguntas. Y nada de compromisos, como tú dijiste.

Luke se apoyó en el respaldo del asiento. No le gustaba que le dijeran, sus propias palabras. ¿Porque no estaba acostumbrado? ¿Era por eso?

En el pasado, un par de mujeres habían tomado su postura sobre el compromiso como si fuera un reto, pensando en que podrían hacerlo cambiar de opinión. Pero Katrin no era así. Ella tampoco quería ningún compromiso con él.

Así podría hacerle el amor y marcharse después.

Se la quitaría de la cabeza. Era lo que quería.

—Acepto —dijo Luke. Arrancó el coche, dio la vuelta y se dirigió al pueblo.

Condujo con mucho cuidado porque la lluvia había embarrado los caminos. Mirando al frente, le dijo a Katrin.

—Al menos, dime cuántos años tienes.

—Veintisiete. ¿Y tú?

—Seis más. ¿Naciste aquí?

—Dije que no quería preguntas, Luke.

—¿Tienes secretos en tu pasado?

—¡Por supuesto que no!

Notó que había cierta tensión en su voz y se fijó en que se agarraba las manos. Así que tenía secretos guardados.

—Yo también tengo secretos. Todos tenemos, ¿no?

—No sabría decirte.

«Fin de la conversación», pensó Luke, y le pareció curioso que Katrin no quisiera contarle dónde había nacido. «No es asunto

tuyo», se dijo, pero se preguntó si tendría algo que ver con la sensación que tenía de haberla conocido antes.

—Bien, ya hemos llegado a la carretera principal.

Katrin no dijo nada. Él la miró, pero estaba concentrada en el paisaje y actuaba como si él no existiera. Sintió un escalofrío y se esforzó para contenerlo. ¿De qué podía quejarse? Una vez más había conseguido que una mujer estuviera dispuesta a calentarle la cama bajo sus condiciones. No había nada malo en ello.

Continuó conduciendo en silencio hasta que llegó al pueblo. Junto a la iglesia, había una casa de color rosa y Luke detuvo el coche frente a ella.

—Entremos —dijo él—. Si tienes secadora, puedo meter mis vaqueros y mi camiseta para que se sequen en unos minutos.

—Luke, no puedo hacer esto —dijo Katrin.

—Es normal que estés nerviosa, Katrin. Me pondré preservativos, y seré muy bueno contigo, te lo prometo.

—¿Preservativos? —preguntó ella mirándolo a los ojos—. ¿Quieres decir que los llevas contigo a todos sitios?

—Ya te he dicho que no acostumbro a ligar con mujeres en los congresos... y que no tengo ninguna enfermedad. Pero lo último que quiero es crear una nueva vida. Ya hay bastantes niños no deseados en el mundo.

—¿Fuiste uno de ellos?

—¡Déjalo!

—Te he dado en un punto débil, ¿eh? —lo miró pensativa—, ¿Quieres decir que no quieres tener hijos?

—Dijiste que nada de preguntas ni de confidencias, y es válido para los dos.

—Vale, vale. Pero que tengas preservativos o no, no es lo que importa. He cambiado de opinión. Lo siento, pero no puedo acostarme contigo... y da igual que haya soñado contigo.

Luke sintió un nudo en el estómago.

—¿Sueles hacer esto? ¿Provocar a un hombre y después decirle que no en el último momento?

—¡No! ¡Nunca lo hago!

—Podrías haberme engañado.

—¿Eres uno de esos hombres que piensan que una mujer no tiene derecho a decir que no?

—Katrin, sé que me deseas y sabes que te deseo. Entonces, ¿qué problema hay en que nos acostemos? No estamos hablando de matrimonio, ni de tener tres hijos.

—No —dijo ella—. Estamos hablando de una aventura de una

noche.

—Así es. Algo que nos complacerá a los dos.

—En el muelle, y después en el coche, pensé que me complacería. Y que así podría olvidarte, pero ahora me doy cuenta de que lo último que necesito es una aventura de una noche. Contigo o con otro. Nunca me he ido a la cama con alguien como si tal cosa, como si el sexo fuera un juego cualquiera. Y no voy a empezar ahora.

Luke la miró. Katrin era diferente de las otra mujeres con las que había salido. No llevaba maquillaje, ni ropa de diseño, ni peinados sofisticados

—Creo que cuando nos besamos no es cualquier cosa. Para mí es como la mezcla de un terremoto y un volcán en erupción… y yo no llamaría a eso cualquier cosa —suspiró Luke—. No tengo intención de decirte que hay que ser sincero con uno mismo.

—Nunca en mi vida he besado a alguien como te besé a ti.

Luke la miró en silencio y sintió un nudo en la garganta. Una vez más, Katrin estaba diciendo la verdad. Estaba cautivándolo solo por el hecho de ser ella misma, y si era tan listo como pensaba que era, debía echarla del coche y salir corriendo en la otra dirección.

Las otras mujeres con las que se había liado consideraban la cama como un juego más. Como un partido de tenis sin ropa. Pero Katrin no era como ellas.

—Katrin, ¿por qué no vamos por ello? ¿O es que en la vida no hay que correr riesgos y hay que escoger el camino más seguro hasta que nos entierren y ya no corramos más riesgos? ¿Eso es lo que tú crees?

—Una vez, corrí el riesgo con un hombre de negocios como tú. La relación fracasó y pagué por mis errores. Pagué, pagué y pagué. La respuesta es no, Luke. No.

—¿Quién era él?

—Eso no importa.

—Escucha, voy a regresar a San Francisco…

—¿Dónde?

De pronto. Katrin se había puesto pálida y parecía mucho mayor.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—¡Me dijiste que vivías en Nueva York!

—Dije que volaría a Nueva York desde aquí… tengo un par de reuniones a principios de la semana, pero cuando termine, regresaré a casa. Vivo en San Francisco, ¿qué hay de malo en ello?

—Luke, estoy agotada, tengo que entrar en casa. Lo siento si

pensaste que te estaba provocando, te prometo que no era mi intención. Lo que pasó en el muelle fue más de lo que yo imaginaba... hizo que perdiera el sentido común y mis propias normas. Pero ahora he tenido tiempo para pensar y sé que me arrepentiría si me acostara contigo. Tengo mis normas por un buen motivo y, gracias a ellas, siempre he quedado en buen lugar.

Él quería saber cuál era el motivo, pero sabía que no debía preguntárselo.

—Si te beso otra vez, cambiarás de opinión. —¡No, por favor!

—No tienes por qué preocuparte, nunca he forzado a una mujer y tú no vas a ser la primera.

—Además —dijo ella—, ¿imaginas cómo me sentiría por la mañana cuando tuviera que tomar nota de tu desayuno? ¿Desea leche y azúcar en el café, señor? ¡Imposible! —se agachó para recoger la bolsa del suelo del coche—. Gracias por traerme. Buenas noches.

Él podía haberla retenido. Muy fácilmente. Luke se quedó quieto mirándola mientras ella sacaba la llave del bolsillo y abría la puerta de la casa. Momentos más tarde, vio la luz del salón a través de las persianas.

Arrancó el coche y regresó por la carretera. No sabía qué necesitaba más, si una ducha de agua caliente para templar su cuerpo mojado, o una de agua fría para dejar de pensar en hacer el amor con Katrin.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que una mujer lo había rechazado por última vez?

El sol aparecía entre las últimas nubes de tormenta y teñía el cielo de color naranja y magenta. Luke frunció el ceño y deseó poder regresar a casa al día siguiente. O esa misma noche. Una cosa era segura, no le importaba si no volvía a ver a Katrin Sigurdson otra vez.

Al día siguiente, Luke fue a desayunar temprano. Fue el primero en llegar a la mesa. Estaba leyéndose la portada del periódico cuando una voz conocida le preguntó:

—¿Café, señor? —él ni siquiera levantó la vista.

—Solo, por favor —dijo, y pasó la página—. También quiero un zumo de naranja, gofres con fresas y una ración de beicon, sin tostada. Gracias.

—De nada —dijo Katrin.

Él hizo un esfuerzo por seguir leyendo y ni siquiera la miró cuando se alejó de la mesa. Llegó Rupert, y después John, y Luke se fue relajando poco a poco. Cuando Katrin le llevó los gofres, él se

fijó en que no se parecía en nada a la mujer apasionada que había encontrado en el muelle. Llevaba puestas las horribles gafas y el pelo recogido en una coleta tensa. «Mejor», pensó Luke. No quería ver nada que le recordara los besos apasionados que habían compartido bajo la lluvia.

Había soñado con ella por la noche.

Cuanto antes se marchara de allí, mejor.

El día pasó muy despacio. Luke participó en las conferencias, pero ya no podía esperar más a que terminaran. La cena era un auténtico banquete y parecía que no iba a terminar nunca. Guy bebió demasiado, y a Luke le sorprendió que toda la mesa le hubiera dejado claro que era mejor que se comportara. En cuanto a Katrin, trabajó de manera eficiente, educada y distante.

Cuando terminó de cenar, la gente fue pasando al bar. Sin embargo, parecía que Guy no tenía prisa en marcharse. Luke se acercó a hablar con los delegados japoneses y después se dirigió a hablar con Guy.

—Vamos, Guy, te invito a una copa.

—Puedo contarte una cosa —masculló Guy.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —preguntó Luke.

—Primero voy a decírselo a ella —dijo Guy, y se puso en pie.

—¿A ella?

—A nuestra querida camarera.

—¿Qué pasa?

—Nada. Se lo diré primero a ella.

—Deja a Katrin en paz, Guy. ¿Recuerdas lo que te dije acerca de Amco Steel?

—Es por su propio bien —dijo Guy.

—Entonces, cuéntamelo a mí.

—Mañana. Durante el desayuno —se rio Guy—. Tendrás que esperar, Luke.

—Vale —dijo Luke, como si no estuviera interesado—. Vamos al bar, es allí donde está el ambiente.

Durante más de una hora, Luke estuvo pasando de un grupo a otro, pero siempre sin dejar de mirar a Guy. Pero Andreas y Niko, dos empresarios griegos, se empeñaron en mostrarle un fax que acababan de recibir, y cuando Luke levantó la vista del papel, Guy se había esfumado.

—Andreas, eso es una buena noticia. Creo que será mejor hablar de ello cuando regrese a San Francisco, ¿quieres que te llame? Ahora, si me disculpas, quiero hablar un momento con Guy Wharton.

Le preguntó a uno de los camareros y este le dijo que había visto a Guy dirigiéndose hacia la puerta lateral del hotel. Luke se apresuró para alcanzarlo. La puerta lateral daba a una zona que se dividía en dos caminos. Uno llevaba al aparcamiento y el otro a la zona reservada para el personal del hotel. Luke, tomó este último siguiendo su instinto. Para que no oyeran sus pisadas, caminó sobre la hierba. Se preguntaba si no estaría exagerando. ¿De verdad creía que iba a ver a Katrin con Guy? Solo sabía una cosa: no se fiaba de Guy, ni ebrio ni sereno.

Al oir voces, se detuvo. Guy hablaba arrastrando las palabras, y Katrin, hablaba despacio, pero parecía muy asustada. Así que estaban juntos, pero, al parecer, ella no lo había elegido.

Luke estaba dispuesto a protegerla de cualquier cosa que tramara Guy, pero primero tenía que averiguar de qué se trataba.

Capítulo 7

Luke rodeó los arbustos y vio que Guy había acorralado a Katrin contra un abedul y que la tenía agarrada del codo. Aunque estaba tambaleándose, hablaba con bastante coherencia.

—Esta tarde le he enviado un mensaje de correo electrónico a un amigo mío —le decía a Katrin—. Quería asegurarme los hechos antes de decir nada. Es un amigo que vive en San Francisco.

Kalrin puso una mueca como si le hubieran hecho daño físicamente, y trató de retirar el brazo.

—No quiero oírlo —dijo ella—. No tiene nada que ver conmigo.

—Oh, sí, claro que sí. Los dos sabemos de qué estoy hablando —soltó una carcajada—. Una mancha en tu reputación. ¿Qué te parece como principio? —Luke se quedó asombrado al ver que Katrin estaba a punto de derrumbarse sobre el tronco del árbol. Parecía vencida. Destrozada. ¿Qué diablos estaba pasando? Guy se rio de nuevo—. Veo que sabes de qué estoy hablando. Bueno, tengo una pequeña propuesta que hacerte. SÍ vienes a mi habitación, dentro de unos diez minutos, olvidaré todo lo que sé. Pero si no vienes, me aseguraré antes de marcharme mañana por la mañana de que te despidan. No querrán que alguien que guarda un secreto como el tuyo siga trabajando para ellos, ¿no crees? —Katrin no dijo nada. «No solo está derrocada, también desesperada», pensó Luke. ¿Cuál era su secreto? ¿Y por qué reaccionaba como un cervatillo asustado cada vez que alguien mencionaba San Francisco? Como si su silencio lo enervara, Guy dijo con nerviosismo—. Habitación trescientos treinta y cuatro. Estarás allí dentro de diez minutos, ¿de acuerdo? Si no, me encargaré de que tu nombre aparezca en todos los periódicos de Manitoba y no conseguirás trabajo en ningún sitio.

La soltó y comenzó a caminar tambaleándose por el camino que llevaba al hotel. Luke se sentó entre los arbustos y permaneció quieto para que no lo viera. Después, cuando Guy pasó de largo, salió de entre las ramas con cuidado y se acercó a la mujer que todavía se encontraba entre los árboles.

—Katrin, ¿estás bien? —Katrin lo miró como si no lo hubiera visto nunca. Le temblaba todo el cuerpo y Luke sintió pena por ella —. ¿Qué ocurre? —le preguntó, y trató de abrazarla.

Ella dio un paso atrás.

—¡No me toques! —exclamó—. ¡No soporto más! Márchate, Por favor.

—No puedo… estás metida en un lío. ¿no es así? Cuéntamelo y a lo mejor puedo ayudarte.

—Nadie puede ayudarme —dijo ella con desesperación.

—¿De qué estaba hablando Guy? ¿A qué secreto se refiere?

—Así que lo has oído —dijo ella cabizbaja.

—Después de cenar me dijo que tenía que decirte algo. Es un mal actor, ya lo sabes. Todo el mundo lo sabe. Así que lo seguí hasta aquí.

—Luke, esto no tiene nada que ver contigo. Sal de mi vida… no hago más que pedírtelo, y no me haces caso.

—¿Vas a ir a su habitación?

—Así que es eso lo que te molesta —le recriminó—. Si tú no puedes tenerme, ¿nadie puede?

—Guy Warthon es un cretino. Puedes elegir otra cosa mejor, Katrin… y no me estoy refiriendo a mí.

—Oh, Luke, lo siento. No debí haberte dicho eso. Te he hecho daño, ¿verdad? Sé que lo estoy haciendo todo mal, pero…

—Por supuesto que no me gusta que me pongan en la misma categoría que a Guy Warthon.

—No voy a ir a su habitación —se apresuró a decir Katrin—. No me importa lo que les diga a la dirección, puede decirles lo que quiera. Durante los últimos seis meses me he sentido como un oso enjaulado, y estoy harta de este trabajo. Si me despiden, no perderé mucho.

—Un oso enjaulado… ¿es por eso que sales a navegar en el lago con viento del sur?

—Pues claro.

—Bueno, me encargaré de Guy. Tengo suficientes contactos como para arruinarlo, si lo deseo.

—¡No necesito tu ayuda! Déjalo que diga lo que quiera… me iré de aquí al final del verano, así que ¿qué más me da? Mi amiga Anna sabe quién soy, y el resto no importa.

—¿Y yo dónde entro en todo eso?

—Ya te lo he dicho —dijo ella—. Sean cuales sean mis secretos, no tienen nada que ver contigo.

—Me gustaría que me los contaras —dijo Luke.

—Una lástima.

—¡Eres una mujer muy cabezota!

—Si no lo fuera, me estarías pisoteando.

Luke se tomó un momento para ordenar sus pensamientos y dijo:

—Katrin, incitaste a Guy en el comedor… sí de verdad le tuvieras miedo, no le habrías tirado el brandy, ni le habrías demostrado que sabías de finanzas. Pero, hace unos minutos, cuando él te amenazaba, parecías… desesperada. Vencida.

—¿Nunca te ha pasado nada tan horrible que cuando lo recuerdas, se te desbordan los sentimientos? ¿Como el día en que te sucedió? —suspiró—. ¿O es que eres inmune a todo eso. Luke? —de pronto. Luke se sintió como si estuviera en Teal Lake el día que su madre se marchó para nunca volver. Su padre, borracho, se dedicó a romper todo lo que encontraba a su paso. Y en una esquina, abrazado a su osito de peluche, se encontraba un niño de cabello y ojos oscuros, aterrado y solo—. Así que sabes de qué estoy hablando. ¿Qué te pasó a ti, Luke?

Luke se esforzó para volver a la realidad y alejarse de la pesadilla que lo atormentaba desde hacía muchos años.

—No me pasó nada —dijo, y se pasó los dedos entre el cabello —. Tu imaginación trabaja demasiado.

—No lo creo. ¿Qué hay de malo en admitir que eres vulnerable, igual que el resto de los humanos?

—¿Y qué pasará sí Guy informa a la prensa? Entonces, ¿qué? —dijo Luke. No sabía cómo defenderse y decidió continuar atacando.

Ella se abrazó y dijo:

—No lo hará. Por la mañana, tendrá tanta resaca que no podrá ni salir de la cama.

Era evidente que ella trataba de convencerse al mismo tiempo que ¡atentaba convencer a Luke.

—Te está chantajeando.

—No seas tan dramático.

—Te lo digo tal y como lo veo.

—Exageras —dijo ella con frialdad—. Luke, tengo que irme a casa, estoy muy cansada.

Parecía más que cansada. Tenía ojeras y estaba triste. Él deseaba consolarla, decirle que no estaba sola con sus secretos, y la agarró por la muñeca con delicadeza.

Ella le miró la mano y dijo:

—Tienes unos dedos muy bonitos. Largos y finos…

Se abrazaron al instante. Luke la agarró por la cintura y ella lo besó en la boca. Él acarició el interior de la boca con la lengua, y la atrajo hacia sí. Mientras se derretía entre sus brazos, Katrin le desabrochó la camisa. Luke sintió que le acariciaba el torso desnudo y sintió que el fuego recorría su interior.

Gimió de placer y deseó acariciar sus senos desnudos. La besó con más fuerza y le quitó la horquilla que sujetaba su melena para que sus cabellos sedosos quedaran libres.

—No deberías llevar el pelo recogido. Quiero verlo suelto sobre la almohada, Katrin, quiero esconder mi rostro en tu melena. Quiero verte desnuda en mi cama...

Katrin se alejó de él tan rápido como se había lanzado a sus brazos.

—¿Qué me pasa? Ya estoy haciéndolo de nuevo. Besándote como si no pudiera saciarme de ti... cielos, no lo soporto.

En la oscuridad, Luke estaba seguro de ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—No llores...

—¡No estoy llorando! Hace dos años prometí... —se calló de pronto.

—¿Qué te sucedió hace dos años? —preguntó Luke con tranquilidad.

Katrin se estremeció. El miedo y el dolor se apoderaron de su rostro, y le tembló la voz al decir:

—Si sientes algo por mí, Luke, déjame en paz. Vuelve al hotel. Vete a Nueva York, a San Francisco, a cualquier otro sitio del mundo. Me olvidarás en cuanto llegues al aeropuerto, sé que retomarás tu vida habitual y que seguirás adelante. Es todo lo que pido... que te olvides de mí.

Se mordió el labio inferior y durante un momento él pensó que iba a decirle algo más. Sin embargo, le quitó las manos de las caderas y salió corriendo hacia el aparcamiento del personal.

Luke dio un solo paso tras ella, y se detuvo. Podía perseguirla y meterse en su coche, o podía dejarla marchar. Era su elección.

Durante un instante, sintió que se le rompía el corazón, como si todas las elecciones que había tomado en su vida lo hubieran llevado hasta esa mujer que desaparecía en la oscuridad. Una mujer con un secreto.

Respiró hondo. Se estaba volviendo loco. Era hora de que regresara a la civilización, a las mujeres sofisticadas con las que salía habitualmente. Haría lo que Katrin le había sugerido, al día siguiente, se metería en un avión y se olvidaría de ella. Cuanto antes, mejor.

Pero primero tenía un asunto que finalizar. Regresó al hotel y subió los escalones de dos en dos hasta que llegó a la tercera planta. Se detuvo frente a la habitación trescientos treinta y cuatro. Llamó con cuidado, tal y como habría llamado Katrin, y esperó.

No sucedió nada. Llamó de nuevo, un poco más fuerte. Nada. Apoyó la oreja en la puerta y oyó que Guy estaba roncando en el interior. Así que Katrin tenía razón. No tenía que temer nada de Guy. Al menos, no esa noche.

Quería asegurarse de ello. Sacó un pedazo del papel de su bolsillo y escribió un escueto mensaje, se agachó y lo metió por debajo de la puerta. Después, se dirigió a su habitación.

Guy no hablaría con la prensa ni con la dirección del hotel al día siguiente. No, si apreciaba su vida.

Una vez en su dormitorio, Luke hizo la maleta y se acercó a mirar por la ventana. Si por él hubiera sido, se habría ido al aeropuerto en ese mismo instante, pero por desgracia, tenía que esperar a la hora del desayuno para despedirse de sus colegas, incluido Guy, y enfrentarse a Katrin de nuevo.

Lo único que esperaba era no soñar con ella otra vez.

Luke tuvo varios sueños en los que aparecía Katrin. En uno iba del brazo del padre de Luke, vestida de novia y con sus horribles gafas. En otro, estaba con Guy junto a tres caballos ridiculamente vestidos de manera tradicional, y en el último, aparecía Katrin riéndose de Luke mientras este se subía al avión.

Despertó con sus carcajadas retumbando en sus oídos.

Se frotó los ojos. Al menos ella iba vestida, porque otra noche de sueños eróticos lo habría destrozado. No tenía ni idea de lo que significaba el sueño, ni de por qué Guy aparecía en él. Pero estaba convencido de que Guy no significaba nada para Katrin. Ella era sincera y los sentimientos que mostraba provenían directamente de su corazón.

Luke salió de la cama. Lo mejor de toda esa historia era el consejo que ella le había dado. Olvídame, le había dicho. Y pensaba hacerlo tan pronto como pudiera.

Si se apresuraba, podría marcharse del hotel en menos de una hora y media. «Vamos, Luke», se animó, y se dirigió a la ducha. De camino al comedor, dejó la maleta en la recepción y entregó la llave. Cuando se sentó a la mesa, Stan estaba sirviéndole el café a Ru —pert. Con una mezcla de alivio y rabia, Luke vio que Katrin estaba tomando nota en una mesa que estaba al otro lado del comedor.

Había cambiado las mesas para no tener que hablar con él.

«Ya veremos», pensó Luke, y pidió un café. Cuando terminó de comer se despidió de todos y cruzó la habitación. Katrin estaba recogiendo los platos de una de las mesas. Se detuvo junto a ella y, consciente de que varias personas podrían escucharlo, dijo:

—Solo quería decirte adiós, Katrin, y darte las gracias por todo lo que has hecho durante la semana.

Ella se enderezó, con una pila de platos en las manos. Al parecer había dormido tan poco como él.

—Adiós, señor. Que tenga un buen día —contestó.

—Ya te he dicho que es una lástima que seas camarera... eres demasiado inteligente. Deberías marcharte de aquí, ir a una ciudad y buscar un trabajo más adecuado para ti. Ve a Nueva York, por ejemplo. O a San Francisco —Katrin agarró los platos con fuerza—. Te reto. A que me los tires, quiero decir.

—Eso pondría en peligro mi propina, señor —dijo ella con una falsa sonrisa—. Y ahora, si me perdona, tengo trabajo que hacer.

—Adiós, Katrin —dijo Luke. Se volvió y salió del comedor. Era un triste final para ser el último contacto con una mujer que lo había excitado mucho, sexual y emocionalmente.

Una locura temporal. Eso era todo. ¿Y cómo se curaría? Alejándose de allí lo más rápido posible y no volviendo jamás.

Tenía que olvidarse de Katrin Sigurdson. De su belleza y de su risa, de su carácter aventurero e independiente. De su cuerpo. De sus secretos,

Tenía que recuperar el rumbo de su vida.

Luke recogió la bolsa de recepción y se dirigió al aparcamiento. Mientras conducía por la carretera, con el hotel y el lago a sus espaldas, pensó que se alegraba de marcharse.

Había trabajado mucho para construir su vida, y no iba a permitir que una rubia de ojos azules se la destrozara.

Capítulo 8

Cinco días más tarde, Luke aparcó su coche deportivo en el garaje de su casa de Pacific Heights y entró. Como siempre que regresaba de un viaje, se sorprendió de lo impersonal que era y de lo inhóspitas que resultaban las habitaciones. No era la primera vez que pensaba que debía vender la casa.

¿Qué le había llevado a comprarla?

«Quería demostrar que había llegado», pensó. Que Luke MacRae, de Teal Lake tenía una prestigiosa casa en San Francisco, una ciudad de las más bonitas de los Estados Unidos. Y por supuesto, para cortar cualquier lazo con Teal Lake. Ninguna persona de aquel pueblo se habría ido a vivir a una casa cuadrada, de cemento y cristal, pintada de blanco.

Lo que debía hacer era comprarse una finca a las afueras de la ciudad y construirse una casa de piedra y madera de cedro, con vistas al océano Pacífico.«Sí, eso es lo que haré», pensó. Luke abrió las cartas que había recibido, encendió el ordenador para mirar el correo electrónico y escuchó los cuatro mensajes que había en el contestador telefónico. Tres eran de mujeres con las que había salido. Después, se acercó al enorme ventanal que había en el salón y recordó otro de los motivos por los que había comprado la casa: la vista espectacular que tenía sobre la ciudad. Los veleros surcaban las aguas de la bahía, y las montañas lejanas estaban ligeramente cubiertas por las nubes. Era por la tarde y tenía que ir a su despacho, que estaba situado en Transamerica Pyramid, para ver que todo iba bien.

No había recibido ningún mensaje de Katrin.

¿Y por qué iba a recibir alguno? Por un lado, no le había dado ni la dirección ni el teléfono, y por otro, ella no tenía ningún motivo para ponerse en contacto con él.

Hasta el momento, no había conseguido olvidarla.

Había salido con dos mujeres en Nueva York, y las dos le habían dejado claro que estarían encantadas de calentarle la cama.

Él no se lo había pedido a ninguna de ellas. ¿Porque no lo hacían reír como Katrin? ¿Porque las dos daban por hecho que iba a invitarlas a un restaurante caro? ¿Porque no le importaba nada si

no las volvía a ver?

Podía conseguir una cita para esa misma tarde, si quería. Ir a bailar, o al teatro, o incluso conseguiría a alguien con quien jugar al Frisbee en Ocean Beach.

Fue entonces, cuando recordó tas tres fotografías que había tomado mientras Katrin jugaba al Frisbee con Lara y Tomas. Las llevaría a revelar. Eso es lo que haría.

Mientras abría la maleta, sonó el teléfono.

—¿Diga? —contestó Luke.

—Luke, soy Ramón. No estaba seguro de si regresabas hoy o mañana.

—Hola, Ramón —dijo él decepcionado al ver que no era Katrin —. Llegué hace media hora. El congreso ha estado muy bien. He hecho buenos contactos. ¿Tú qué tal?

Ramón Torres era un importante oficial de policía al que Luke había conocido años atrás en el club de tenis. En la pista, estaban más o menos al mismo nivel y, a base de jugar partidos, habían labrado una buena amistad. Cada dos semanas comían juntos y hablaban de política, o de la vida. A veces, Luke cenaba con Ramón, su esposa Rosita, y sus tres hijos. Con el paso de los años, los dos descubrieron que ambos habían crecido en un ambiente de pobreza, Luke en Teal Lake y Ramón en las barriadas de Ciudad de México. Nunca habían hablado de ello, pero ambos sabían que el otro había crecido en un sitio parecido al suyo.

—Mañana tengo reservada una pista al mediodía —dijo Ramón —. ¿Te apetece echar un partido? Después podemos ir a comer, si tienes tiempo.

—Claro. Me parece una buena idea. Como siempre que voy a esos sitios, he comido demasiado... nos veremos allí.

Cuando colgó el teléfono, Luke se cambió de ropa y se acercó a la tienda de fotografía más cercana. Las fotos estarían reveladas al día siguiente, así que las recogería de camino al club de tenis.

A las once cuarenta de la mañana siguiente, Luke salió de la tienda con un sobre cerrado en la mano. Se metió en el coche y condujo hasta el club. Aparcó un poco alejado de los otros coches y se fijó en que era uno de esos días en los que la niebla cubría la ciudad.

Él había estado envuelto en una niebla espesa desde que regresó de Manitoba. A pesar de que había recuperado el ritmo de su vida normal, una parte de él seguía en Askja. No había conseguido olvidarse de Katrin.

Luke abrió la solapa del sobre y sacó las fotos. Al ver a Katrin en

ellas, le dio un vuelco el corazón. Estaba en la playa, con las piernas desnudas al sol y corriendo para alcanzar el platillo. En las otras dos, estaba riéndose, y Tomas le sonreía.

Parecía joven y despreocupada. Estaba muy guapa.

Guardó las fotos en la bolsa de deporte y se dirigió al club. Llegaba tarde. Y él no solía llegar tarde.

Ramón estaba practicando el saque cuando Luke llegó a la pista.

—Buenos días, amigo —dijo Ramón. Lo miró fijamente—. ¿Estás bien?

Luke se había olvidado de que Ramón podía evaluar el estado de ánimo de una persona con solo mirarla.

—Claro —dijo él, corriendo en el sitio para calentar.

¿Qué habría pensado Ramón de Katrin si la hubiera visto con el uniforme y las gafas? ¿Habría descubierto que era una mujer apasionada y llena de secretos?

Luke trató de concentrarse. Calentaron durante cinco minutos y después empezaron el partido. Pero Luke no podía concentrarse. Perdió el primer set, ganó el segundo y perdió el último. Al terminar, se dieron una ducha y se dirigieron a un restaurante griego que les gustaba a los dos. Después de pedir la comida, Ramón preguntó:.

—¿Qué pasa, Luke? ¿Los negocios te han desbaratado la vida, allí en Canadá?

—Me fue bien.

—Nunca habías jugado tan mal.

—Gracias —dijo Luke—. ¿Cómo está Rosita? ¿Y la familia?

—Le ha dado por decorarlo todo. Está pintando las habitaciones. Los niños están bien. Normalmente, los encuentro llenos de pintura cuando llego a casa. Así que no quieres contarme lo que te va mal.

—He conocido a una mujer —soltó Luke.

—Ya era hora.

—El matrimonio no está hecho para todo el mundo, Ramón. Un día de estos, sentaré la cabeza. Pero hasta entonces, me gusta seguir jugando a mi manera.

—Esa mujer… ¿quería casarse?

—No.

Ramón sonrió a la camarera cuando llegó con su comida.

—Entonces, ¿era inmune a tu encanto y tu atractivo?

—Sí. Bueno, no. Más o menos. Supongo.

—Una de las cosas que siempre he admirado de ti es tu decisión. Sí. No. Siempre sabes cuál elegir. Menos ahora.

—No es tan sencillo —dijo Luke—. No era una de las delegadas.

Trabajaba como camarera en el hotel.

Ramón arqueó las cejas.

—¿Iba detrás de tu dinero? Creía que a estas alturas ya estarías acostumbrado.

—¡No! ¡No iba detrás de mi dinero!

—¿Te acostaste con ella?

—Me siento como si estuviera en el banquillo de los acusados —dijo Luke, frunciendo el ceño—. No, no me acosté con ella.

—Pero te habría gustado. Algunas mujeres dicen que no solo para mantener e! interés de los hombres.

—Ella no es así.

—Te veo muy mal, amigo —se rio Ramón—, Era guapa, ¿verdad?

—Oh, sí, era muy guapa. Me recordaba a alguien, pero no sé a quién. Y le pasaba algo con San Francisco, reaccionaba como un cervatillo asustado cada vez que oía mencionar la ciudad.

—¿Cómo se llama?

—Katrin —Luke rebuscó en su bolsa de deporte y sacó el sobre de las fotos. Le dio a Ramón aquellas en las que aparecía Katrin. Su amigo las miró con atención y, cuando levantó la vista, dejó de sonreír.

—¿Cómo se apellida? —preguntó.

—Sigurdson. ¿Qué pasa?

—Sigurdson... es verdad. Aunque yo la conocí como Katrin Staines. La viuda de Donakl Staines. ¿Eso te dice algo?

Luke se puso tenso. ¿Katrin era viuda?

—Nada... y tengo muy buena memoria para los nombres —dijo con brusquedad—. ¿Qué quieres decir con que la conociste? ¿Cuándo? ¿Y dónde? ¿Y quién era ese tal Donald Staines?

—No me resulta fácil decirte esto —dijo Ramón—. Ella vivía en San Francisco. Hace dos años y medio, más o menos, su marido fue asesinado.

—¿Asesinado? —repitió Luke con asombro—. ¿Estás seguro de que estamos hablando de la misma mujer?

—La he reconocido inmediatamente... no es una mujer fácil de olvidar. En el juicio se dijo que descendía de tierras islandesas, del norte de Canadá. No me olvido de ese tipo de detalles, es parte de mi trabajo.

—¿Juicio? ¿Qué juicio?

—Ella tenía motivos. Dinero. Mucho dinero. La acusación se basó en eso, por supuesto. Pero Katrin también tenía una buena coartada. Al final, aunque sugirieron que había contratado a alguien

para que matara a Donald Staines. no pudieron demostrarlo. No había pruebas de que hubiera pagado a alguien grandes sumas de dinero en los meses anteriores.

—¿Estoy soñando? —preguntó Luke—. ¿Es cierto que estamos aquí sentados manteniendo esta conversación?

—Por desgracia, sí.

De pronto, Luke recordó la última noche que había pasado en Askja. Bajo los abedules, Guy le había dicho algo a Katrin que la había destrozado. ¿Qué era lo que le había dicho? Tenía que ser algo sobre su pasado.

No era de extrañar que se pusiera nerviosa cada vez que alguien mencionaba San Francisco, la ciudad donde había vivido, y en la que se había celebrado el juicio.

—Hace dos años, estuve fuera del país durante varios meses. Pero debí de ver una foto en los periódicos y por eso tenía la sensación de que la había visto antes.

—¿Estás enamorado de ella? —preguntó Ramón.

—¡No! ¡Por supuesto que no! —dijo Luke tratando de no perder el control—. Estoy escuchando todo lo que me estás diciendo, palabras como juicio, asesinato y coartada, pero no puedo asociarlas con la mujer que conozco. No dejo de pensar que debió de ser un error. O que todo es una broma pesada.

—Por mi parte, no —dijo Ramón.

—Lo siento, sabes que no me refería a ti. Es solo que me has dejado alucinado.

—Ya veo... ¿Por qué estás tan seguro de que la Ka —trin que tu conoces no podría haber asesinado a su marido? Quien, según parece, era un tipo despreciable.

—No pudo haberlo hecho —dijo Luke, y untó un pedazo de pan con mantequilla—. La mujer que conocí en el hotel no ha podido matar a nadie —soltó una carcajada—. Sé que no es una respuesta razonada, pero es lo que creo. Maldita sea, sé que tengo razón.

—Ah —dijo Ramón—. Muy interesante.

—No juegues conmigo, Ramón.

—No estoy jugando. Pero me alegra que dijeras lo que has dicho en lugar de preguntarme si yo creo que era culpable.

—¿Culpable de asesinato? ¿Katrin? No me importa lo que dijera la acusación, Katrin Sigurdson no pudo matar a su marido. Y eso de que contrató a alguien para que lo hiciera me parece irrisorio. Esa mujer no tiene una pizca de malicia... y una de las cosas que me atrajo de ella fue su sinceridad.

Ramón comió un poco de su plato. Con la boca llena, masculló:

—Su coartada era real. Se había quedado a dormir en casa de unos amigos, y el asesinato se llevó a cabo en las primeras horas de la mañana. Pero, sin duda, ella podía tener motivos, y eso hizo que todo fuera más difícil.

—De acuerdo —dijo Luke—. Ahora es cuando te hago la pregunta. ¿Crees que fue ella?

—No. Nunca lo creí. Tengo un buen radar para detectar a los que mienten, y ella ni siquiera se aproximaba a mi pantalla. Pero su motivo... Donald Staines y ella tuvieron una gran discusión aquella tarde. Los empleados del hogar la oyeron, y ella lo admitió. Él era un hombre adinerado y, esto es opinión mía, pertenecía a la escoria de la sociedad. Además de ser un marido infiel, era un desfalcador, y alguien importante en ciertos círculos sospechosos —Ramón hizo una pausa para dar un trago de cerveza—. Come, Luke —dijo con una sonrisa—. Quiero que te pongas en forma para nuestro próximo partido —Luke tenía las manos heladas y, aunque el latido de su corazón se había normalizado, no podía aceptar que estuvieran hablando de Katrin. Comió un poco de ensalada—. Durante la discusión, Katrin le dijo a su marido que iba a marcharse. Esa misma tarde. El le dijo que la quitaría de su testamento si lo hacía. Katrin le dijo que lo hiciera, que no le importaba... entonces, llamó a un taxi y se marchó a casa de unos amigos, con lo puesto. Eran una pareja muy respetable, él era abogado y ella administradora de un hospital. Los tres permanecieron despiertos casi toda la noche, hablando.

—Una buena coartada —dijo Luke pensativo.

—Sin duda. En mi opinión, el caso no se llevó bien desde el principio. Nunca debió de celebrarse un juicio. Pero tenía todos los ingredientes necesarios: dinero, corrupción, escándalo, y una bella mujer como acusada. Cuándo se juntan todas esas cosas con un asesinato, ya sabes lo que sucede. La prensa se ceba en ello.

—Y eso explicaría por qué Katrin se retiró a Askja. Allí no hay periódicos importantes. ¿Y quién iba a relacionar a una camarera con Katrin Staines?

—Tú no. Está claro.

Guy lo había hecho, pero a Katrin no parecía haberle importado. Pensaba dejar Askja de todas maneras.

—Qué situación más difícil tuvo que pasar —dijo Luke.

—A mí me daba mucha lástima. Ella tuvo mucho valor y dignidad... antes y durante el juicio. Pero se veía cómo se iba viniendo abajo, día tras día, mes tras mes. Cuando todo terminó, estaba al borde del colapso. Vendió la casa, recogió sus cosas y se

marchó de la ciudad. Después de eso, le perdí la pista. Pero de vez en cuando, seguía preguntándome qué habría sido de ella.

Luke le hizo un breve resumen a su amigo acerca de la situación de Katrin.

—Está a punto de dejar Askja —terminó—. Pero supongo que nunca regresará aquí.

—No, a menos que tenga un buen motivo —dijo Ramón con una medio sonrisa.

—No empieces.

—¿Es una advertencia?

—Tú lo has dicho —contestó Luke—. No te he hecho la pregunta más importante. ¿Al final encontraron al asesino de Donald Staines?

—Caso sin resolver —Ramón frunció el ceño—. Ya sabes cómo me gustan ese tipo de casos.

Luke se concentró en la ensalada. Ramón era su mejor amigo, pero en esos momentos, necesitaba estar solo. Para poder pensar.

Media hora más tarde, después de quedar para el próximo partido, los dos hombres se separaron en el aparcamiento del club.

Luke caminó hasta su coche, y permaneció sentado en él durante diez minutos.

Ramón le había aclarado un montón de preguntas que tenía sin contestar, cosas que no comprendía sobre Katrin. Ya comprendía por qué vivía en un pueblo remoto, por qué trabajaba de camarera y por qué no se fiaba de los hombres con dinero. Tenía muy buenos motivos.

No podía imaginarla sufriendo el acoso constante de la prensa, declarando ante un tribunal y enfrentándose a la posibilidad de que la justicia tomara una decisión equivocada y la culparan por algo terrible que no había hecho.

No era extraño que hubiera reaccionado de esa manera cuando Guy habló con ella aquella noche.

Luke miró a su alrededor y vio que la niebla se había levantado. ¿Qué podía hacer? ¿Regresar al trabajo?

No tenía motivo para no hacerlo. Quizá, una vez que conocía el secreto de Katrin, le resultara más sencillo olvidarla.

¿Y adonde se marcharía ella cuando dejara Askja? ¿Regresaría a los Estados Unidos? ¿Y cómo se ganaría la vida?

¿No había heredado el dinero de su marido? Si era así, ¿por qué estaba trabajando de camarera?

Luke arrancó el coche. Ninguna de esas preguntas eran asunto suyo. El hotel de Askja y su breve estancia en él, pertenecían al pasado.

Salió del aparcamiento y se dirigió a Transamerica Pyramid, el edificio más alto de la ciudad. Cuando llegara allí, tenía que llamar a Andreas, el griego.

Así terminaría los negocios que había iniciado en el congreso del hotel de Askja.

Capítulo 9

Cuatro días más tarde, Luke tomó un avión hacia Manitoba. Antes de partir, llamó al hotel para reservar una habitación. Al final de la conversación, dijo con toda naturalidad:

—Me gustaría que me dieran una mesa en el comedor con la misma camarera que tuve la otra vez... creo que se llamaba Katrin —y esperó, pensando que iban a decirle que ya no trabajaba allí.

—Ningún problema, señor. Lo esperamos mañana por la tarde.

Eran las siete y media cuando Luke paró enfrente del hotel y se bajó del coche que había alquilado. Respiró hondo. Podía sentir el aroma del lago. Se sentía cansado, y nervioso a la vez.

En pocos minutos, vería a Katrin otra vez.

No sabía por qué había ido allí, ni qué le iba a decir. Tampoco cómo reaccionaría ella al verlo.

Deseaba hacerle el amor. Eso no había cambiado.

Agarró su bolsa y se dirigió a la recepción, recogió la llave y se dirigió a su habitación. Se dio una ducha rápida y se puso un pantalón de algodón y una camisa de manga corta. Tenía el corazón acelerado, como si hubiera estado corriendo.

En la recepción, pidió el periódico del día. Necesitaba tener algo en las manos. O algún sitio donde ocultar su rostro.

¿Qué estaba haciendo allí?

Se había dejado llevar por un impulso, igual que el día anterior había ido a la biblioteca de San Francisco para leer todos los artículos que se publicaron sobre el juicio. ¿O había ido porque no podía olvidarse de Katrin?

Lo había intentado. Durante dos días enteros, trató de no pensar en ella. Aunque cuarenta y ocho horas no era mucho tiempo.

El sábado por la noche, incluso salió a cenar con una mujer morena y alta, una arquitecta de Sausalito. Pero tampoco le sirvió de nada.

Respiró hondo, y entró en el comedor.

—Buenas tardes, señor —le dijo Olaf, el camarero jefe—. Permítame que lo acompañe hasta su mesa.

Le dieron una mesa junto a la ventana, con vistas al muelle y a un velero que tenía recogida la vela roja. Luke se puso a mirar la

carta de vinos.

Cuando levantó la vista, vio que Katrin estaba cruzando el comedor con una bandeja cargada. Se fijó en que ya no llevaba sus gafas de plástico y que tenía el pelo recogido, pero con un par de mechones sueltos. Estaba pálida y parecía cansada. «Desanimada», pensó Luke. «Triste».

Ella dejó la bandeja sobre la mesa contigua y dirigió la vista hacia donde estaba Luke. Durante un instante se quedó paralizada, mirándolo como si hubiera visto un fantasma. Inclinó la bandeja y los platos se deslizaron hacia un lado. Al ver lo que estaba pasando, se esforzó para enderezar la bandeja, pero era demasiado tarde. Los platos de carne cayeron sobre la moqueta.

Se hizo un silencio. Katrin se puso colorada. Dejó la bandeja vacía en el carrito y miró el desastre que había provocado. Era evidente que no sabía qué hacer.

Luke se puso en pie y dijo:

—¿Te has hecho daño en la muñeca?

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella.

Mientras Luke buscaba una respuesta, llegó Olaf con otros dos camareros que portaban una escoba, una fregona y un cubo con agua.

—Les pedimos disculpas, señoras y señores —dijo Olaf a las cuatro personas que estaban en la mesa—. Ahora mismo les traerán otro plato de comida —dijo con suavidad. De pronto, cambió el tono de voz y dijo—. Katrin, quizá podrías llevar los platos a la cocina y pedir que preparen otros... ¿Katrin?

Ella miró a Luke y después se agachó a recoger los platos del suelo. Los colocó en la bandeja y se apresuró hasta la cocina. Olaf y los camareros limpiaron la moqueta. Después, Olaf se acercó a la mesa de Luke y le dijo:

—¿Puedo tomarle nota, señor?

Luke ni siquiera había mirado la carta.

—Sopa del día y cualquier pescado fresco que tengan —dijo él.

—¿Desea vino, señor?

—Perrier, gracias —necesitaba estar completamente alerta si quería hablar con Katrin esa noche. Debía haberla llamado el día anterior para avisarla de que iría, pero tenía miedo de que ella se hubiera marchado.

Enseguida, uno de los camareros regresó con los platos de carne que habían pedido en la otra mesa. Después, Katrin salió de la cocina con la sopa de Luke. Se dirigió a su mesa con decisión. Luke, percibió que la sorpresa y vergüenza inicial se habían convertido en

rabia. Dejó una cesta de pan y el cuenco de sopa sobre la mesa.

—Siento haberte asustado —dijo él.

—¿A qué has venido? —masculló ella entre dientes.

—A verte —contestó Luke.

—Sabes lo de Donald, ¿verdad? —dijo ella, con las mejillas pálidas.

—Tú no lo hiciste —dijo Luke—. Eres completamente inocente. Lo supe desde el primer momento en que oí la historia.

—Heredé todo su dinero —dijo ella.

—No me importa si heredaste millones de dólares... no tuviste nada que ver con su muerte.

Luke vio que a Katrin se le llenaban los ojos de lagrimas.

—Cielos —dijo ella—, tengo que marcharme de aquí.

Luke hizo un esfuerzo para permanecer sentado.

—Lo siento mucho —le dijo—. Darte una sorpresa como esta es ló peor que he podido hacer.

—Por una vez, estamos de acuerdo.

—Bueno, ya es algo. Será mejor que regreses a la cocina, Olaf está mirándonos. Es posible que piense que tenemos una animadísima aventura.

—No hay ninguna posibilidad —contestó ella. Se volvió y se dirigió a la cocina sin mirar a Olaf.

Luke probó la sopa y abrió el periódico.

¿Por qué Katrin se había asombrado tanto al verlo?

El pescado estaba buenísimo. De postre, tomó una mousse de caramelo y dos tazas de café. Después de servirle la segunda, Katrin le preguntó:

—¿Puedo traerle algo más, señor?

La gente que estaba en la mesa de al lado se había marchado ya, así que Luke aprovechó para preguntarle:

—¿Podemos vernos en algún lugar después del trabajo? ¿Tienes tu coche aquí?

—He venido en bici. ¿Para qué quieres verme?

—¡Tengo que hablar contigo!

Ella lo miró con frialdad.

—¿Has venido hasta aquí para hablar conmigo? ¿Esperas que me lo crea?

—Sí, y sí espero que te lo creas.

—Pensaba que tendrías mejores cosas que hacer con tu tiempo.

—He venido a verte, Katrin —repitió Luke.

—A menos que contrate a un gorila, no voy a librarme de ti, ¿verdad?

—No antes de que nos sentemos y hablemos de todo lo que he descubierto.

—¡Me estás acorralando!

—Sé que no lo estoy haciendo bien —dijo él—. Por favor, Katrin, deja que vaya a tu casa más tarde, ¿me harías ese favor?

—No vayas antes de las diez y media —contestó ella después de pensárselo un poco.

—Allí estaré —dijo él—. Dile a Oiaf que se tire al lago si te da la lata.

—Me descontarán del sueldo los cuatro platos de carne —dijo ella—. C'est la vie.

—Eso es injusto... el hotel no debería salirse con la suya.

—No soy abogada laboralista —contestó Katrin con dulzura—. Soy corredora de Bolsa. Luego nos vemos.

Una vez más. Luke tuvo la sensación de que estaba diciéndole la verdad. Guy sabía cuál era su pasado, y por eso la había provocado haciéndole hablar sobre inversiones. Luke estaba convencido de que sería muy buena en su trabajo, aunque la mayor parte de la gente se mantendría alejada de una bella corredora de Bolsa que había tenido un juicio por asesinato en el pasado.

Eran las nueve menos cinco. Todavía tenía una hora y media por delante, así que decidió ir a dar un paseo por el lago. Recordó que en esos momento debería haber estado en Whitehorse, solucionando unos asuntos, pero el día anterior había decidido cambiar sus planes. Había pasado un par de horas en la biblioteca, leyendo todo lo que se había publicado acerca del juicio de Katrin. Estuvo mirando las fotos que se publicaron de ella, y pensó que no se parecía en nada a la mujer que él conocía. La de las fotos vestía de manera elegante y llevaba joyas de oro. Sin embargo, las fotos sí que transmitían el carácter orgulloso y reservado de Katrin. En cuanto al marido, Luke lo odió nada más ver su imagen. ¿Por qué diablos se habría casado Katrin con él?

Ni siquiera, paseando por el lago, consiguió quitarse el recuerdo de las fotos de la cabeza.

A las diez y veinticuatro, Luke estaba en el aparcamiento abriendo su coche. A las diez y veintinueve, estaba parando delante de la casa de Katrin. Se fijó en que las luces estaban encendidas y que había una bicicleta junto a la puerta. Se dirigió a la casa, se secó el sudor de las manos en los pantalones y llamó al timbre.

Abrieron la puerta inmediatamente. Katrin lo invitó a pasar y cerró la puerta con fuerza. Desde una distancia prudencial, le dijo con brusquedad:

—No podemos hablar mucho rato. Estoy en el turno de mañana.

Parecía que acababa de salir de la ducha porque tenía el pelo mojado y recogido en un moño.

—Me gusta cómo te queda el pelo así.

—No has venido hasta aquí para hablar de mi pelo.

—¿Puedo sentarme? —preguntó él con tranquilidad.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó ella.

—No, gracias —miró a su alrededor y se fijó en la cocina. Había platos en el fregadero, papeles sobre la mesa y cartas sobre la encimera. No se parecía en nada a la cocina inmaculada que él tenía en su casa. Sacó una silla y se sentó a la mesa. Katrin, se sentó frente a él.

Lo más lejos posible.

Luke se aclaró la garganta y dijo !o primero que se le ocurrió:

—¿Por que tiraste los platos cuando me viste?

—Eras la última persona que esperaba ver.

—Vamos, Katrin, había algo más.

—Si has venido para interrogarme —dijo ella—, puedes irte ahora mismo.

Luke se inclinó hacia delante.

—Ayer estuve en la biblioteca leyendo todos los artículos sobre el juicio... no me imagino cómo sobreviviste a esa experiencia.

—Sabía que era inocente y que tenía el apoyo de buenos amigos.

Las cosas no estaban saliendo como él esperaba. ¿No había imaginado que se tiraría a sus brazos nada más abrirle la puerta?

—¿Por qué te casaste con él? —preguntó Luke.

—Por su dinero, por supuesto.

—No te creo.

—Entonces, eres uno de los pocos.

—Nunca me gustó ir con las masas —dijo él, con una sonrisa.

—Era muy joven. Ingenua, si te sientes piadoso. Estúpida, si no.

—No era mi intención interrogarte... ya tuviste bastante. Pero después de ver las fotos en el periódico... tu dignidad, tu valor, y la tensión en tu rostro... no puedo explicártelo. Compré un billete de avión y aquí estoy. Supongo que tenía que haberte avisado, pero pensé que si lo hacía, te marcharías.

—Tenías razón. Probablemente lo habría hecho.

—¿Por qué?

—No tenemos nada que decirnos.

Luke acercó la mano a la de Katrin, pero ella la retiró.

—¡No me toques!

Luke sintió una puñalada en el corazón.

—¿Has conseguido olvidarte de mí, verdad? ¿Con quién, Katrin?

Ella lo miró.

—Hay algo que deberías saber sobre mí, Luke MacRae... no tengo aventuras.

Luke sintió que su cuerpo se relajaba.

—He salido con tres mujeres diferentes desde que me marché de aquí y me he aburrido muchísimo.

—Me alegro por ti.

—¿Por qué te casaste con él? —repitió Luke.

Durante un momento, ella lo miró.

—Si te lo cuento, ¿te marcharás?

—No te prometo nada.

—¡Solo me quieres porque no me lanzo a tus brazos!

—Confía un poco más en mí.

—No sé qué es lo que quieres. Eres un misterio para mí.

—Sabes que eres lo bastante importante para mí porque he volado hasta aquí en cuanto me enteré de cuál era tu secreto —dijo él—, Y si tú no tienes aventuras, Katrin, yo no persigo a las mujeres que no me quieren tener cerca. Ni tampoco me meto en su cama. No es mi estilo —sintió un nudo en la garganta—. ¿Todavía quieres acostarte conmigo? Porque en Nueva York y en San Francisco no he dejado de pensar en ti. Ni de día ni de noche. Aunque las noches eran lo peor. Debería estar solucionando unos negocios... y sin embargo, estoy aquí —dijo con una fría sonrisa—. No suelo rechazar reuniones de negocios así como así. Deberías sentirte halagada.

—Me asustas —susurró ella—. Eres como una avalancha de piedras... nada puede detenerte. Y eso me incluye a mí.

—Katrin, aclaremos un par de cosas —dijo él—. Sí, quiero acostarme contigo. Pero no soy el tipo de hombre que quiere el matrimonio. Sin compromisos. En otras palabras, no me quedare a darte la lata.

—Eso ya lo hemos hablado —dijo ella—. Estoy pensando en estudiar Derecho, así que no quiero ninguna complicación en mi vida personal.

A Luke no le gustó que lo vieran como una complicación.

—Ahora, si me dices que ya no me deseas, me marcharé y no regresaré nunca.

¿Era cierto lo que estaba diciendo? ¿Podría marcharse sin descubrir lo que Katrin significaba para él? Seguro que ella todavía lo deseaba. No había podido cambiar en tan poco tiempo.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —preguntó ella.

Luke asintió, y recordó el primer día que se sentó a negociar sobre una mina. El día en que toda su vida se puso sobre una balanza.

«Es ridículo», pensó. «Estamos hablando de irnos a la cama. De seducción. Y de nada más».

Y esperó a que Katrin contestara.

Capítulo 10

Katrin contestó sin una pizca de sentimiento en su voz.

—Sí, Luke, todavía te deseo. Por eso salieron volando los platos. No he sido capaz de olvidarme de ti. Y de pronto, te veo allí. Sentado en una de mis mesas.

—Sabía que ibas a ser sincera.

—Te contaré por qué me casé con Donald... por qué cometí el peor error de mi vida. Si es que todavía quieres oírlo.

—Por supuesto que sí. A eso he venido.

—Nací en Toronto —dijo ella—. Mi padre me abandonó cuando yo tenía siete años. Todavía no sé por qué, mi madre nunca hablaba de ello. Estaba destrozada. Unos meses más tarde, se puso muy enferma y murió. Aunque era muy pequeña, yo sabía que ella no quería seguir viviendo sin él. Me trajeron a Askja a vivir con mi tía abuela Gudrun... aparte de mi tío Erik, era mi única pariente, y él no podía hacer de padre de una niña de siete años.

Así que el padre de Katrin había huido de sus responsabilidades igual que la madre de Luke había huido de las suyas.

—Continúa —dijo Luke.

—AI principio, odiaba este lugar. Había vivido siempre en el centro de una ciudad y, de pronto, estaba viviendo en un pueblo en el que todo el mundo se conocía y en el que ni siquiera había una tienda de juguetes —sonrió—. Pero mi tía abuela era paciente y amable, y poco a poco, el sitio comenzó a gustarme... murió cuando yo tenía diecisiete años, y me dejó esta casa.

—Regresaste a tus raíces.

Por primera vez desde que Luke estaba allí, Katrin sonrió.

—Sí, así es. Pero deseaba algo más que mi descendencia islandesa, quería saberlo todo acerca de mi padre. Él se marchó de aquí muy joven, después de una pelea con su padre, que era el hermano mayor de mi tía abuela. Nunca volvió a ponerse en contacto con sus padres, y ellos no sabían nada acerca de su vida. Cuando murió mi tía abuela, traté de buscarlo. Descubrí que había fallecido el año antes, recogiendo uvas en el Napa Valley, en California.

—Así que te fuiste allí.

Ella asintió.

—Descubrí muy pocas cosas. Él era un trotamundos, nunca permanecía mucho tiempo en un mismo trabajo. No tenía amigos, ni dinero. Así que supongo que para mí siempre será un extraño... fue cuando buscaba algunos informes en San Francisco cuando conocí a Donald —Luke la escuchaba atentamente—. Es la clásica historia. Donald era mucho mayor que yo, y por supuesto, yo iba buscando la figura paterna. Lo típico, ¿verdad? Además, yo estaba sola en un país extraño. Y él podía ser encantador cuando se lo proponía. Me enamoré. O eso creía. Nos casamos, yo estudié para ser agente de Bolsa, y durante una temporada todo nos iba más o menos bien. Yo estaba muy ocupada, primero en una empresa, luego en otra, ya sabes cómo es eso. Pero por muy ocupada que estuviera, me daba cuenta de todo. Me enteré de que Donald me había sido infiel. No una vez, sino de manera regular. Pero peor que eso, era la gente que él traía a casa. Sus amigos y sus socios. Hombres con los que yo no quería estar en la misma habitación —acarició la mesa con el dedo—. Bueno, el resto de la historia ya lo conoces. Las cosas fueron empeorando, sobre todo después de que me informara de que no pensaba cambiar. Entonces, una noche tuvimos una gran discusión. Yo le dije que me marchaba, y él me amenazó con borrarme del testamento. Me marché.

—Así que él quería que siguieras siendo su esposa.

—Supongo. Era una buena esposa, tan confiada y respetuosa.

—No lo digas con amargura, Katrin.

—No sabes lo enfadada que he estado conmigo misma por ser tan confiada. No importa, después de marcharme de casa fui directa a casa de Susan y Ro —bert. Menos mal que fui allí. Todavía tiemblo al pensar en lo que podía haber sucedido si no hubiera tenido esa coartada.

—Dice mucho de ti que tengas tan buenos amigos... ¿todavía estás en contacto con ellos?

—Nos escribimos a menudo. El año pasado se mudaron a Maryland.

Así que no podía sugerirle que fuera a San Francisco a visitar a sus amigos Susan y Robert.

—No puedo creer que no te conociera en algún lugar de la ciudad durante esos años —dijo Luke.

—Pasaba desapercibida. Estudiaba como una posesa, después comencé a relacionarme solo con Donald y sus amigos —se encogió de hombros—. Debía haberlo abandonado muchos meses antes, pero uno de ¡os principios de mi tía abuela era pensar lo mejor de

todo el mundo hasta que uno tuviera pruebas de lo contrario. Supongo que yo seguía pensando lo mejor de Donaid. Él no era del todo malo, podía ser amable y cariñoso, siempre que yo no interfiriera en sus planes.

—No es muy buena reputación —dijo Luke. Quería preguntarle cómo había sido el sexo entre ellos. Estaba celoso. Celoso de un hombre que había muerto.

—Al final descubrí sus actividades ilícitas, y eso fue el final de todo. ¡Nunca debí haberme casado con él! Pero incluso ahora, odio pensar en el motivo de su muerte. Que alguien lo odiara tanto, como para matarlo.

—Eres una buena mujer, Katrin —dijo Luke.

—En realidad no —murmuró ella—. Cuando regresé aquí, me sentía maltratada y avergonzada. No podía contarle a la gente lo del juicio, solo quería olvidarme de ello. Así que lo único que conté fue que era viuda. Anna es la única que sabe la verdad —agachó la cabeza—. Mentí.

—Lo hiciste por tu bien —dijo Luke—. El juicio no tenía que importarle a nadie.

—Supongo —Katrin preguntó con tensión—. ¿Y ahora qué hacemos. Luke?

La pregunta del millón.

—¿Has hecho el amor con alguien más aparte de Donald?

—Me he mantenido alejada de los hombres desde que dejé San Francisco. Y en Askja, no hay mucha elección.

Complacido por su respuesta, Luke dijo:

—Tengo una sugerencia. Escúchala y piénsate la respuesta antes de hablar —ella asintió—. Pasemos la noche juntos. Aquí. Después, por la mañana, iré al aeropuerto y continuaremos con nuestras vidas por separado.

—¿Y qué conseguiremos con eso?

—Hay algo entre nosotros, ambos lo sabemos. Así podemos tener lo mejor… encontrar lo que hay entre nosotros sin complicarnos la vida.

—Sin sentimientos, ¿es eso lo que quieres decir?

—¡Sin metemos en una relación que ninguno deseamos!

—Lo tienes todo pensado.

—Puedes decir no, Katrin —dijo él.

Ella lo miró y contestó:

—No voy a hacer tal cosa.

—¿Eso es un sí rotundo?

—¡No quieres nada rotundo!

—Al menos, soy sincero.
—A veces me haces enfadar muchísimo —dijo Katrin.
—Sí o no —dijo Luke.
—Sí —soltó ella.
Parecía que podía cambiar de opinión en cualquier momento. Luke se levantó arrastrando la silla.
—No te asustes... todo saldrá bien. Ya verás —rodeó la mesa y le agarró las manos—. ¿Dónde está tu habitación?
—Al final del pasillo.
La puso en pie y la guió hasta allí, sin soltarle la mano. Luke estaba convencido de que Donald no había sido un buen amante, y era su turno reparar todo el daño que podía haberle hecho a Katrin. Podría controlar su deseo, no le supondría un problema.
La habitación tenía una cama doble pintada de blanco. Luke cerró las cortinas. Dejó sus zapatos junto a la silla y se quilo la camisa. Después, con naturalidad, dejó un paquete de preservativos en la mesilla y se volvió para mirar a Katrin.
Deseaba lomarla entre sus brazos y cubrirla de besos. Sin embargo, apoyó las manos sobre sus hombros y la besó. Primero en la mejilla, luego en la boca. Con mucha delicadeza, la besó en el cuello.
—Sabes muy bien —murmuró.
—No sé qué...
—Shh —dijo él, y la besó de nuevo—. Todo saldrá bien... tenemos toda la noche para nosotros. Y lo único que quiero es darle placer.
—Pero...
Le cubrió la boca con sus labios e hizo un esfuerzo para contener su deseo. Lo hacía por Katrin. No por él. Le acarició el cuello con la lengua y notó cómo se estremecía. Al sentir su cálida respiración dudó de si sería capaz de mantener el control.
«Despacio, Luke. Ve despacio», se dijo. De pronto, Katrin comenzó a besarle los dedos de la mano, después, le sujetó la cara y lo besó en los labios. Con pasión. Le acarició el pecho desnudo y jugueteó con sus pezones. Se arqueó para que sus cuerpos se encontraran.
—No hay prisa —dijo Luke, y la besó de nuevo. Al sentir el calor de su cuerpo, se excitó más.
No podía permitirse perder el control. Estaba dispuesto a demostrarle que no era como Donald Stai —nes. Le quitó las horquillas que sujetaban su cabello, y disfrutó al ver cómo la melena le caía sobre los hombros.

Ella le acarició la espalda, y presionó sus pechos contra el torso de Luke. Este sintió que se le aceleraba el corazón. Deseaba tumbarla en la cama, tumbarse encima de ella y poseerla. Porque era Katrin. Porque la deseaba como nunca había deseado a nadie.

—Tengo puesta demasiada ropa —murmuró ella.

Luke pensaba desnudarla despacio, pero se percató de que ella trataba de quitarse el jersey con impaciencia. Trató de ayudarla y, al sentir la suavidad de su piel, se olvidó de su plan y comenzó a desnudarla con prisa. Le quitó el jersey y lo tiró sobre la silla.

—Eres tan guapa que se me corta la respiración cuando te veo —dijo él al verla casi desnuda.

—¿De verdad? —preguntó ella entre risas.

Él la atrajo hacia sí y dijo:

—Aquí tienes la prueba —y vio cómo sonreía al sentir su miembro viril.

La besó de nuevo y ella comenzó a desabrocharle el cinturón.

—Llévame a la cama, Luke —dijo ella—. Ya no estoy nerviosa, ¿no lo ves?

Le brillaban los ojos, y movía sus caderas de manera provocadora. Luke le desabrochó el botón de los vaqueros y le bajó la cremallera. Mientras se los bajaba, ella se río al ver que se le enganchaban en la ropa interior, y lo ayudó.

A Luke le encantaba su risa.

—¿Luke? —susurró ella. Luke terminó de quitarle los pantalones y le acarició las piernas—. Tu tumo.

Luke se quedó quieto y observó cómo le quitaba los pantalones. Cuando terminó, la atrajo hacia sí para sentir el roce de sus senos contra su torso. La besó y le quitó el sujetador. Lo tiró al sueio. junto a los vaqueros. Le sujetó los pechos y comenzó a acariciarlos con la lengua.

Ella se estremeció.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Oh, Luke —dijo ella—. Nunca en mi vida he estado mejor.

Sus palabras le llegaron al corazón. Le estaba diciendo que confiaba en él.

—Vamos a la cama, Katrin —le dijo, y se quitó la ropa interior.

La tomó en brazos y la dejó sobre la cama. Se colocó encima y la observó durante un instante para empaparse de su belleza, de su valor, de su fragilidad.

La besó y, despacio, acercó su cuerpo al de ella, antes de que él estuviera preparado, ella lo rodeó con las piernas y lo atrajo hacia sí, susurrando su nombre entre beso y beso.

Acariciándole los pechos, llevó la boca hasta sus pezones. Continuó bajando, explorando su vientre, descubriendo sus puntos erógenos. Cuando llegó al centro de su feminidad, ella gimió de placer y le suplicó que no parara.

Entonces, Luke se colocó un preservativo y la penetró. Era como si estuvieran hechos el uno para el otro. Observó la expresión de su cara y supo que todo iba bien. Se movían al mismo tiempo y sus corazones latían al unísono. Cuando llegaron al climax, Luke contuvo un grito de placer que luchaba por salir de su garganta.

Apoyándose sobre los codos, colocó la cabeza sobre el hombro de Katrin. Poco a poco, su respiración volvía a la normalidad. Se echó a un lado, y se tumbó mirándola.

Ella tenía los ojos cerrados.

—Katrin, ¿estás bien? —susurró él.

Ella ocultó su rostro contra el pecho de Luke, como si no estuviera preparada para mirarlo.

—Estoy bien —murmuró—. ¿Y tú?

—Muy bien.

—¿De veras? —preguntó levantando la cabeza—. Porque has estado conteniéndote todo el tiempo. Nunca te has dejado llevar, ni siquiera al final.

—Quería asegurarme de que disfrutaras —dijo él.

—No querías perder el control.

—No me gustan las frases sentenciosas.

—Odias cuando me acerco demasiado a la verdad.

Para ser un hombre que minutos atrás estaba inmerso en el deseo sexual, estaba muy enfadado.

—Entonces, ¿a quién prefieres, Katrin? ¿A Donald o a mí?

—A ti. Por supuesto. Donald era tan egocéntrico en la cama como fuera de ella.

—Está bien... Intentaba cuidar de ti, y está claro que lo he conseguido.

—¿Por qué me da la sensación de que me han dejado de lado... y de que ha sido un verdadero profesional?

—¡Siempre le das la peor interpretación a todo lo que hago!

Ella se incorporó apoyándose en un brazo.

—Hablame de tus padres, Luke. De tus hermanos y hermanas. De dónde creciste. ¿Por qué reaccionas de manera tan brusca cuando se menciona algo parecido a una relación?

—Hicimos un trato. Y ese tipo de conversaciones no entraban en él.

—Es cierto —dijo Katrin—. Es más, lo propuse yo... Seré tonta

—dijo, y con una sonrisa añadió—. Puesto que solo tenemos una noche, no debemos perder el tiempo... hablar no nos lleva a ningún sitio.

—Por motivos evidentes, tengo que ir al baño.

—Espero que hayas traído bastantes preservativos para toda la noche —dijo ella con tono provocador.

Luke se fue de la habitación. Antes de salir del baño, se miró en el espejo. A ella no le había gustado que se contuviera, estaba claro. Para ella era como un reto. Si no le gustaba como era él, mala suerte.

Cuando regresó a la habitación, Katrin estaba tumbada tal y como la había dejado. Luke se metió en la cama y se tumbó junto a ella. Observó su cuerpo y descubrió que la deseaba más que antes, como si no hubiera pasado nada en la última hora.

No había conseguido sacársela de la cabeza.

Sin embargo, sentía que era parte de su ser. Se sentía invadido por una mujer.

Capítulo 11

Luke estaba tumbado y pensativo. Katrin se acercó, le sujetó la cara con las manos y comenzó a besarlo con tanta sensualidad que hizo que se le acelerara el pulso. Le acarició las mejillas, y las cejas. Después, le besó el cuello y presionó su cuerpo contra el de él, moviéndose despacio y de manera seductora.

Él trató de contenerse. Trató de mantener el control. Pero mientras ella le acariciaba el pecho con una mano, bajó la otra hasta su miembro viril. Estaba preparado. Apoyó el rostro contra el vientre de Luke, de manera que su cabello lo acariciara, y siguió la línea de vello que la llevaría hasta el centro de su deseo.

Luke se estremeció de placer, y ella le dijo:

—Eres tan suave, y tan cálido —lo acarició con la lengua. Él gimió al sentir la humedad de su boca y se dejó invadir por la llama del deseo, y del placer.

Justo cuando ya no soportaba más, Katrin se separó de él. Se tumbó boca arriba con las piernas un poco separadas y tomó las manos de Luke.

—Hazme el amor, Luke. Como si fuera la primera vez para los dos… quiero aprender todo lo que puedas enseñarme.

—Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

Katrin le llevó las manos a sus senos.

—Acaricíame aquí… y aquí.

Él la besó en la boca, y después bajó hasta sus pezones erectos. Ella lo acariciaba, haciendo que sintiera cosas que nunca había sentido.

Luke se abandonó y se dejó llevar a nuevos territorios desconocidos. La tomó entre sus brazos, la besó, le acarició el cabello, inhaló el aroma de su cuerpo… ¿llegaría a saciarse alguna vez?

Guiado por la pasión, Luke deseó dejar su huella en cada parte del cuerpo de Katrin. Ella le pertenecía. La levantó para que se colocara a horcajadas sobre él, y observó el cambio de expresiones de su rostro. Tan vivo. Tan bello.

Katrin se movió despacio, sujetándole las caderas con las rodillas. Cuando él le acarició la entrepierna, y encontró la parte

más sensible de su cuerpo, ella echó la cabeza hacia atrás, y gritó su nombre una y otra vez. Luke se incorporó para encontrarse con ella, y se miraron con mucha intimidad. Tras un profundo gemido, él llegó al orgasmo, y ella lo acompañó instantes después.

Katrin se derrumbó encima de él, y su melena cayó sobre el rostro de Luke como protegiéndolo del mundo real. Sus corazones latían al unísono y ambos cuerpos parecían uno solo. Él la abrazó como si todas sus barreras se hubieran disuelto. Como si su vida dependiera de ella.

Él no dijo nada. No había nada que decir.

Katrin se colocó a su lado y apoyó la cabeza en el hombro de Luke. Poco a poco, su respiración fue haciéndose más lenta y Luke se percató de que se había quedado dormida.

Él permaneció tumbado, con los ojos bien abiertos y acariciándole el cabello con una mano. Ella le pertenecía. «Katrin me pertenece», pensaba. ¿Qué estaba diciendo? Todo era mentira, por supuesto. Katrin no le pertenecía. Ella no quería que fuera así. Entonces, ¿cómo podía explicar esa sensación de posesión, y la necesidad de dejar su huella sobre ella para que no se marchara nunca?

Había perdido el control. Por completo.

Cerró los ojos y deseó quedarse dormido. Despertarse entre los brazos de Katrin y hacerle el amor otra vez. Pasar el día leyendo en su cocina luminosa, esperando a que Katrin llegara del trabajo, para después acostarse con ella una vez más. SÍ su mundo había cambiado en las dos últimas horas, ¿qué podría pasarle en dos días? ¿Y en dos semanas?

Con mucho cuidado, Luke acomodó el cuerpo de Katrin sobre el colchón. Ella se movió y hundió la cara en la almohada. Luke sintió que se le encogía el corazón. Indefensa, generosa, apasionada: ¿qué otras facetas de su personalidad no había descubierto aún?

Y nunca descubriría.

Porque iba a marcharse. En ese mismo instante. No estaba dispuesto a arriesgarse.

Salió de la cama con mucho cuidado de no despertarla, y fue entonces cuando vio el segundo preservativo sobre la mesilla. Se había olvidado de ello, nunca había hecho algo así antes.

Podía haberla dejado embarazada.

No podía pensar en ello, la posibilidad era pequeña pero abrumadora. Se vistió despacio en la oscuridad. Sin mirar atrás, salió de la habitación y se dirigió a la cocina. La puerta de la calle chirrió al abrirse. Él se quedó inmóvil, esperando a que Katrin lo

llamara y preguntándose qué iba a decirle si lo hacía. Pero la casa estaba en completo silencio. Salió a la calle, se metió en el coche y se alejó de allí.

Como estaba acostumbrado a la ciudad, había olvidado lo oscuro que podía ser et campo. El cielo estaba estrellado y era lo único que iluminaba la zona. Se alivió al ver tas luces del hotel. Pagó en recepción, sin importarle lo que pensara el empleado. Después, subió a su habitación, hizo el equipaje y salió de allí. Cinco minutos más tarde, en la carretera que después lo llevaría hasta el aeropuerto, Luke pasó delante de la casa de Katrin. No había ninguna luz. Ningún signo de vida.

No había nada que señalara que su vida se había puesto patas arriba en aquella pequeña casa a la orilla del lago.

Estaba huyendo. De eso no había duda.

Dos semanas más tarde, Ramón y Luke estaban sentados en una bar en Fisherman's Wharf. A través de la ventana se veía la calle llena de gente, turistas, músicos y malabaristas, y tras ellos los coloridos barcos de pesca. «Todo el mundo se lo está pasando fenomenal. Menos yo», pensó Luke.

Ramón levantó su jarra de cerveza.

—Un brindis, amigo. Me alegro de que hayas podido quedar avisándote con tan poco tiempo —chocaron las jarras y él añadió—. Aunque parece que estás en el banquillo de los condenados a muerte.

—Muchas gracias —dijo Luke. Ramón había ganado al tenis. Luke no podía dormir por las noches, Katrin atormentaba sus sueños y él se arrepentía de haber ido a Askja la segunda vez. Aparte de eso, todo le iba bien.

—Tengo nuevas noticias para ti. Sobre el asesinato de Staines.

Luke dejó el vaso con fuerza sobre la mesa.

—¿Noticias?

—Así que sigues interesado... lo suponía.

—Cuéntame.

—Nos han hecho una confesión. Y la prueba del ADN la corrobora. El caso está resuelto, Luke. Sé que Katrin había sido declarada inocente... pero mucha gente siguió pensando que era culpable. Ahora podemos demostrar que no es así.

—¿Estás seguro? Sobre la confesión, me refiero.

—Mañana saldrá en todos los periódicos. Quería que tú lo supieras primero.

—Eres un buen amigo.

—Pero no tanto como para que me digas cómo te afecta Katrin.

—SÍ algún día lo descubro, serás el primero en saberlo —dijo Luke.

—No me sorprenderé —comentó Ramón—. El hombre que ha confesado, Edmond Langille. era un socio de Donald y había tenido una reunión con él la tarde del asesinato —Por supuesto, ninguno de los sirvientes lo vio entrar en la casa... ¿dónde están los testigos cuando uno los necesita? Ni tampoco lo vieron marcharse, porque no se fue. Él escuchó la discusión que tuvieron Katrin y Donald y se aprovechó de ella.

—¿Y por qué lo confiesa ahora?

—Está muriéndose —dijo Ramón—, De cáncer. Quiere tener limpia la conciencia antes de encontrarse con el Creador —Ramón se comió una ostra—, Katrin conocía a Edmond, aunque no muy bien. Así que tendrá que venir a que le hagan algunas preguntas.

—¿No será otro juicio? —preguntó Luke horrorizado.

—No, no. Una simple formalidad. La llamaré esta tarde para hacer los arreglos.

Ramón continuó comiéndose el plato de ostras en silencio. Luke dijo:

—Fui a Manitoba después de que me lo contaras todo sobre ella. Hicimos el amor con la condición de que no volveríamos a vernos.

—San Francisco es una ciudad grande. No tendrás que verla... supongo que Katrin no se quedará mucho tiempo.

—¡Me gusta mi vida tal y como está! —dijo Luke en tono irascible.

—Entonces, eres un hombre afortunado —dijo Ramón con una sonrisa—. Cómete las ostras antes de que me las acabe yo todas.

Luke se lo comió todo sin prestarle mucha atención a la comida. Cuando terminaron, y estaban despidiéndose en la acera, Ramón dijo:

—Rosita me mataría por meterme donde no me llaman, pero Katrin es una mujer excepcional, Luke. Puede ser alguien decisivo en tu vida. Si se lo permites —sonrió—. Nos vemos en la pista el próximo martes. Intenta estar concentrado en el partido, ¿vale?

Se puso a caminar antes de que Luke pudiera contestar.

Katrin llegaría a San Francisco muy pronto. Luke debía llamarla esa misma tarde.

No tenía elección.

Luke llamó a Katrin a las diez y media. El teléfono sonó seis veces, y estaba a punto de colgar cuando ella contestó.

—¿Diga?

—Katrin, soy Luke. He oído que vas a venir a San Francisco.

—¿Y cómo te has enterado?

—El policía encargado del caso es un buen amigo mío. Ramón Torres.

—Qué suerte la mía.

—¡Ramón es un buen hombre!

—Estoy de acuerdo... aunque sea policía, él fue uno de los puntos claves de la investigación —dijo ella, sin una pizca de sentimiento en su voz.

Se hizo un largo silencio. Luke dijo al fin;

—¿Estás ahí? ¿Katrin?

—No soporto la idea de empezar otra vez. No la soporto.

—Pero esto limpiará tu nombre por completo.

—¡Ya no me importa!

—¿Estás llorando? —preguntó Luke.

—¡No! Nunca lloro... bueno, pocas veces.

—Quiero que te quedes en mi casa —dijo él.

—He reservado en un hotel.

—Los periodistas estarán pendientes del caso —dijo Luke, utilizando el único arma que tenía—. En mi casa, estarás a salvo de todos ellos.

—Todo terminó hace dos años. ¿Qué interés van a tener en mí a estas alturas?

—Eres joven, rubia y bella. Y heredaste una fortuna.

—La repartí toda —anunció ella.

Más de una vez Luke se había preguntado qué hacía una mujer rica trabajando de camarera. Sintió ganas de reír y preguntó:

—¿A quién?

—A los hogares de acogida. A comedores para indigentes. Ayuda internacional. Todo eso.

—No me extraña que la prensa vaya detrás de ti —dijo Luke—. No es un comportamiento habitual en alguien que hereda montones de dinero.

—¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Vivir en una casa que odiaba, del dinero sucio de un hombre que no amaba ni respetaba? No creo.

—¿Has reservado el billete? Te recogeré en el aeropuerto e iremos directamente a mí casa.

—Luke —dijo ella—, no me acostaré contigo.

—No le lo he pedido. Dame el número de vuelo.

Luke oyó que Katrin revolvía unos papeles. Ella le dictó el número de vuelo y le dijo:

—Te veré mañana. Si no estás en el aeropuerto, asumiré que has

cambiado de opinión.

—No cambiaré de opinión. Adiós, Katrin —contestó Luke, y colgó el auricular.

Ella no quería compartir su cama. Quería cumplir el trato que habían hecho en la cocina de su casa. Una noche juntos y nada más. Lo único que él tenía que hacer era cumplirlo también.

¿Y por qué no iba a hacerlo? ¿No había salido huyendo de todas las implicaciones que tenía hacer el amor con ella de manera apasionada en la pequeña casa junto al lago?

Capítulo 12

En el aeropuerto, Luke vio a Katrin antes de que ella lo viera a él. Estaba entre los viajeros, buscándolo en la sala de llegadas. Vestía un traje verde. La chaqueta abrochada hasta el último botón y la falda le llegaba hasta las rodillas. Tenía el pelo suelto, suave y brillante, cubierto por un sombrero verde, ligeramente inclinado. Parecía una mujer moderna e inalcanzable.

No la mujer desnuda con la que había hecho el amor hacía dos semanas.

Cuando Luke se dirigió hacia Katrin, ella lo vio y se detuvo un instante, pero el resto de pasajeros la empujó hacia él. Luke la besó en las mejillas.

—Estás muy elegante.

—Estoy hecha un asco.

—Entonces, haces un gran trabajo ocultándolo. Vamos por tu equipaje.

Katrin no paraba de fijarse en la multitud y no dejaba de juguetear con la correa de su bolso. Normalmente, no era una mujer nerviosa. Cuando recogieron . su equipaje de la cinta, Luke le dijo:

—Tengo el coche en el aparcamiento., vamos.

Pero en cuanto salieron a la calle, un grupo de periodistas se acercó a ellos. Sacaron una foto de Katrin en menos de un segundo. Y comenzaron a hacerle preguntas rodeándola de micrófonos.

—Señora Staines, ¿qué siente al regresar a San Francisco? ¿Qué opina de los últimos acontecimientos del caso? ¿Sospechaba de que Edmond Langille pudiera ser el asesino? Señor, ¿su nombre, por favor?

—Tranquila, Katrin —dijo Luke, y utilizó su maleta para cubrirle la cara. Agarrándola por los hombros, la guió entre la multitud.

—¿Este hombre es su amante, señora Staines? ¿Se casará de nuevo ahora que ha demostrado su inocencia? ¿Vendrá a vivir a San Francisco?

Luke tenía el coche en una de las primeras filas. Dejó la maleta en el suelo, abrió la puerta del copilolo. esperó a que ella se sentara y cerró la puerta. Metió la maleta en el maletero y se dirigió a su asiento. Antes de entrar, dijo furioso:

—Lo que la señora Staines haga con su vida no es asunto suyo... ¿por qué no la dejan en paz? Son una bandada de buitres, y sí, pueden ponerlo textualmente.

Dispararon un flash junto a su cara. Ignorándolo, se metió en el coche y aceleró marcha atrás. Los periodistas se apartaron asustados.

—Cielos, qué ingenuo soy... esperaba que hubiera un par de periodistas del periódico local, pero nada como esto. No sé cómo se han enterado de que venías ahora. Yo no les he dicho nada.

Salió del aparcamiento, enfadado. Katrin no había pronunciado ni una palabra. Iba con la cabeza agachada y las manos entrelazadas sobre el regazo. Cuando él la miró, vio que una lágrima rodaba por su mejilla.

Luke miró por el retrovisor para asegurarse de que no les seguía ningún periodista. Después, se dirigió a una zona de oficinas y aparcó a la sombra de un árbol.

—Katrin, no llores —le dijo—. No merece la pena.

Ella cerró los puños y una lágrima cayó sobre el dorso de su mano, Luke la abrazó y la atrajo hacia sí. El sombrero se cayó al suelo. Le acarició la espalda y deseó poder protegerla durante los dos días siguientes.

Pero no podría hacerlo.

No le gustaba sentirse tan indefenso. Tan inepto.

A pesar del calor, ella estaba temblando. Él le acarició el cabello y le susurró su nombre al oído, intentando consolarla.

—Tengo que sonarme la nariz —dijo ella de pronto.

Él agarró una caja de pañuelos de papel que llevaba en la parte trasera del coche y se la dio. Ella se sonó la nariz y se secó las mejillas. Se le había corrido el maquillaje y tenía la punta de la nariz colorada.

—Tenía que haberlos atropellado a todos.

Sonriendo, ella dijo:

—Te habrían acusado de asesinato. No merece la pena, créeme.

—Ni siquiera pude protegerte de ellos —dijo Luke con frustración.

Katrin lo miró.

—Hiciste lo que pudiste, pero eran unos veinticinco contra uno. Luke.

—Sí —le secó una lágrima que se le había quedado en la barbilla —. Dijiste que nunca llorabas.

—Esos periodistas han hecho que recuerde todo. Durante el tiempo que duró todo, me contuve hasta que creía que iba a

desmayarme en un charco de barro… pero nunca lloré delante de ellos.

—No pasa nada porque llores delante de mí —dijo Luke.

Ella lo miró a los ojos, se enderezó y dijo:

—Bonito coche.

Luke había dicho algo que no debía, aunque no sabía que. Pero se necesitaban dos para jugar a ese juego. Cuando arrancó el coche, dijo;

—Siempre quise tener un deportivo plateado que pudiera pasar de cero a sesenta en menos de cinco segundos. ¿Tu sombrero está bien?

Ella se agachó para recogerlo y después abrió un poco la ventana. Se apoyó en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

—Despiértame cuando lleguemos —murmuró.

Luke pisó el acelerador y se concentró en la conducción. Había tenido muchas emociones en la última media hora y necesitaba desconectar. Pero antes de darse cuenta, estaba entrando en el garaje de su casa. Katrin abrió los ojos.

—¿Esta es tu casa?

Él asintió.

—Al dueño anterior no le gustaba el ladrillo estilo georgiano, así que tiró la casa original y construyó esta.

—Minimalista —dijo con educación.

—Horrorosa.

—Destruir casas está de moda.

—¿Tirarla? —se rio él—. Estoy a punto de vendarla y de mudarme a las afueras de la ciudad. O quizá a Presidio Heights, he visto un par de sitios que me han gustado allí. Entremos.

Abrió la puerta y se dirigieron al salón.

—La vista es maravillosa —dijo Katrin.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Necesito darme una ducha —dijo ella.

Él la guió hasta el ala de invitados. La habitación de Katrin también tenía vistas a la bahía y su propio balcón.

—Mi habitación está arriba. Aquí tendrás toda la intimidad que necesitas.

Katrin se descalzó.

—Quizá duerma una siesta —le dijo—. Anoche no dormí muy bien y mañana necesito estar bien centrada. ¿Me avisas a la hora de cenar?

—Fui al supermercado y compré platos preparados que podemos calentar en el microondas —sonrió—. No soy buen cocinero.

—Está bien… solo necesito estar sola un rato.

Su lenguaje corporal era fácil de interpretar: manten la distancia, le decía. Luke asintió. Cerró la puerta de la habitación y regresó al salón. Fue él quien había salido huyendo para no volver a hacer el amor con ella, sin embargo, en esos momentos daría cualquier cosa por acostarse en su cama.

Decidió pasar un rato en el gimnasio que tenía en el sótano para descargar tensión. Cuando oyó que Katrin se movía por el piso superior, subió a verla en pantalón corto y descalzo. Se había cambiado de ropa y llevaba un pantalón blanco de algodón y una camisa de color rosa.

—¿Quieres cenar? —preguntó él.

—Cuando tú quieras.

—¡No tienes que ser tan educada!

—¿Cómo se supone que tengo que actuar?

—Dormimos juntos, Katrin… ¿o es que te has olvidado?

—Yo dormí. Tú te marchaste.

—Vale, vale… ven a la cocina.

—Me gustaría que te pusieras algo de ropa —dijo ella.

—Estoy vestido.

—¿Por qué te marchaste a mitad de la noche. Luke?

—¿Por qué me dijiste por teléfono que no volveríamos a hacer el amor?

—No veo por qué tengo que contestarte a eso.

—Perfecto. Eso sirve para los dos.

Ella lo miró.

—Todavía no he visto ni una sola foto en esta casa. Ni nada personal. Parece la casa de una revista, perfecta e impersonal. ¿No tienes ninguna foto de tus padres?

—Evidentemente no —dijo él, y continuó con el ataque—. ¿Estás embarazada, Katrin? No utilizamos protección la segunda vez.

—No. No lo estoy.

Aliviado, Luke entró en la cocina.

—Vamos a cenar… creo que lo mejor será que salgamos a la terraza —abrió la nevera—. La ensalada la podemos poner en un plato que está en el armario de encima del fregadero. Calentaré el pollo y el pan de ajo.

La cocina era grande. Pero cuando se disponía a sacar una bandeja para el pollo, se chocó con Katrin, que se disponía a preguntarle algo. La bandeja cayó sobre la encimera. Luke abrazó a Katrin y la besó. Después de dudar un instante, ella le correspondió.

Ardiente de deseo, él le acarició los pechos por debajo de la blusa.

Ella retiró la cara y le agarró la mano.

—¡No! Luke, no podemos hacer esto.

—¿Por qué no? Los dos lo deseamos —dijo él.

—Hicimos un trato.

—Los tratos pueden renegociarse.

—No puedo soportar esto más —dijo ella—. Es demasiado.

—Estás al límite, ¿verdad? —preguntó Luke al recordar por qué Katrin estaba en San Francisco.

—En eso tienes razón. ¿No lo ves? Cometí el error más grande de mi vida cuando me casé con Donald, que era un hombre muy rico. Y ahora estoy en la misma ciudad con otro hombre rico.

—Yo no tengo asuntos sucios —dijo Luke—. Y no te estoy pidiendo que te cases conmigo.

—Eso es verdad… ¿no me lo estás pidiendo, verdad? Estaré aquí tres días…¿así que sugieres que tengamos tres aventuras de una noche? ¿Es eso?

—¡Así suena muy duro!

—Lo digo tal y como lo veo.

Tenía las mejillas coloradas, pero sus ojos azules expresaban desesperación. Luke dijo con cuidado:

—Mira, mañana te espera un día duro, Katrin. ¿Por qué no hacemos una tregua? Al menos hasta que termines con la policía y los abogados.

—¿Y después empezaremos donde lo dejamos?

—¿Por qué no? —sonrió él—. Fue un beso muy agradable.

—Se me ocurren varias palabras para describir ese beso. Agradable no es una de ellas.

—¿No? Dímelas.

Con las manos en las caderas, se dirigió a él.

—Eres un hombre exasperante, Luke MacRae… ¿tienes un segundo nombre?

—Donde yo nací no se estila lo de poner dos nombres.

—¿Y si te pregunto dónde naciste, te cerrarás en banda?

—La cena está preparada. En la terraza. ¿No es a eso a lo que hemos salido?

Ella agarró un paño blanco y lo sacudió delante de Luke.

—Y la tregua… no te olvides de la tregua.

Él comenzó a reírse.

—No dejarás que lo haga.

—Vas comprendiendo —dijo ella con una sonrisa—. ¿Qué tipo de pollo has traído?

Quince minutos más tarde, estaban sentados en la terraza y rodeados de plantas en flor. Luke sirvió vino en la copa de Katrin y dijo:

—Por tiempos mejores.

—Brindaré por ello. Me siento mucho mejor. Hablemos de cine, de París y de si tienes miedo de las serpientes.

—Lo que me dan miedo son las arañas —dijo él, y le preguntó qué películas había visto últimamente. La conversación pasó de un tema a otro, hasta que Luke se encontró contándole historias sobre sus negocios de minería. Las preguntas de Katrin eran inteligentes, su interés sincero.

—Eres muy buena escuchando —le dijo.

—He aprendido más sobre ti en la última hora que en todo el tiempo que nos conocemos —dijo ella, y se comió un pedazo de melocotón—. Excepto cuando estuvimos en la cama —dijo chupándose los dedos.

—¿Y qué aprendiste de mí allí? —preguntó con nerviosismo.

—Lo bien que guardas tus secretos —dijo Katrin—, y lo apasionado que puedes ser cuando bajas la barrera.

—¿Tenía elección? —preguntó Luke, y añadió algo furioso—. Pensaba que habíamos pactado una tregua.

—¿Por qué te marchaste a mitad de la noche? —preguntó ella.

—¡Eres peor que los periodistas!

—No, no lo soy… porque a mí me preocupa la respuesta —contestó ella—, ¿No te das cuenta? Me dejas ver un poco del hombre que eres en realidad, y despueś huyes corriendo en dirección contraria… ¿por qué, Luke?

—Voy a preparar un café… ¿Quieres un poco más de vino? —dijo él poniéndose en pie.

—¡Lo estás haciendo otra vez!

—Puedes elegir, Katrin —dijo él—. Aceptarme como soy, o marcharte.

—Eso no es una elección, es un ultimátum. Y lo sabes.

—Es todo lo que puedo ofrecerte.

—No quiero café, ni vino —dijo ella, con los ojos oscurecidos—. Me voy a la cama. Te veré por la mañana.

Pero cuando estaba a punto de marcharse, Luke la agarró por la cintura y la besó con una mezcla explosiva de deseo y furia. Antes de que ella pudiera responder, la separó de él.

—Que duermas bien —le dijo—. Te llevaré a comisaría por la mañana.

—No, tomaré un taxi.

—No lo harás.

—¡Odio a los hombres dominantes!

—Solo soy un buen anfitrión —dijo él—. Buenas noches, Katrin.

Ella se volvió, abrió la puerta de cristal y se metió en la casa. Luke se terminó la copa de vino mirando a la bahía.

¿Por qué la había invitado allí? Aunque no le gustara su casa, seguía siendo su santuario, el lugar donde podía abandonar su imagen pública y ser él mismo. ¿Por qué no le había hecho caso a Ramón? «San Francisco es una ciudad grande. No tienes por qué ver a Katrin», recordó sus palabras.

Con el mal humor que tenía, sería mejor que, al día siguiente, los periodistas no trataran de molestarlos.

La tarde siguiente, cuando Luke recogió a Katrin enfrente de la comisaría, los periodistas estaban agolpados en la puerta lateral. Katrin se apresuró para meterse en el coche y Luke arrancó enseguida.

—Ramón dijo que saldría por la puerta lateral y los periodistas lo creyeron.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó Luke

—Ya he terminado. Puedo irme a casa.

Luke agarró el volante con fuerza. No estaba preparado para que se marchara.

—Hay un baile benéfico esta noche en un hotel de Nob HUÍ, tengo entradas desde hace un par de semanas. Creo que debemos ir.

—¿Estás loco? Lo último que quiero es aparecer en público.

—¿Te avergüenzas de mí, Katrin?

—¡No seas cerrado de mente! Después de lo que han publicado los periódicos, ¿crees que debo ir a un baile en el que habrá montones de personas que conocí hace años? ¿Con un hombre que dice que es mi amante?

Los periódicos habían publicado una foto de Luke tratando de ocultar a una bella mujer. En su oficina, nadie lo había mencionado, pero todo el mundo guardaba silencio en cuanto él entraba en la habitación.

—No lias hecho nada malo, nada de lo que debas avergonzarte. ¿Por qué vas a marcharte sin que nadie se entere de ello? Deberías contarlo a voz en grito, para que todo el mundo lo sepa.

—Estás loco.

. —Vamos a ir a Union Square para comprarte un vestido. Mañana regresarás a casa.

—Eres un mandón, insoportable y tirano.

—También soy muy buen bailarín —dijo él, con una amplia

sonrisa—. ¿Te gusta bailar?

—Me encanta —dijo ella con el ceño fruncido—. Creído.

—Podemos insultarnos mientras la banda hace el descanso.

—¿Me estás incitando a hacer algo que no debo?

—Sí —contestó Luke, y dobló la esquina.

—¿Qué significa esto para ti, Luke? ¿Algo para aliviar el aburrimiento de tu vida?

—No puedo contestarte a esa pregunta. Porque no sé qué decir.

—Al menos, eres sincero.

—¿Tenemos que analizar todo lo que hacemos?

—Si lo analizo es para autoprotegerme —dijo Katrin—. No sé si sabes el efecto que tienes al entrar en una habitación. Todas las mujeres le miran como si fueras lo mejor del mundo. Por desgracia, me tengo que incluir entre ellas.

—Déjalo, Katrin.

—¡Estoy diciendo la verdad! Eres el hombre más sexy que he visto nunca.

—Estás exagerando, y lo sabes.

—No. Además, volviendo al tema del baile benéfico... no puedo permitir comprarme un vestido de noche. Estoy ahorrando para estudiar la carrera de Derecho.

—Es un regalo. De mi parte —respiró hondo—. Para pedirte perdón por haberme marchado a mitad de noche.

El semáforo se puso en rojo y Luke detuvo el coche.

—Por tercera vez, Luke ¿por qué te marchaste?

—Porque tenía miedo de quedarme.

—¿Miedo?

—Eso es lo que he dicho.

—¿Miedo de mí?

—Miedo de lo que me haces sentir —dijo él.

—Creía que te habías marchado porque no te gustaba hacerme el amor —dijo ella en voz baja.

—¿Que no me gustaba? ¿Lo dices en serio?

El conductor del coche de atrás apretó el claxon. El semáforo estaba en verde. Luke pisó el acelerador.

—¿Qué más podía pensar? Suponía que era demasiado inexperta para ti. Demasiado tradicional.

—Me marché porque no soporto perder el control —dijo él.

—Ya me he dado cuenta.

—Tú te das cuenta de muchas cosas. No sé qué tienes, pero te he contado más cosas en este mes de las que le he contado nunca a Ramón, y lo conozco desde hace años.

—Son mis ojos azules —dijo ella.

Luke metió el coche en un aparcamiento de Union Square.

—Vas a ir a comprarte el vestido más bonito que haya, y todo lo que necesites. El dinero no es problema, y no me discutas.

—No, señor —dijo ella, utilizando su voz de camarera.

Luke comenzó a reírse.

—Empiezo pensar que mi vida era muy aburrida hasta que llegaste tú —salieron del coche y se dirigieron hacia la plaza—. ¿Quieres empezar por Saks?

Katrin se sonrojó.

—No quiero que veas el vestido hasta esta noche.

Él sonrió.

—En ese caso, encontraré un bar donde esperarte. Ven a buscarme cuando termines.

Luke tuvo tiempo de tomarse una copa despacio y de leerse el periódico entero antes de que Katrin regresara.

—He dejado una gran cuenta en tres tiendas diferentes —dijo ella al llegar.

—Bien —contestó Luke, y media hora más tarde estaba metiendo varias cajas en el maletero del coche. Cuando llegaron a la casa, tomaron un aperitivo en la cocina para matar el hambre hasta la cena del hotel. Después, Katrin fue a vestirse. Luke se dio una ducha, se afeitó y se puso el esmoquin. No tenía ni idea de qué estaba sucediendo, pero estaba casi seguro de que llevaría a Katrin al baile benéfico, se encontraría con un montón de conocidos, y descubriría que no le importaba nada que lo vieran con ella.

Se sentía vivo. Y eso significaba que se había dejado llevar durante mucho tiempo.

Capítulo 13

Luke estaba en el salón cuando oyó que Katrin bajaba del cuarto de invitados. Se acercó al pasillo y, al verla, se quedó de piedra. Llevaba un vestido sin mangas, hecho de red de pescador y adornado con plumas multicolores. Era un vestido extravagante que Katrin llevaba con mucho garbo. Llevaba unas sandalias de tacón de aguja, el maquillaje perfecto y el peinado delicado.

—Katrin...

Ella se detuvo dos escalones antes del final.

—¿Te gusta?

—Estás preciosa.

Ella se sonrojó.

—Es el vestido. Muy caro.

—Es la mujer que lleva el vestido —dijo él—. También estás muy sexy.

Ella se sonrojó.

—Yo puedo decir lo mismo.

—¿Un pingüino comparado con un ave del paraíso?

Su risa, como siempre, lo cautivó.

—Son plumas de gallo teñidas, lo pregunté por si eran de algún ave protegida —bajó los dos escalones—. Y no me siento nada sexy. Si quieres que te diga la verdad, me siento muy nerviosa.

—No tienes por qué estar nerviosa —dijo Luke. Le tendió su brazo—. Iré contigo todo el rato, y cuidaré de ti todo lo que pueda.

¿Había sentido alguna vez ese instinto protector? Desde luego, nunca hacia una mujer. Cuando Katrin lo agarró del brazo, él apoyó los dedos de la mano que tenía libre sobre la de ella y, al sentir su calor, se inundó de deseo.

—Cuando me miras de esa manera, me derrito —le dijo Katrin.

—¿Como sí fueras un helado en un día soleado? —dijo él, con el corazón acelerado.

Ella miró el color de las plumas.

—Menta, cereza y arándanos.

—Si te beso —dijo Luke—, me llenarás de pintalabios rojo.

—Puedes besarme en la mejilla.

Sin embargo, Luke se acercó a ella y la besó en el cuello. Katrin

se estremeció.

—Llegaremos tarde a la cena —susurró Katrin.

El se retiró y le dijo:

—Eso era el aperitivo.

—No puedo esperar al plato principal —¿quería decir que deseaba hacer el amor con él cuando llegaran a casa por la noche? —. Y no digamos al postre.

El le tomó la mano y le besó los dedos con mucha delicadeza. Cuando levantó la vista, creyó ver lágrimas en sus ojos.

—¿Katrin? —preguntó preocupado.

—Ño es nada... es solo que me pillas desprevenida muchas veces —sonrió—. Vamonos. Los vamos a dejar perplejos.

Y así fue. Los amigos y socios de Luke se presentaron a Katrin encantados, mientras que los antiguos amigos de ella, se alegraron de verla otra vez. Al cabu de media hora de llegar al baile, Katrin se relajó, Luke la observó durante toda la tarde y cada minuto que pasaba, estaba más enamorado de ella. Sabía que esa noche, se acostarían juntos.

Eran las dos de la mañana y estaban bailando una samba cuando ella le dijo:

—Gracias, Luke.

—¿Por qué?

—Por sugerir que hiciéramos esto —sonrió—. O por insistir en que lo hiciéramos... y por cuidar de mí durante toda la tarde.

—No ha sido muy difícil.

—Lo digo en serio —dijo ella.

—Creo que debemos irnos a casa.

—¿Porque me duelen los pies?

—Porque me ahoga la pajarita.

—Si tú me quitas los zapatos, yo te quitaré la pajarita.

—Es la mejor oferta que me han hecho en toda la noche.

—Eso espero —dijo Katrin.

Se despidieron de los demás asistentes y salieron del hotel. Durante el trayecto a casa, permanecieron en silencio. Ambos sabían lo que estaba a punto de suceder entre ellos. En cuanto llegaron. Luke tomó a Katrin en brazos, la llevó hasta su dormitorio y, mirándola, le dijo:

—En las películas, te tiraría sobre la cama y te rasgaría el vestido. Pero, sinceramente, no tengo ni idea de cómo sacarte de esas plumas.

Ella se rio.

—SÍ me dejas en el suelo, estoy segura de que podrás encontrar

la cremallera que se oculta tras los zigzags negros.

Luke la dejó en el borde de la cama y se arrodilló ante ella. Le quitó las sandalias y le masajeó los pies. Ella comenzó a acariciarle el cabello.

—Soy el hombre más afortunado de San Francisco. ¡Y de todo el mundo!

Ella se inclinó hacia delante y lo besó hasta que todo su cuerpo ardía de deseo. Se desnudaron el uno al otro y, enseguida, Katrin estaba tumbada bajo el cuerpo de Luke. Separó las piernas y él la penetró olvidándose de mantener el control. Llegaron al orgasmo demasiado pronto, y sus gemidos de placer retumbaron en la oscuridad.

Luke se quedó tumbado con la respiración acelerada.

—Ha sido un trabajo rápido —le dijo a Katrin.

—Tenemos toda la noche, Luke.

—Toda la noche. Toda la semana. Todo el mes… no te vayas mañana, Katrin. Quédate.

—De acuerdo —dijo ella.

Con una carcajada de incredulidad, Luke dijo:

—Así, ¿sin más?

—Te gusta lo que hacemos en la cama, ¿verdad?

—No, solo lo aguanto para no herirte los sentimientos —dijo él. Se incorporó apoyándose en un codo y le retiró el pelo de la cara—. Dame cinco minutos y te enseñaré lo mucho que me gusta. No consigo llenarme de ti, Katrin, invades mi cuerpo.

—Y tú el mío —dijo ella—. Hazme el amor, Luke. Como nunca me lo ha hecho nadie…

—Será un placer —dijo él, y se puso manos a la obra.

Pasaron los días y las noches. Durante el día, Luke trabajaba más duro que nunca, aunque subiera las escaleras silbando y fuera más amable con sus empleados. Por la noche, hacía el amor con Katrin, y se despertaba para comprobar que seguía durmiendo a su lado.

Mantenía los dos aspectos de su vida completamente separados. No había invitado a Katrin a que fuera a su oficina para conocer a sus compañeros, pero tampoco se llevaba el trabajo a casa. Así le iba muy bien. Vivir con Katrin era una locura maravillosa, pero tenía el resto de su vida bajo control. Como debía ser.

Cuando llevaban casi dos semanas juntos, él llegó conduciendo a su casa y se detuvo de golpe. En el césped, había una bandada de flamencos de plástico de color rosa, con una cartel que decía:

Feliz Cumpleaños; Luke

Él los miró y sintió una mezcla de alegría y pánico. Él nunca

celebraba su cumpleaños. Su padre, nunca lo había querido y, sin duda, su madre tampoco. Entonces, ¿por qué celebrar un día tan insignificante?

De algún modo, Katrin se había enterado cié que era su cumpleaños.

A Luke no le gustaba que ella supiera ni el más pequeño de sus secretos. Aparcó el coche y se dirigió a la puerta principal. Cada flamenco llevaba un lazo de raso atado al cuello, y las pestañas pintadas de negro. ¿Dónde había encontrado algo tan horrible?

Abrió la puerta. Katrin salió de la cocina.

—Feliz cumpleaños —le dijo.

—Espero que solo hayas alquilado esos horribles objetos ornitológicos.

—¿No te gustan?

Él sonrió.

—Estás rebajando el nivel del vecindario.

—El vecindario es demasiado elegante. Alégrate de que no haya elegido pandas morados.

—Nunca te he dicho cuándo era mi cumpleaños.

—Un día se te cayó el carné de conducir de la cartera. Lo recogí y vi la fecha. Ven a la cocina.

El techo estaba lleno de globos. En la encímera había una tarta de cumpleaños, con un lado un poco torcido. Katrin abrió la nevera y sacó una botella de Dom Pérignon. Sirvió dos copas y le pasó una a Luke.

—Para celebrar el hecho de que hayas nacido —dijo ella.

—¿Has hecho tú la tarta?

—Sí. No se me da muy bien hacer tartas. Pero primero vamos a ir a cenar. Yo invito. Hay que vestirse de manera informal.

Media hora más tarde, Luke comprendió por qué. Katrin lo llevó a Chinatown y, agarrados de la mano, caminaron entre las bulliciosas calles con rótulos de neón y tejados con forma de pagoda. Katrin había elegido un restaurante pequeño y acogedor, y Luke probó la mejor comida cantonesa de su vida.

Después, fueron a casa y comieron tarta. Más tarde, Katrin lo sedujo sin mucho esfuerzo, y cuando estaba a punto de quedarse dormida entre sus brazos, le susurró:

—¿Has disfrutado de tu cumpleaños?

—Sí —dijo Luke, sorprendido de que fuera verdad—. ¿Los flamencos cuándo emigran al sur?

—Mañana, a las nueve de la mañana.

—Bien —dijo él, y le besó la mejilla con ternura—. Buenas

noches, querida Katrin —le dijo. Pero ella ya se había quedado dormida.

Dos días más tarde. Katrin y Luke estaban sentados en la terraza tomando el café de la mañana.

—Voy a ir al centro esta tarde, ¿puedo pasarme por tu oficina a decir hola? —dijo Katrin mientras se comía una tostada—. Me gustaría ver dónde trabajas.

Luke levantó la vista del periódico que estaba leyendo.

—No creo que sea una buena idea.

—¿No? —preguntó Katrin mirándolo Fijamente.

—Me gusta que el trabajo sea eso... trabajo. Que no tenga nada que ver con lo que tengo en casa. Siempre he mantenido las dos cosas separadas, no tiene nada que ver contigo.

Ella se mordió el labio inferior.

—El trabajo es una parte importante de tu vida. Paga todo lo que hacemos. Me gustaría conocer un poco más sobre ello.

—Ya te he hablado de mis últimos negocios.

—Me gustaría conocer a tus empleados. A Joe, a Lindy y a los demás.

—No, Katrin —dijo Luke con nerviosismo—. Conociste a algunos de mis amigos en el baile benéfico. Ya es suficiente.

—Una vez me dijiste que no habías estado casado. ¿Te has enamorado?

—No.

—¿Has deseado tener hijos?

—No.

—¿Has vivido con alguien? Aparte de mí.

—No.

—¿Qué hay de especial en mí. Luke?

—¿Tenemos que analizar todo lo que pasa? ¿Por qué no podemos dejar que pase sin más?

—Te diré por qué. Porque para mí eres un extraño. Sí, conozco tu cuerpo como si fuera el mío, y has hecho que disfrute de mi sexualidad por primera vez en mi vida. Esas dos cosas son muy importantes y maravillosas. Pero por otro lado, eres un misterio. No hay una mísera fotografía en esta casa, no sé nada de tu pasado, de dónde vienes, qué te ha hecho ser como eres. Es como si el pasado no existiera para ti.

—Es irrelevante. Lo que importa es lo que pasa aquí y ahora.

—¡Quiero saber más cosas de ti!

—Entonces, estás de mala suerte.

—Sabes muchas cosas sobre mí. Te he hablado de mis padres, de

mi matrimonio desastroso, del juicio. ¿Por qué no puedes corresponderme? —de pronto, se puso pálida—. ¿Has hecho algo horrible? ¿Es eso?

—¡Ya basta, Katrin! —explotó él—. No soy un delincuente, si es a lo que te refieres.

—Entonces, ¡cuéntamelo!

—Lo quieres todo de mí, ¿no es así? No puedes conformarte con lo que tienes.

—Quiero al hombre completo. No solo al amante.

Él retiró la silla y cerró el periódico.

—Tengo que irme, o llegaré tarde al trabajo.

Ella se puso en pie, también.

—Pasado mañana, te vas a Dallas en un viaje de negocios. Llévame contigo... puedo entretenerme sola durante el día.

—Son solo cuatro días. Aquí hay muchas cosas para entretenerte también.

—Pero quiero estar contigo.

—No —dijo él con frialdad, abrió la puerta de cristal y subió para terminar de vestirse. ¿Qué le pasaba a Katrin? La vida juntos era perfecta. ¿Por qué tenía que complicarla?

Por la tarde, cuando Luke estaba de regreso a casa, sentía una mezcla de culpabilidad y reparo. No había cambiado su opinión sobre lo de Dallas, pero sabía que podía haberle dicho que no de una manera más diplomática. Se detuvo en Union Square y le compró un brazalete de oro y unos pendientes. Pidió que se los envolvieran y se dirigió a casa.

Katrin estaba en la cocina preparando la cena.

—Te he traído un regalo —dijo él con naturalidad.

Ella dejó el cuchillo que tenia en la mano. Miró el paquete que él llevaba y dijo:

—Por favor, Luke, llévame contigo a Dallas.

—Ya te he dicho que no. ¿No vas a abrir esto?

—No quiero regalos. Te quiero a ti. Entero.

—Ya estoy cansado de decirte que no.

—Entonces, intenta decir sí, para variar.

—Sí, te comportas de manera irracional y exigente. Sí, estás estropeando lo que tenemos al tratar de conseguir más.

—¿Estás diciendo que soy ansiosa?

—Me atrevería a decir que lo que compartimos en la cama es cincuenta veces mejor que lo que comparten la mayoría de las parejas de esta manzana. ¿Pero estás satisfecha? No, no lo estás. Si te doy la luna, quieres las estrellas. Si te doy las estrellas, quieres

todo el universo.

—Eso no es cierto —dijo alzando la voz—. Que quiera saber más de ti no me convierte en un monstruo insaciable.

Luke dejó la caja sobre la encimera.

—Odio llegar del trabajo y estar discutiendo antes de que me haya quitado siquiera la corbata.

—¿Prefieres que finja que todo es maravilloso cuando no es así? ¿Cuando no soy feliz?

—Preferiría que dejaras de ser una soñadora romántica. Esta es la vida real, Katrin. La vida real tiene límites y fronteras. No soy un héroe que puedas modelar para conseguir tus fines.

—¿Sois todos los hombres iguales? Donald quería una mujer que llevara la casa e hiciera de anfitriona para sus invitados. Alguien que le calentara la cama por si se acordaba de meterse en ella. Y como una tonta, caí en el juego. No me malinterpretes, Luke... en la mayoría de las cosas eres muy diferente a Donald. Pero tú también quieres que encaje en un molde concreto. Que sea tu amante pero no tu esposa. Que comparta tu cuerpo, pero no tu alma. Te has equivocado de mujer.

—Empiezo a pensar que así es —dijo él.

—Me voy a dar un paseo —dijo enfadada. Agarró la llave que estaba detrás de la puerta y salió de la cocina.

Luke no salió tras ella. Se percató de que estaba agarrando muy fuerte el borde de la encimera y trató de relajarse. Toda su vida, había tenido mucho cuidado de elegir a mujeres que no le pidieran más de lo que él estaba dispuesto a darles. Pero con Katrin, había fallado.

Ella lo quería todo de él.

Pero no iba a conseguirlo.

Luke empezaba a preocuparse cuando oyó a Katrin entrando por la puerta. Salió del estudio, aliviado al verla. Se había preguntado si no habría tomado el primer avión con destino al norte.

—¿Un paseo agradable?

Ella se detuvo alejada de él.

—¿Has cambiado de opinión? Sobre lo de Dallas, me refiero.

—Deberías conocerme mejor que esto.

—Entonces, esta noche dormiré en el cuarto de invitados.

—¿Utilizas tu cuerpo como chantaje?

—¡Eso es una puñalada trapera!

—No voy a retirarlo.

—Me siento a miles de millas de ti —dijo Katrin desesperada—. ¿Cómo voy a compartir tu cama?

—Nuestra cama.

—Ese es el único lugar que es nuestro. Lo demás es todo tuyo.

—Así que estamos de nuevo en la casilla de salida.

—Supongo que sí —dijo ella—. Buenas noches, Luke.

—¡Katrin, no hagas esto!

—No sé qué más hacer. No sé cómo manejar esta situación —antes de que pudiera pasar de largo, él la agarró de la muñeca.

—¡No! —exclamó ella., y trató de zafarse.

Luke la soltó enseguida. Como si tuviera cuatro años y estuviera en la cocina de la casa de Teal Lake.

Luke recordó cómo su padre agarraba a su madre por la muñeca y la lanzaba con fuerza contra la pared, acorralándola con su cuerpo. Luke no debía de haber sido tan crítico con su madre por haber abandonado a un hombre borracho y violento. Lo que todavía no podía perdonarle era que hubiera abandonado a su hijo pequeño y no hubiera vuelto a ponerse en contacto con él.

—Luke, no me mires así —susurró Katrin—: ¿Qué te ocurre?

Él dio un paso atrás y se secó las manos en los pantalones.

—No voy a suplicarte que compartas la cama conmigo, hemos llegado demasiado lejos para hacer eso —dijo cortante—. Buenas noches. Katrin.

Ella lo miró, pero él se volvió y regresó al estudio, como si lo que emitían en la tele fuera más importante que Katrin. Oyó cómo subía a la habitación de invitados y cómo cerraba la puerta tras ella.

Luke apagó el televisor y se quedó mirando la pantalla, como si pudiera darle alguna respuesta.

Capítulo 14

Luke se despertó muy temprano y se marchó de la casa enseguida. No quería ver a Katrin. Seguía igual que la noche anterior, sin respuestas. y enfadado.

Pasó un rato en el gimnasio que había junto a las pistas de tenis, se duchó y desayunó en una pequeña cafetería que conocía. Después, fue al despacho y se dedicó al nuevo proyecto que tenía entre manos. Pidió un sandwich para comérselo allí, y trabajó hasta las seis de la tarde. Lo último que hizo antes de marcharse de la oficina fue comprobar que todo lo relativo a su viaje a Dallas estaba en orden. Un pasajero viajando solo.

Katrin estaba en la cocina cuando Luke llegó a casa. Cuando él se acercó para besarla, ella giró la cabeza para que el beso cayera en su mejilla y no en la boca.

—¿Quieres salir a cenar? —preguntó él.

—He preparado un pastel de carne, solo que he utilizado tofu marinado en lugar de ternera —dijo Katrin—. Sabe un poco raro.

—Pero es muy bueno.

—Luke, voy hacer un trato contigo. No volveré a mencionar lo de Dallas si me prometes que me dedicarás cuatro días cuando regreses. Iremos al sitio que yo elija, y no me harás preguntas hasta que lleguemos allí.

—Sigues enfadada —dijo él, y dejó el maletín sobre la encimera.

—¿Lo harás?

—¿Estás jugando conmigo?

—Igual que tú conmigo.

Él se quitó la corbata y dejó la chaqueta sobre una silla.

—No creo que yo esté jugando. Y no me gusta que me manipulen.

—A mí no me gusta que me excluyan.

—No voy a cambiar, Katrin. Ni por ti ni por nadie.

—Cuatro días, Luke. Es todo lo que te pido.

Aunque le costaba admitirlo, admiraba su tesón. Lo tenía todo planeada. Él iba a pasar cuatro días en Dallas sin ella, así que Katrin lenía que pasar cuatro días con él en algún lugar de su elección. ¿Pero no era mejor eso que la situación de las últimas veinticuatro

horas? La noche anterior había dormido muy mal. Su cama estaba vacía sin ella.

—Te diré una cosa, vivir contigo no es aburrido —dijo sin más —. Acepto.

—Gracias —dijo ella.

El regalo seguía sobre la encimera.

—¿Vas a abrir algún día el paquete?

—El regalo que yo quiero no puedes dármelo —dijo ella—. Y el dinero no puede comprarlo. Así que, ¿qué se supone que debo hacer?

—Eres la única mujer que conozco que despreciaría una caja de Tiffany's.

—Es bueno ser diferente. O al menos, eso es lo que me digo a mí misma. Por supuesto, siento curiosidad por saber lo que hay en ese paquete... soy humana.

—No te he comprado algo para compensar el hecho de que no te lleve a Dallas —dijo Luke—. Te lo he comprado porque despertarme por la noche y ver que estás a mi lado me hace más feliz de lo que nunca he estado en mi vida.

·< Maldita sea, lo he hecho otra vez», pensó Luke.

Había dicho más cosas de las que quería decir, solo porque esa mujer de ojos azules lo hechizaba con la mirada.

Katrin tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Es verdad? —le preguntó ella.

—¿No tendré que contestarte a eso?

—Me encantaría que leer tus pensamientos fuera uno de mis dones —dijo ella—, pero no lo es.

Luke no quería que ella le leyera la mente, había cosas que no quería que supiera.

—Anoche no dormí más de cinco minutos seguidos.

—Yo tampoco —sonriéndole, Katrin agarró el regalo. Cuando sacó el brazalete, se le iluminó la cara—. Es precioso, Luke, muchas gracias. ¿Me lo pones?

Él se lo abrochó y aprovechó para inhalar el agradable aroma de su cuerpo. Cuando la besó en la muñeca, sintió su pulso bajo sus labios. Terminaron cenando el tofu marinado muy tarde, y sí, sabía un poco raro.

Luke se fue a Dallas solo, echó mucho de menos a Katrin, y regresó a casa el viernes por la noche. No le gustaba echarla de menos. Tenía que recordar que el sexo era solo eso. sexo. Y nada más.

Cuando abrió la puerta de la casa, eran las once pasadas. Había

una nota en la mesa de la cocina: Me he ido a la cama... ¿te veré allí?

Luke subió los escalones de dos en dos. Esperaba que no estuviera dormida. Abrió la puerta de la habitación y se detuvo de golpe. Comenzó a reírse a carcajadas.

—No te ríes lo suficiente —dijo Katrin—. Bienvenido a casa, Luke.

Estaba tumbada en una postura seductora sobre unas sábanas de raso negro. Llevaba un camisón de algodón blanco casi transparente y estaba rodeada de rosas rojas. La habitación estaba llena de velas, suficientes como para crear un gran incendio.

—¿Crees que he exagerado un poco? Te habrás dado cuenta de que ya no están los flamencos.

—Quiza deberías haber incluido un extintor.

—El tipo de fuego que me interesa no puede apagarse tan fácilmente —se movió para retirarse el pelo de la cara.

Sus pezones erectos rozaban la fina tela del camisón.

—Podría ayudarte a prender la llama —dijo Luke.

—Esperaba que te ofrecieras.

Luke se quitó la ropa y, desnudo, caminó hasta la cama.

—Como verás, no cuesta mucho convencerme.

Ella se sonrojó.

—Nada, por lo que parece.

Él apoyó el rostro en sus suaves pechos y le acarició la piel con la lengua. Podía haberle dicho que la había echado de menos, pero no lo hizo.

—Espero que las rosas no tengan espinas —murmuró él, y no dijo nada más durante mucho rato.

Por la mañana temprano. Luke y Katrin tomaron el primer avión a Winnipeg, la capital de Manitoba. Luke pensó que iban de regreso a Askja. No tenía ninguna queja al respecto. Allí podrían nadar, navegar y caminar. Incluso, podría ir a pescar algún día.

Pasar cuatro días con Katrin en el pueblo donde se crió, no estaría mal.

Cuando aterrizaron en Winnipeg, Katrin recogió un coche alquilado que resultó ser un cuatro por cuatro. Se dirigió a la carretera de circunvalación que rodeaba la ciudad. Luke estaba cansado, el viaje a Dallas había sido agotador, y la noche anterior no había dormido mucho.

—¿Te importa si me duermo un rato? —preguntó él—. Después, puedo conducir yo.

—Claro —dijo ella.

Katrin no parecía relajada. Luke pensó que quizá iba a enseñarle más cosas de su pasado y quería que él hiciera lo mismo. Esperaba que no fuera así. Prefería hacer el amor antes que la guerra. Se acomodó en el asiento, cerró los ojos y se quedó dormido.

Cuando despertó, no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Se estiró y miró el reloj del coche.

—Cielos, ¿he dormido tanto? Anoche debiste de agotarme, Katrin. Deberíamos estar cerca de allí.

Miró a su alrededor y se percató de que el paisaje le resultaba desconocido y conocido al mismo tiempo.

—Este no es el camino a Askja.

—No vamos a Askja.

—Estamos en Ontario.

—Sí. Hemos cruzado la frontera hace un rato.

—¿Qué pasa, Katrin?

—Ya lo verás. Acordamos que no harías preguntas, ¿recuerdas?

Así era. «Relájate, Luke», se dijo a sí mismo. «Katrin no sabe nada de Teal Lake. Te va a llevar a un hotel en Lake of the Woods, eso es todo».

—¿Quieres que conduzca?

—No, estoy bien. SÍ tienes hambre, hay algunas cho —colatinas y sandwiches en mi bolso.

Luke se comió un sandwich percatándose de que Katrin agarraba el volante mucho más fuerte que una persona que se va tranquilamente de vacaciones. ¿Por qué estaba tan tensa?

Lo descubrió diez minutos más tarde cuando llegó a la señal de Teal Lake. En el último momento, Katrin redujo la velocidad, puso el intermitente y dobló a la izquierda.

—¿Dónde vamos? —preguntó Luke con brusquedad.

—A Teal Lake —dijo ella—. ¿Dónde si no?

—Katrin, da la vuelta.

—No, Luke.

—¡No quiero ir a ningún sitio cerca de Teal Lake!

—Estoy segura de eso.

—Por última vez, da la vuelta.

—Me prometiste cuatro días de tu tiempo, sin preguntas.

—También te dije que odio que me manipulen —dijo con frialdad—. ¿Cómo descubriste lo de Teal Lake?

—Comí con Ramón el día antes de que te marcharas a Dallas. Él me lo dijo.

Al sentimiento de rabia se le unía el de haber sido traicionado.

—¿Qué te contó?

—Solo que el sitio significaba algo para ti. Nada más. Puede ser tan parco en palabras como tú —y añadió con una pequeña sonrisa—, aunque para mí ha sido un cambio tener que hacerle yo las preguntas.

El coche saltaba en las rodadas de la carretera. Luke sabía que el camino cada vez se pondría peor. Ya sabía por qué había alquilado un cuatro por cuatro.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? La pequeña e inteligente Katrin.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar allí?

—Ah —dijo él—, ya lo descubrirás —después se apoyó en el respaldo del asiento y cerró los ojos. No estaba dispuesto a preocuparse por el estado del camino. Dejaría que Katrin se las arreglara como pudiera. Después de todo, había sido su idea.

¿Alguna vez en su vida había estado tan enfadado?

Nunca más le haría otra promesa como la que le había hecho en la cocina. Había confiado en Katrin, y ella, igual que Ramón, lo había traicionado.

No estaba seguro de qué era peor: la rabia, o el dolor.

Pasó el tiempo. El coche no paraba de botar. Ninguno de los dos habló hasta que Katrin redujo la velocidad y torció de nuevo, esa vez a la derecha.

—Ya hemos llegado —dijo ella, aparcó y puso el freno de mano. Después se bajó del coche.

Luke se incorporó y miró a su alrededor. Katrin había aparcado al principio del pueblo. Estaba desierto; la mina había cerrado mucho años atrás y lo habitantes se habían mudado a otros pueblos de alrededor. Tenía dos opciones. Podía sentarse allí hasta que ella se cansara de merodear por las casas derruidas, o podía acompañarla y tener la pelea que estaba buscando.

Debía acompañarla de todos modos, era una zona donde había osos.

Luke se bajó del coche. Era media tarde y el cielo estaba claro. Los mosquitos estaban volando por el aire. Se bajó las mangas de la camisa y se abrochó el cuello.

—¿Y cuál es el plan, Katrin? —preguntó—. Porque estoy seguro de que tienes uno.

—Demos un paseo.

Katrin iba tan rígida que se tropezó con una piedra nada más pasar por delante de la primera choza. Luke la recordaba muy bien. Jim Morton había vivido allí con su esposa y sus seis hijos. El mayor de ellos le había hecho la vida imposible a Luke hasta que fue lo

bastante grande como para pelearse con él y dejarlo tumbado en el suelo.

En aquellos tiempos, Luke era pequeño para la edad que tenía. Cuando cumplió los trece, pegó el estirón, y fue entonces cuando le perdió el miedo a su padre.

El tejado de la tienda del pueblo estaba hundido. «Como la tarta de Katrin», pensó Luke, y oyó que ella decía:

—¿Hace cuánto tiempo se cerró este lugar?

—¿Quieres decir que no has investigado?

—Esperaba que tú me lo contaras.

—No me conoces muy bien si crees que voy a hacerte un tour guiado.

Pasaron la iglesia y tres casas más. Las ventanas estaba rotas, y el abandono invadía el lugar. Los arbustos iban incrustándose en las casas. «Se las están tragando», pensó Luke, y deseó estar en cualquier otro lugar menos allí.

Estaban acercándose a la choza en la que Luke vivió con sus padres, y después, con su padre, una vez que su madre se marchó. Cada vez estaba más nervioso y, para tratar de ignorar los recuerdos que invadían su cabeza, preguntó:

—¿Por qué me has traído aquí?

—Pensé que a lo mejor te ayudaba a abrirte. Que te haría hablarme de ti, de tus padres, de tu pasado.

—¿Te crees muy lista, verdad?

Ella se detuvo enfrente de su antigua casa.

—¡No sabía qué más podía hacer! No puedo vivir con alguien que no me cuenta ni una cosa de sí mismo. Eres como un castillo medieval, Luke... con paredes gruesas y sin ventanas.

—¿Sí? —preguntó enfadado. Se sentía como si se hubiera roto una presa en su pecho. Las palabras fluían y no era capaz de pararlas—. Ya que estamos hablando de ventanas, ¿Por qué no echas un vistazo a lo que tienes delante? Ahí crecí yo. ¿Ves ese cristal roto en la ventana de la cocina? Una noche, mi padre lo atravesó de un puñetazo. Iba dirigido a mi cabeza. Pero estaba muy borracho y yo me agaché a tiempo. Me golpeó con su cinturón por eso... ¿Es ese el tipo de cosa que quieres saber?

Katrin estaba pálida.

—¿Dónde estaba tu madre? ¿No podía haberte protegido?

—Mi madre se largó con el mecánico del pueblo el verano que cumplí cinco años. Era una mujer ligera de cascos... ¿quién sabe si mi padre era mi verdadero padre? Nunca se molestaron en casarse. Me alegré de que se marchara, porque eso significaba que no habría

más peleas a mitad de la noche, no más platos rotos, ni moretones en la caía de mi madre. ¿Cómo iba a protegerme? Aunque hubiera querido hacerlo… era más bajita que tú, y mi padre era un hombre grande.

—Podía haberte llevado con ella.

—No me quería. Al menos mi padre me proporcionó un hogar, y no se marchó como mi madre. Aunque éramos tan pobres porque se bebía todo lo que ganaba.

—Y te pegaba —susurró Katrin.

—De muy pequeño aprendí a estar escondido en el bosque durante toda la noche cuando él había bebido, y corría más rápido que él. Pero, a veces, me pillaba, sí. ¿Te haces una idea? ¿Puedes ver por qué no te llevo al altar, o te doy una docena de hijos? ¡No quiero tener hijos nunca!

—Por eso has ganado tanto dinero… para no ser pobre nunca más. ¿Dónde está tu padre ahora, Luke?

—Cuando cumplí quince años, se quitaba el cinturón demasiado a menudo. Lo acorralé contra la pared y le dije que le daría una paliza si volvía a pegarme. Al día siguiente, me marché. Fui al norte. Mentí acerca de mí edad, trabajé en las minas y empecé a ganar dinero.

—¿Habías regresado aquí alguna vez?

—Nunca. Dos años después, me enteré de que mi padre había muerto de un ataque al corazón… no había motivos para volver.

—Entonces, nunca hiciste las paces con él.

Luke sintió un nudo en la garganta. Las lágrimas habían humedecido sus ojos. Katrin se acercó a él y trató de abrazarlo. Él la rechazó.

—Siempre me arrepentí de no haber regresado aquí, y de no haber intentado ver a mi padre en un terreno neutral. No todo el mundo se hace cargo de un niño rebelde, que podía no ser su hijo, como hizo mi padre. Pero nunca se lo dije. Y ahora es demasiado larde —Luke apretó los puños y continuó hablando—. Mi padre hacía algo más que beber y pegarme con el cintu —rón. Trabajó toda su vida para crear sindicatos en las minas. Todas las minas que poseo tienen su sindicato y, si no se atienen a las normas de seguridad, las cierro… es lo menos que puedo hacer por él.

—Es un buen legado —dijo Katrin.

—Quizá amara a mi madre, a pesar de que ella le fuera infiel. Quizá por eso bebía. O quizá lo hacía por la infancia que había tenido. Se crió en las barriadas de Glasgow, Dios sabe cómo. Hay muchas cosas que nunca le pregunté. Y ahora no puedo hacerlo.

Katrin miraba la pequeña casa como si pudiera revelarle todos sus secretos.

—¿No había nadie que te quisiera? ¿Alguien a quien pudieras acudir cuando tenías problemas?

—¿Yo? ¿Pedir ayuda? No es mi estilo —dijo Luke con ironía—. Un día me preguntaste cuál era mi segundo nombre, ¿qué te parece independencia?

—Tienes dos segundos nombres —dijo Katrin—. El otro es orgullo.

En eso tenía razón.

—¿Crees que iba a contarle a todo el pueblo cómo era mi vida? ¿El miedo que sentía a veces? ¿Lo solo que me sentía? —soltó una carcajada burlona—. Hay cosas peores que pasar la noche en el bosque.

—Nunca le has contado a nadie nada de esto.

—Imagina.

—¡No todo el mundo es como tus padres!

—Ya —dijo con sarcasmo, y se pasó los dedos entre el cabello—, ¿Has visto suficiente? ¿O tenemos que recorrer toda la maldita calle?

—He visto bastante.

—Bien. Larguémonos de aquí.

—Te he traído aquí por otro motivo.

—Creo que ya has hecho bastante daño por hoy.

—¡No tenía intención de herirte! Necesitaba saber más sobre ti, para poder comprenderte. Para traspasar las barreras tras las que te escondes.

—¿Por qué necesitas hacer eso? —explotó—. ¿Et asunto tuyo?

Katrin suspiró.

—¿No lo adivinas? Estoy enamorada de ti, Luke.

Capítulo 15

Te importaría repetir lo que has dicho? —preguntó Luke—. Ya lo has oído —dijo Katrin con cierto tono de desesperación—. Te quiero. Llevo semanas enamorada de ti. por eso me quedé destrozada cuando te marchaste a mitad de la noche el día que hicimos el amor por primera vez. Por eso quiero más de lo que me das. No me malinterpretes, creo que en la cama somos maravillosos, pero no es suficiente. No puedo basar una relación en el sexo, Luke. Tiene que haber algo más.

Luke sintió que se le congelaba el corazón.

—Lo has estropeado todo.

—¡No digas eso!

—No sé cómo querer a alguien. Y no quiero aprender. Ni contigo, ni con nadie. Es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde para aprender a amar. Nunca.

—Entonces, tarde o temprano aprenderás a amar a otro hombre, ¿no es así? Porque yo no estoy disponible. ¿Quieres enterarte de una vez?

—No quiero a nadie más. Te quiero a ti.

—Entonces eres idiota. Ya he oído bastante. Por lo que a mí respecta, has perdido el derecho a disfrutar de los otros tres días... quiero ir directo al aeropuerto. Puedes regresar a San Francisco conmigo, o no. Gomo tú quieras. Si vuelves, te seré fiel y te inscribiré en la facultad de Derecho. Pero no me enamoraré de ti ni me casaré contigo.

—Y no me llevarás en tus viajes de negocios, no te olvides de eso —dijo ella—. Vamos... deberíamos estar ya en el aeropuerto.

Ella comenzó a andar por el camino. Luke salió tras ella, la agarró, le dio la vuelta y la besó con furia en los labios.

—Yo conduzco. Ya he tenido bastantes sorpresas por hoy.

—¡Puedes hacer lo que te dé la gana!

Sus ojos tenían expresión tormentosa. Katrin estaba tan guapa que Luke tuvo que contenerse para no preguntarle si iba a regresar a San Francisco con él, o no.

SÍ estaba enamorado de ella, sería mejor que no regresara con él.

—Te diré una cosa... no parece que estés enamorada de mí. Parece que me odias.

—¿Cómo sabes a qué se parece el amor?

—Dame las llaves del coche —ordenó él. Katrin las sacó del bolsillo, las dejó sobre la palma de su mano sin tocarlo y continuó andando.

Luke no quería mirar a Katrin. Nunca se había alegrado tanto de sentarse detrás de Un volante. Se puso el cinturón y arrancó el coche.

Dos horas más tarde, durante las que ninguno había dicho ni una palabra, llegaron al aeropuerto. Katrin dijo con frialdad.

—Puedes parar en la zona de llegadas. Yo me quedo aquí.

En el fondo, Luke sabía que era una decisión de ella, pero no pensaba decirle lo mucho que le dolía

—De acuerdo —dijo él.

Rodeó el edificio de ladrillo y aparcó frente a la zona de vuelos internacionales. Abrió el maletero para sacar su bolsa y dejó el motor encendido.

—Adiós, Katrin —dijo él.

¿Qué más podía decirle?

—Si cambias de opinión, ¿me llamarás? —soltó ella.

—No me esperes.

—A largo plazo, el perdedor eres tú.

—Esa es tu opinión —dijo él, y salió del coche. Sacó la bolsa del maletero y se dirigió a la puerta de entrada sin mirar atrás. Cuando llegó al mostrador, se volvió y vio que el coche ya no estaba.

Katrin se había ido. Katrin, la mujer que estaba enamorada de él.

Cuando Luke llegó a su casa al día siguiente, la recorrió de arriba abajo para recoger todo lo que le recordaba a Katrin. Metió toda su ropa en una caja para enviársela. También su maquillaje, y un par de libros que había comprado. Retiró las sábanas de raso de la cama y las metió en la caja también. Colgó toallas limpias en el baño y puso las otras a lavar. Sacó toda la comida de la nevera y la tiró junto a las rosas y las velas.

Si pudiera quitársela de la cabeza con tanta facilidad.

La imaginaba bajando por las escaleras, sonriente. Si no hubiera sido tan estúpida como para enamorarse de él. Si hubieran seguido tal y como estaban...

Luke cerró la caja y escribió la dirección de Katrin en Askja. No le escribió una nota. ¿Qué le podía decir?

Ya se habían dicho demasiadas cosas. Cosas que no podían

retirarse.

La mañana siguiente, Luke se sintió aliviado cuando dejó la caja en correos. Y más cuando llegó a la oficina y se sumergió en los detalles de sus numerosos proyectos. Si alguno de sus empleados se preguntaba por qué había regresado antes de sus vacaciones, solo tenía que mirarlo a la cara para saber que no debía preguntárselo.

Tenía un aspecto horrible.

Había pasado toda la noche sin dormir. Pero lo superaría.

Pero una semana más tarde, Luke tenía peor aspecto. Tenía ojeras y más arrugas en el rostro. No había conseguido dormir bien ni una sola noche, y por mucho que tratara de convencerse que era a causa de la abstinencia sexual, no podía dejar de soñar con una mujer rubia de ojos azules. También tenía pesadillas con su padre.

No había hablado con Ramón. Todavía estaba dolido porque lo hubiera traicionado. Cuando su amigo lo llamó a la oficina, ocho días después de su regreso, Luke aceptó salir a comer con él. Se encontraron en su restaurante tailandés favorito.

—Llevo varios días pensando en llamarte, Luke —dijo Ramón—. Pero me ha salido un caso nuevo y he estado muy ocupado —bebió un trago de su cerveza—. Quería decirte esto en persona... solo le dije a Katrin el nombre de Teal Lake y el hecho de que tú y yo habíamos tenido infancias difíciles.

—Sin duda vas al grano.

—Eres mi amigo —dijo Ramón—. Y la vida es muy corta. Demasiado corta. Hace un par de semanas, Katrin me llamó al trabajo y me preguntó si podíamos quedar para comer. Fue entonces cuando me preguntó si sabía algo acerca de tu infancia. Podía no haberte dicho nada, pero decidí decirle lo justo después de valorar cómo habías empeorado en el tenis. Pero viéndote ahora, quizá no debería haberlo hecho.

—Fuimos a Teal Lake —dijo Luke— Ella y yo. Fue un desastre. No la he visto desde entonces, y no voy a verla.

—Te lo repito... la vida es muy corta, demasiado corta para que haya malos entendidos.

—Dice que está enamorada de mí. No puedo aceptarlo. Así que me eché atrás. No es lo que llamaría un mal entendido.

El camarero les sirvió el aperitivo. Ramón comenzó a comer, pensativo.

—Ha bajado el precio del oro y de los metales preciosos, ¿es por eso por lo que pareces un perro callejero?

—¿Qué otro motivo puede haber?

—Rosita quiere que vengas a casa esta noche —le dijo Ramón—,

Ha hecho tamales.

—Sabes que no puedo rechazar esa oferta —dijo Luke. Rosita hacía la mejor comida mexicana que Luke había probado nunca.

—Bien, ¿a las seis? Ya sabes el camino —dijo Ramón, y se puso a hablar sobre los últimos modelos de detectores de mentiras. No volvió a mencionar Teal Lake en toda la comida.

A las seis en punto, Luke se presentó en casa de Ramón y Rosita. Le gustaba mucho ir a visitarles y participar en la vida de una familia de verdad.

Rosita le abrió la puerta con una sonrisa.

—Adelante. Luke —le dijo. Luke le dio una botella de vino que había llevado—. Gracias... vamos a cenar ahora mismo, los niños tienen que acostarse temprano, que mañana tienen colé.

Entraron en la cocina. La mesa estaba servida y Felipe, que tenía siete años, estaba encendiendo unas velas, muy concentrado. Constancia, que era un año más joven, estaba colocando unas flores como centro de mesa. María, que tenía tres años, corrió hacia Luke, lo agarró por las rodillas y le dijo:

—Arriba, arriba —ya habían jugado antes a eso. Luke tomó a la pequeña en brazos y la levantó por encima de su cabeza. Después la bajaba bien rápido—. ¡Más, más! —de pronto, Luke se sintió conmovido al oír su risa. Siempre había dicho que no tendría hijos. Pero esa noche, la ausencia de Katrin era como una herida abierta y le dolía pensar que ningún hijo suyo iría corriendo hacia él como había hecho María.

¿Un hijo de Katrin y él?

—¡Hazlo otra vez! —exclamó la pequeña.

Luke volvió a la realidad. ¿De verdad estaba planteándose la paternidad? Pero para eso, tendría que casarse primero. Movió la cabeza como para sacudir la idea de su interior. No se percató de que Ramón lo observaba desde una esquina de la habitación, con una sonrisa de satisfacción.

Luke dejó a María en el suelo. Ramón sirvió el vino y Rosita llevó la comida a la mesa. Todos empezaron a comer y las risas invadieron la cocina. Cuando terminaron, Luke y Ramón fregaron los platos mientras Rosita preparaba a los niños para irse a la cama. Como hacía siempre, Luke leyó un cuento a cada niño, y les dio las buenas noches.

Al cerrar la puerta de la habitación de Felipe, se dio cuenta de que siempre había pensado que sería un mal padre. Pero quizá se había infravalorado a sí mismo. ¿Cómo serían sus hijos? ¿Morenos como él? ¿O rubios y con ojos azules como Katrin?

Rosita se marchó a su clase de arte y Ramón sirvió dos copas de tequila, para tomar mientras Luke y él veían el partido de baloncesto en la televisión. Hacia las nueve, Luke se puso en pie y dijo:

—Es tarde. Me voy. Muchas gracias por todo, Ramón.

Ramón se puso en pie también.

—Una cosa antes de que te vayas —le dijo—. En todo este tiempo, nunca hemos hablado de lo que nos pasó cuando éramos niños, pero esta tarde tengo que contártelo.

—Por mi bien, no tienes que hacerlo.

—Sí, por tu bien. Nuestra amistad es muy importante para mí como para no contártelo.

—No necesito que me eches una charla, Ramón. Estoy bien.

—Cállate, y escucha.

Ramón nunca le había hablado a Luke de esa manera.

—De acuerdo —dijo Luke—, me callaré.

—Cuando tenía la edad de Felipe, era un niño más de las calles de Ciudad de México. Hurgaba en las basuras en busca de comida, y siempre estaba al margen de la ley. Sabía cómo robar en las tiendas, cómo hacer puentes a los coches y abrir cerraduras... nunca me pillaron. Menos mal, porque si no, no habría podido ser policía —sonrió—. Cuando tenía dieciocho años, conocí a Rosita. La deseaba, pero ella me dijo que tenía que reformarme, conseguir un trabajo... y que, quizá, entonces me dejaría meterme en su cama.

—Estoy seguro de que saliste huyendo como si te persiguiera el demonio —dijo Luke.

Ramón se rio.

—Durante diez meses, me mantuve alejado de ella. Pero era mi destino, Luke. Así que conseguí un trabajo en una pescadería, asistí a la escuela nocturna, y el resto ya lo sabes.

—¿Estás intentando decirme que Katrin es mi destino?

—Te estoy diciendo que es una mujer encantadora. Yo la he visto bajo las peores circunstancias, y lo sé. Y tú eres un buen hombre. No huyas de ella como yo hice con Rosita. Cásate con ella, ten hijos, llena de amor esa casa vacía en la que vives. Si yo pude hacerlo, tú también puedes. Ahora, voy a terminar de darte la charla y no volveré a mencionar mi infancia nunca más.

Le dio una palmadita en el hombro y le deseó buenas noches. Luke se marchó a casa. Subió al piso de arriba, pero no tenía prisa por entrar a su habitación vacía. Ramón y él habían sido amigos desde hacía años, pero era la primera vez que él sentía envidia de la risa y el amor que invadía todos los rincones de la casa de su amigo.

Quizá, Ramón nunca tuviera tanto dinero como él, pero tenía algo mucho más preciado, algo que el dinero no podía comprar. Una esposa que lo adoraba. Unos hijos que lo querían.

Y Ramón adoraba a Rosita y a sus hijos. Y los protegería siempre.

Luke también quería proteger a Katrin.

Se sentó en la cama y comprendió que no podría vivir sin ella.

¿Qué podía hacer?

Llamarla por teléfono y decirle que la echaba de menos. Que ya no era autosuficiente. Que su vida no tenía sentido y que solo ella podía solucionarlo.

No tenía nada que ver con el amor, pero quizá era un buen comienzo.

Capítulo 16

Antes de que pudiera cambiar de opinión, Luke descolgó el teléfono. Se fijó en que tenía un mensaje en el contestador. No sería de Katrin. Ella era demasiado orgullosa como para ponerse en contacto con él después de que le había dejado claro que no quería nada con ella a menos que aceptara sus condiciones. Marcó su número de teléfono y esperó a que contestara. Tenía el corazón acelerado.

Sonó cuatro veces. Entonces, una voz impersonal le ofreció la posibilidad de dejar un mensaje.

No estaba en casa.

No tenía ni idea de dónde podía estar, pero estaba seguro de que no se había marchado de Askja para siempre.

Colgó sin dejar un mensaje y se cubrió el rostro con las manos. ¿Qué esperaba? ¿Qué estuviera esperando por si él la llamaba?

Decidió escuchar el mensaje de su contestador.

—Soy Anna Bendickt, de Askja... nos conocimos en el salón de té de Margret. Soy la madre de Lara y Tomas... tengo malas noticias. Katrin está muy enferma... no sabe que te estoy llamando. Está ingresada en el hospital de Winnipeg, con neumonía. Tuvo un accidente con el velero. Si quieres más información, llámame —le dejó el número de su casa y el del hospital.

Luke colgó el auricular con manos temblorosas. Katrin estaba enferma. Tan enferma que Anna había decidido llamarlo.

Tenía que ver a Katrin. Acababa de convencerse de que ella significaba mucho para él. ¿Era amor lo que sentía?

No sabía cómo era el amor.

¿Y si perdía a Katrin antes de tener la oportunidad de decirle lo mucho que significaba para él y de disculparse por lo idiota que había sido?

¿Y si ya era demasiado tarde?

Se acordó de que el jet de su empresa estaba en el aeropuerto. Llamó al piloto e hizo todos los arreglos necesarios. Después llamó al hospital y habló con el supervisor del área de enfermedades respiratorias.

—Me Hamo Luke MacRae —dijo él—. Llamo de San Francisco.

Soy muy amigo de Katrin Sigurdson, acabo de enterarme de que está muy enferma.

—Está muy grave, señor MacRae… para decírselo claro, no está luchando para salir adelante —le dio algunos detalles y añadió—. Si puede hacer algo para mejorar su estado, le sugiero que venga cuanto antes.

—Lo haré —dijo Luke—. Llegaré lo más pronto posible. Gracias.

Metió algo de ropa en una bolsa, dejó un mensaje en la oficina y corrió al garaje. Lo único que le importaba era ver a Katrin. E inculcarle las ganas de vivir.

Ella lo amaba. El la había rechazado. ¿Era por eso por lo que no deseaba vivir?

¿Era el amor tan poderoso?

Todavía era de noche cuando Luke llegó al hospital. Pagó al taxista y entró en el edificio. Preguntó y se dirigió a la planta donde Katrin estaba ingresada.

Luke había hablado con Anna, y esta le había contado que Katrin había volcado con el velero y se había caído en el agua helada del lago. Así, había desarrollado una infección que había desencadenado en una neumonía. Anna había estado con ella en el hospital, pero había tenido que regresar a casa porque su madre había agarrado la gripe. Al final de la conversación, Luke le dijo:

—Gracias por llamarme, Anna.

—Me alegra que vayas a estar con ella —dijo Amia—. Si… cuando recupere la conciencia, dile que la quiero.

—Cuando. No, si… —dijo Luke—. Y sí, lo haré.

También había llamado al hospital y le habían dicho que Katrin seguía en el mismo estado.

Se abrió la puerta del ascensor y Luke se dirigió a la habitación de Katrin. Una enfermera estaba sentada junto a la cama. Pero Luke se fijó en la mujer que estaba tumbada.

Katrin estaba muy quieta. Le habían puesto suero y antibióticos a través de una vía colocada en su brazo izquierdo. Tenía las mejillas coloradas, y cuando Luke le tocó la frente, notó que estaba ardiendo.

Luke acercó una silla y se sentó a su lado. Le agarró la mano y le acarició la palma.

Sintió un fuerte dolor en el corazón. Olvidándose de la presencia de la enfermera, le dijo:

—Katrin, soy Luke. Estoy aquí, contigo. Nunca debí haberte dejado. Siento mucho lo que te he hecho. Pero estoy aquí, y no voy a marcharme hasta que se te haya pasado la fiebre y hayas superado

lo peor. Vas a ponerte bien, Katrin, ya lo verás. Tienes toda una vida por delante.

Habló sin parar. Le contó que había pasado la tarde con Ramón y Rosita, lo que Ramón le había dicho y lo importante que para él era su amistad. Le habló de Felipe, de Constancia y de María. Después, de su infancia y de lo solo que se había sentido.

Pero en Teal Lake no todo había sido malo. Le habló de lo mucho que le gustaba ver los pájaros que llegaban en septiembre, los ciervos en el bosque, los osos negros...

Las enfermeras cambiaron de turno y una de ellas le llevó un té y un donut. Su teléfono sonó dos veces. Lo llamaban de la oficina para contarle que había malas noticias. Una crisis en la mina de África Central y otra en la de Malasia. Pero Luke siguió hablando.

Katrin se movía inquieta en la cama. Entró un doctor, tomó algunos datos y se marchó. Luke sabía que los médicos hacían todo lo que podían, pero que todo dependía de Katrin.

Se levantó de la silla y se lavó la cara en el baño. Después le acarició las mejillas a Katrin.

—Katrin —susurró—. Tienes que ponerte bien. Te necesito —por segunda vez, desde que conocía a Katrin, las lagrimas inundaron sus ojos—. Te necesito —repitió, y de pronto, oyó salir de su boca las palabras que nunca había dicho—. Te quiero, Katrin. Te quiero —repitió con más fuerza—. Siento que haya tardado tanto en darme cuenta. Pero es cierto... te quiero. Tienes que ponerle bien para que podamos estar juntos.

El teléfono sonó de nuevo. Él lo apagó. Solo quería centrarse en la mujer que amaba. Pasó el tiempo y Luke no la dejó sola ni un instante. Entonces, regresó el médico y le pidió que saliera de la habitación. Al cabo de uno minutos, el médico salió al pasillo y le dijo:

—Bueno, no sé lo que ha hecho, pero le está bajando la fiebre. Debería recuperar la conciencia en las próximas horas. Buen trabajo.

Luke se apoyó en la pared y lo observó marchar. Katrin iba a recuperarse. Eso es lo que le había dicho el médico. Que se pondría bien.

Entró de nuevo en la habitación. La enfermera le sonrió.

—Ahora que sé que está mejor, tengo que marcharme —le dijo ella—. Muy buenas noticias.

—Sí —dijo Luke—. Gracias por todo lo que ha hecho por ella.

—Creo que usted ha hecho más que yo —le dijo la enfermera, y salió de la habitación.

Luke se sentó en la silla. Se sentía agotado. Katrin tenía mejor aspecto y respiraba con más normalidad.

Permaneció allí durante un buen rato. Al final, sacó el teléfono de su bolsillo y lo encendió. Escuchó los mensajes del buzón de voz. Los mineros de África Central estaban en huelga, y peor aún, en la mina de Malasia había habido un grave accidente y algunos mineros estaban atrapados.

Desde el accidente que hubo en la mina de Teal Lake, cuando Luke tenía seis años, se sentía responsable de la seguridad de sus empleados. Debía marcharse al lugar del accidente para asegurarse de que se hacía todo lo posible por rescatarlos.

Pero eso significaba que tendría que dejar a Katrin antes de que recuperara la conciencia. Marcharse sin decirle, cara a cara, que la amaba.

Salió de la habitación, habló con sus ayudantes y con el piloto del jet de su empresa. Decidió que iría a Malasia. Siempre había dado prioridad a la seguridad de sus trabajadores.

Kalrin lo comprendería. Le dejó una nota para explicarle lo que sucedía. La dejó entre sus cosas personales y se lo dijo a una enfermera para asegurarse de que la recibiera. Después, se agachó y le dio un beso en la mejilla.

—Volveré —le dijo—. Te quiero, Katrin. Más de lo que puedo decirte.

Una hora más tarde, estaba de camino a Malasia.

Al día siguiente, desde casi el otro lado del mundo, Luke consiguió hablar con Katrin. Parecía muy cansada, y también distante.

—¿Recibiste mi nota?

—Sí.

—Tengo que esperar aquí, Katrin. Están haciendo un túnel en la roca para ver si consiguen liberar a los hombres que están atrapados. No puedo marcharme hasta que sepa cómo acaba todo.

—Por supuesto que no.

—¿Lo comprendes?

—Oh, sí —dijo ella, con tono indescifrable.

—¿Cómo te sientes?

—Más débil que un gatito recién nacido. Por lo demás, bien. Dicen que mañana podré irme a casa.

—¿Ya?

—Necesitan la cama para alguien más enfermo que yo.

—Katrin, yo... —Luke se calló de golpe. No podía pronunciar esas palabras.

«Te quiero», pensó. ¿Por qué no podía decirlas? ¿Qué tipo de hombre era? No era que ya no lo sintiera. Deseaba estar con ella, acariciarla, abrazarla, decirle todo lo que sentía de corazón.

Eso era. Tenía que estar junto a ella para decirle esas palabras.

—¿Anna podrá cuidar de ti cuando regreses a casa?

—Seguro que sí. Su madre se encuentra mejor.

—Ojalá pudiera estar allí —Katrin no dijo nada—. Tengo que marcharme. El capataz me llama. Adiós, Katrin, te llamaré mañana.

—Puede que mañana esté de camino a casa —dijo ella—. Adiós, Luke.

Luke guardó el teléfono en su bolsillo. Todo se arreglaría cuando la viera.

Había esperado treinta y cuatro años para decir: te quiero, así que una semana más no marcaría la diferencia.

Capítulo 17

Una semana más tarde, Luke estaba de regreso a Winnipeg. Habían conseguido rescatar a todos menos a cinco mineros. Él se había quedado para los funerales para asegurarse de que se hacía todo lo posible por los familiares de los fallecidos.

Llevaba tres días sin hablar con Katrin, no la había localizado en casa y ella no había contestado a sus mensajes.

Estaba desesperado por verla.

¿Por qué no se había puesto en contacto con él?

Se dio una ducha en el jet, se cambió de ropa y se afeitó, teniendo cuidado de no tocar el profundo corte que se había hecho en la mejilla cuando entró en la mina. Después de comer, trató de dormir un rato. Pero estaba demasiado cansado. Hasta que no tuviera a Katrin entre sus brazos, no podría relajarse.

Nada más aterrizar, Luke trató de ponerse en contacto con Anna, pero no tuvo suerte. Pensó que Katrin quizá se había marchado de Askja. Tenía que haberle dicho por teléfono que la amaba. Se había comportado como un estúpido.

SÍ Katrin no estaba en Askja, la buscaría hasta encontrarla.

Cuando Luke llegó al pueblo, se dirigió a casa de Katrin. Llamó a la puerta, y no obtuvo respuesta. Su coche no estaba en el garaje. Luke se dirigió al hotel. El coche de Katrin tampoco estaba en el aparcamiento de los empleados. Entonces, se encaminó a casa de Anna.

Anna estaba en el jardín. Luke salió del coche y se acercó a ella.

—Anna —le dijo—. Sé que me he comportado como un idiota. Pero si puedo, he venido a reparar el daño que he hecho. Katrin no está. ¿Sabes algo de ella?

—Está de acampada.

—¿Dónde? ¿Lo sabes?

—Después de que la veas, ¿vas a subirte a tu coche y abandonarla de nuevo?

—Quiero casarme con ella —dijo Luke.

—Ah —Anna sonrió—. Se ha ido hacia el norte. Si tienes un mapa, te enseñaré a dónde —Luke sacó el mapa del coche—. Yo no quería que se fuera. Las noches son frías y todavía no está

recuperada del todo. Pero ya la conoces, puede ser muy cabezota.

—Como yo —dijo él—. Gracias Anna. Si Katrin me acepta, te aseguro que haré todo lo posible para hacerla feliz.

—Empieza por convencerla de que deje de hacer camping. O, encuentra una manera de calentarla —dijo con una picara sonrisa.

—Veré lo que puedo hacer. Deséame suerte.

Se subió al coche y se dirigió al norte. Sabía que se le haría de noche antes de llegar al lugar donde se encontraba Katrin. Cuando llegó allí, miró el mapa de la zona y se acercó a todas las áreas de acampada. Casi todas estaban vacías. En una de ellas, vio una tienda verde y llamó a Kalrin. Fue entonces, cuando vio la luz de una hoguera. Se acercó a ella despacio para no asustarla. Katrin estaba sentada cerca del fuego. Parecía muy triste. De pronto, se puso en pie y agachó la cabeza. Como si estuviera llorando.

Ella nunca lloraba.

Luke no soportaba verla así. Se acercó un poco más y la llamó.

Ella se volvió y se secó las lágrimas.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo. Luke. No quería asustarte.

—No estoy asustada. ¿Cómo me has encontrado?

—Anna me dijo dónde estabas.

—Vaya amiga que tengo. ¿Por qué no te das la vuelta y regresas por dónde has venido, Luke MacRae? Después de todo, es lo que mejor se te da.

—Sé que debes pensar eso de mí. Pero...

—¡No puedo soportar que entres y salgas de mi vida de esta manera! Sé que estuviste en el hospital. Pero no te quedaste el tiempo suficiente para hablar conmigo cuando recobré la conciencia. Te marchaste de nuevo, porque te llamaron del trabajo. Después de lodo, ¿quién soy yo comparada con una mina de Malasia? Sabes cuáles son tus prioridades y, desde luego, yo no estoy entre ellas. No pienso pasar por esto una y otra vez, Luke. ¿Me has oído?

—Todo ha cambiado...

Era como si él no hubiera dicho nada. Ella siguió hablando.

—No sabes cómo me he arrepentido de decirte que te quería. He cometido muchos errores en mi vida, pero decirte que me había enamorado de ti ha sido peor que casarme con Donald... fue como darte permiso para que me pisotearas.

—¡Nunca te he pisoteado!

—Mi tía abuela me educó para que creyera en la sinceridad. Pues se equivocaba. A veces, decir lo que un siente solo

desencadena desastres.

—¿Has cambiado de opinión? —preguntó Luke—. ¿Ya no me amas?

—¡Eso no es asunto tuyo! —Luke dio un paso adelante y las llamas iluminaron su rostro—. ¿Qué te ha pasado?

Él se cubrió el corte con la mano.

—No es nada.

—¿Qué te ha pasado? Cuéntame.

—Bajé a la mina con el equipo de rescate. Siempre lo hago. Hubo un pequeño desprendimiento y me dio una roca. Pero todos salimos sin problema, y al día siguiente conseguimos entrar y rescatar a los mineros que seguían vivos.

—Podías haberte matado —susurró ella.

—Pero no fue así. Cuando tenía seis años, en Teal Lake hubo un accidente antes de que existiera el sindicato y se cumplieran las medidas de seguridad. Mi padre comenzó a beber más desde entonces. Así que siempre que hay accidentes en una mina me siento responsable.

—En muchos aspectos, Teal Lake te ha hecho como eres —dijo Katrin—. Para lo bueno y para lo malo.

—Fui al hospital en cuanto me enteré de que estabas enferma. Pasé allí la noche y el día siguiente, hasta que te bajó la fiebre y los médicos dijeron que te recuperarías. Me enteré de lo del accidente de la mina poco después de llegar al hospital. Pero no me fui. Katrin, hasta que no estuviste fuera de peligro. Te di prioridad. Eres la única mujer por la que he hecho algo así.

—Supe que estabas allí —dijo ella—. No me preguntes cómo lo supe, porque ni siquiera estaba consciente. Pero lo supe. Cuando me desperté y no estabas… me quedé decepcionada. Oh, Luke, sé que lo estropeé todo llevándote a Teal Lake. Pero, ¿qué más podía hacer?

—No sé que más podías haber hecho.

Ella sonrió.

—Eso es una gran admisión.

—Sí… pero nunca le había contado a nadie lo que me pasó allí. Sobre mi madre, mi padre, mi sentimiento de soledad. Después de hacerlo, me sentí desnudo. No soportaba estar cerca de ti. Así que salí huyendo. Y por eso, lo siento.

—Y después te marchaste otra vez del hospital. No puedes seguir haciéndome esto.

—Pero he cambiado —dijo él—. Me he dado cuenta de una cosa. Algo que me lleva pasando desde hace días, semanas. Te quiero, Katrin.

—Dijiste que no sabías cómo se quería a alguien. Y que no estabas interesado en aprender.

—Ese día en Teal Lake, dije muchas cosas de las que ahora me arrepiento.

—No me conformo con ser una parte de tu vida. Quiero compartir todo contigo.

—¿Todavía me quieres? O también he destruido ese amor. Porque yo soy el responsable de que terminaras en el hospital.

—No eres responsable de que me cayera en el lago —dijo ella—. Hubo una tormenta imprevista. Pero en el hospital... estaba tan cansada que no tenía fuerza para luchar. Entonces, llegaste tú. Yo sabía que estabas a mi lado, sujetándome la mano y hablándome. Me salvaste la vida. Luke. Eso es lo que hiciste.

—Hablé más esa noche que el resto de mi vida. Te conté todo lo que recordaba de Teal Lake. Te hablé de Ramón y de su esposa. De sus hijos. Incluso te dije que te quería. Pero cuando hablamos por teléfono el otro día... no fui capaz de pronunciar esas palabras. Quería hacerlo cara a cara, contigo. Porque son las palabras más importantes del mundo.

—Para mí lo son.

—Katrin, tengo que saberlo... ¿todavía me amas?

—El amor no se destruye tan fácilmente... Sí, te quiero, Luke. Y siempre te querré.

—No sé nada del amor, pero puedo aprender Puedes enseñarme, porque hay algo que no te he dicho. Quiero que te cases conmigo, Katrin.

—¿De veras?

—Lo quiero todo. Una gran boda, y que siempre estés a mi lado. Que vivas conmigo, viajes conmigo, estés conmigo. Día y noche.

—Oh, Luke, cuando haces algo, lo haces de todo corazón.

Él la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—¡Cásate conmigo! Porque te quiero más de lo que puedo decirte.

—Con una condición —dijo ella.

—¿Condiciones? Ya te he dicho que eres más importante que cincuenta minas.

—Tu casa —dijo ella—, tienes que venderla. No quiero vivir en un cubo de cemento.

—Viviremos donde tú quieras, cariño.

—Nunca me has llamado eso antes.

—Mi adorable Katrin. Te quiero —dijo Luke—. Pondré la casa en venta enseguida.

—Hay algo más, Luke. Algo más importante que una casa. En Teal Lake me dijiste que no querías tener hijos. Donald tampoco quería tener un bebé. Pero yo siempre he querido un hijo.

—María, la hija pequeña de Ramón, me conquistó nada más conocerla. La última vez que la vi, estuve jugando con ella y no paraba de reír. Algo cambió en mi interior. Me percaté de que sí quiero tener hijos. Pero no cualquier hijo. Tus hijos, Katrin. Y si no lo hago, seré el hombre más desdichado del mundo.

—Si tenemos una niña —dijo Katrin—, podemos llamarla María.

—Hay un problema, estamos pensando en el nombre de nuestros hijos y todavía no me has dicho que te vas a casar conmigo.

—Sí, Luke, me casaré contigo. Porque te quiero con todo mi corazón.

—Prometo que nunca te abandonaré. Ni te dejaré como lo hice en Teal Lake.

—Te creo.

—Yo creo que debemos apagar el fuego, meternos en la tienda y hacer el amor. Quizá no me crea nada de esto hasta que no te estreche entre mis brazos. Además, haciendo el amor es como se crean los bebés, querida Katrin. O eso dicen.

—Mi tía abuela decía que sí. Y yo sé que nunca mentía.

—Aunque si solo tienes un saco de dormir, puede que sea difícil hacer el amor.

Ella tomó un cubo con agua que tenía y lo echó sobre el fuego.

—También tengo dos mantas. Podemos ponerlas debajo y taparnos con el saco. .

—Eso es lo que me gusta. Una mujer con recursos.

—Encantada de complacerte.

Katrin se dirigió a la tienda de campaña. Se quitó las botas y se metió dentro. Luke hizo lo mismo.

—Hace frío —dijo él. Dejó la chaqueta a un lado y comenzó a quitarse la camisa.

—¿Quieres decir que tengo que quitarme toda la ropa? —preguntó ella mirándole el torso desnudo—. No estoy segura de que mi tía abuela me dijera que es necesario.

—Tu valor es otra de las cualidades que admiro de ti —bromeó Luke—. Te prometo que te mantendré calentita.

—Te tomo la palabra —dijo ella, y se quitó el jersey. Luke comenzó a desabrocharle los botones de la blusa. Estaba ardiente de deseo y, en la oscuridad, supo que a ella le pasaba lo mismo.

—Hazme el amor, Katrin. Caliéntame el cuerpo y el alma.

Y eso hizo Katrin. Y después, mientras yacían desnudos y

abrazados, Luke supo que era el hombre más afortunado del mundo.

FIN